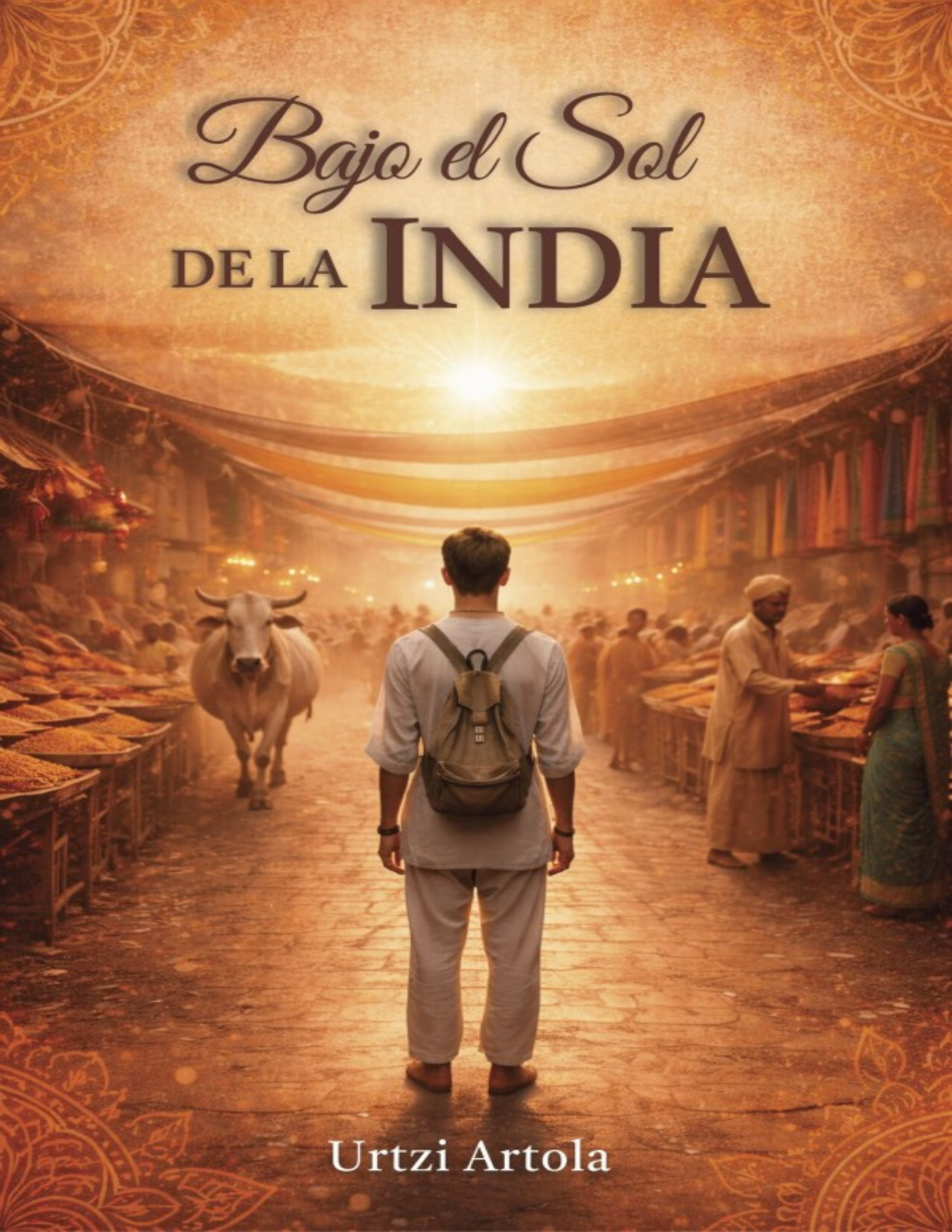
Bajo el Sol de la INDIA



Urtzi Artola

CONTENTS

NOTA DEL AUTOR
PRÓLOGO
NUBES
UNA LARGA HISTORIA
INSTINTO
WELCOME TO PAHARGANJ
INDIAN RAILWAYS
UNA PAREJA PECULIAR
LOS TEMPLOS DEL KAMASUTRA
CAMBIO DE PLANES
FLUIR
LA MORDIDA DE HANUMAN
MORIR O RENACER
THUKPA Y MOMOS
POLVO DE ESTRELLAS
LA CIUDAD SAGRADA DE RAJASTÁN
EL PULSO DEL BAZAR
GENTE YOGUI
LA TRIBU IMPREVISTA
LA DANZA GITANA
UNA MENTE EN CALMA

MASAJE DE CHAKRAS
EL TEMPLO DE SAVITRI
LAS QUE SOSTIENEN
RECUERDOS Y REALIDADES
CONFESIONES
VIVIENDO UN SUEÑO
LOS HIJRAS
BOLLYWOOD
LO QUE EL ALMA MUEVE
CAMELLOS
LUNA DEL DESIERTO
POLVO DE INCIENSO
LA VIDA TE ROMPE
DIWALI
NAMASTÉ PUSHKAR
OLORES HUMANOS
PALOLEM
SAPOORNA YOGA
LA DISCIPLINA DEL SILENCIO
FLOTAR
FLORES BLANCAS
AGUA Y SAL
SOLEDAD ABRAZADA
FUEGO
FINALES: NUEVOS COMIENZOS
ESTRELLAS DE LA TIERRA
AGRA
BAJO EL SOL DE LA INDIA
BIENVENIDO A MADRID

EPÍLOGO
TU OPINIÓN IMPORTA
AGRADECIMIENTOS

NOTA DEL AUTOR

Este libro comenzó en un momento de encierro, durante la época postconfinamiento de la pandemia de 2020. Me sentía atrapado, detenido en un lugar físico y emocional cuando la escritura apareció como una forma de movimiento. Como una puerta hacia lugares que ya había conocido durante mis viajes.

Inspirado por otros escritores, empecé sin un plan claro. Probando. Jugando. Dejando que la imaginación hiciera lo que el cuerpo no podía: desplazarse, explorar, respirar. Al principio fueron escenas sueltas. Personajes solitarios. Con el tiempo comprendí que todos los personajes eran distintas facetas de mí, dialogando, contradiciéndose y buscando integrarse. También entendí que esas voces no eran solo mías, sino ecos de muchas otras personas que, como yo, crecieron intentando encajar en moldes que no les pertenecían.

Bajo el sol de la India habla de transformación, de perderse para encontrarse. De atravesar miedos, de avanzar y también de aprender a detenerse para poder continuar. Habla de la impermanencia de la vida y de las relaciones, incluso cuando nos esforzamos en sostenerlas cuando ya están rotas. Habla de cómo algunas personas llegan para despertarnos, aun cuando amarlas implica enfrentarse a los límites y a los prejuicios que intentan encasillarnos.

Esta historia habla de lo humano: de llorar, de reír. En definitiva, de aceptar, de aprender y de sentir. Pero por encima de todo, habla de atreverse a vivir en un mundo que todavía castiga lo que se sale de la norma.

Si quien lo lea encuentra en estas páginas un reflejo de su propio proceso —búsqueda, pérdida o renacimiento—, entonces este viaje habrá sido valioso.

Me gustaría invitarte a acercarte a esta lectura como un espacio de pausa. A tomarte el tiempo necesario para habitarla con calma, sin prisa, permitiendo que cada escena resuene en tu propia experiencia. Quizá puedas leer poniéndote en la piel del personaje, dejando que sus dudas, sus miedos y sus descubrimientos dialoguen con los tuyos. Que no sea solo una historia, sino una experiencia meditativa: un pequeño viaje dentro de otro viaje.

También he creado una lista de música en Spotify para acompañar cada capítulo. Puedes utilizarla como un puente hacia la atmósfera física o emocional de cada momento, como una forma de profundizar en el contexto o simplemente de dejarte llevar. Ojalá estas melodías te ayuden a conectar de una manera más sensorial con el recorrido que aquí se despliega.

BAJO EL SOL DE LA INDIA

Urtzi Artola Mendivil



Primera edición: 2026
ISBN: 9798250586221
© 2026, *Bajo el sol de la India*
© 2026, texto: Urtzi Artola
Ilustración de portada: © 2026, Imanol Coira

Esta obra es ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización del autor.

Tu viaje ya ha empezado.

¿Cuánto va a durar?

Tendrás que descubrirlo,

Pues la meta es caminar.

PRÓLOGO



Aquella despejada mañana, el dios mono decidió ponerse en contacto conmigo.

—Tienes que parar, David. Con cariño, Hanuman—.

Hubiese agradecido que me lo mandase por e-mail: lo habría borrado. Pero no. Esto era de verdad.

En aquel pueblecillo, un primate me atacó por la espalda. Me dejó un mordisco tatuado, fiebre alta y una debilidad que doblaba mi cuerpo.

Estaba acostumbrado a que la vida moviera los hilos por mí. Pero esta vez fui yo quien decidió cambiar el rumbo del viaje y me expuse al enfurecido animal.

Eché un vistazo a través de aquella oriental ventana y recordé lo diferente que fue la escena varias noches atrás. Aquella madrugada mi cuerpo ardía de excitación. Ahora tiritaba y apenas podía levantarme del colchón.

En la intimidad de la noche podía pasar cualquier cosa y aquella tierra de agresivos contrastes, donde lo material y lo espiritual se

entretejían de formas insospechadas, estaba poniendo a prueba lo que yo creía de mí.

Me encontraba deshecho en aquella habitación sacada de las Mil y una noches, sin saber ya dónde sostenerme. Lo que días atrás era un sí, luego fue un no. La ruleta giraba inevitablemente hacia el mismo vacío.

¿Estaba mal fiarme de mi instinto? Quizás lo mejor hubiera sido continuar el viaje original. Miré el techo sin encontrar respuesta.

No era consciente de que aquella avalancha de pensamientos impedía tranquilizarme. Había algo en mí que nunca terminaba de encajar. Pero siempre pensé que era el mundo de fuera, no lo que llevaba dentro.

Solo y muy lejos de lo conocido, aquel cóctel de infelicidad corría libremente por mis venas. Pensé en llamar a mi tía Mercedes, pero no lo hice. Ya había cargado demasiado. Bastante la preocupé la noche anterior al decirle que mis planes cambiaban sin contarle la verdad.

Mi amargura no hacía más que crecer, la oscuridad de aquel túnel sin salida solo podía terminar en un lugar todavía más cruel. Todo parecía conducir al mismo punto, una y otra vez.

Con veintiséis años ya acumulaba demasiados momentos difíciles, por eso, mi único deseo era que aquel mar de dudas, culpa y malestar terminase a cualquier precio.

El viaje no estaba siendo ni por asomo lo que yo esperaba y me sentía muy decepcionado por todo, especialmente por mí. Quien yo creía ser se había desvanecido tras una cortina de humo y no encontraba el sentido a nada. Me pareció hasta buena idea quedarme a merced de lo que mi cuerpo decidiera aquella noche, que la muerte me visitase.

No me juzgues. Aún no. No conoces la historia.

Jamás lo había pensado antes, pero lo vivido hasta entonces me hacía sospechar que el dolor se había vuelto una costumbre, como respirar. Pero lo peor era que lo más fuerte aún ni se había asomado.

El sonido de un largo Om interrumpió por sorpresa mi debate interno. Luego una serie de mantras y cánticos nocturnos

continuaron desde el exterior. Agudicé mis oídos y aquellas melodías fueron suavemente sedando mi cerebro.

La India tenía sus propios planes para mí y aunque no los quisiera, no podía hacer nada para evitarlos. Antes de hundirme en la oscuridad tomé la última decisión.

—Me rindo—.

NUBES



Al volver del aseo del avión, justo antes de sentarme, me fijé por primera vez en las caras que me rodeaban. Había rasgos europeos y españoles entremezclados. El vuelo había salido de Madrid hacía ya un rato en dirección a Ámsterdam, lleno de gente variopinta: jóvenes, adultos y algún que otro niño.

Me senté junto a la ventanilla y durante un instante me vi reflejado en el cristal. Siempre me habían dicho que aparentaba menos edad de la que tenía: el pelo ondulado, la cara aún demasiado lisa, los ojos grandes heredados de mi madre. A veces me molestaba; otras, me servía de escudo.

Nunca fui especialmente guapo, pero tampoco invisible. En las fotos salía mejor de lo que me sentía por dentro. Quizá por eso nunca supe quedarme demasiado tiempo con nadie. No por falta de interés, sino por esa tendencia mía a observar más de lo que hablaba.

Mi prima Sofí, que me hacía de casamentera, decía que para sus amigas yo era todo un misterio, y que eso era precisamente lo que

les gustaba. Nunca pasé más de dos meses con nadie; lo demás fueron encuentros breves, casi siempre impulsados por inercia.

Posé la vista en la ventana. La tierra se veía grande desde allí, sin ciudades ni carreteras, solo nubes. Mi mente se diluyó por un instante en la inmensidad de aquella escena.

Recordé que de pequeño solía jugar a mirar las nubes con mis padres y mi hermano menor, buscando parecido con algo que conociésemos: un animal, una persona, un árbol. Tengo buenos recuerdos de aquellas cosas sencillas que hacíamos juntos.

Todo se torció desde aquel accidente. No puedo reconstruirlo con claridad, solo fragmentos sueltos que aparecen y desaparecen cuando menos lo espero. El golpe, un ruido seco, y después el frío. Voces que me llamaban por mi nombre, luces que me atravesaban los párpados cerrados, una sensación extraña de estar allí sin estarlo del todo. El tiempo se volvió confuso, como si alguien hubiese desordenado los recuerdos a propósito.

Tenía casi catorce años cuando regresábamos en coche de visitar a los abuelos. Un camión nos sacó de la carretera y todo terminó esa noche. Me desperté días después con algunos rasguños y una conmoción que no parecía grave. Ellos no. Mis padres y mi hermano no volvieron.

Mi tía Merce, hermana de mi madre, me abrió la puerta de su casa cuando todo se había venido abajo. Tenía una calma firme y un sentido del humor peculiar, de esos que aparecen incluso cuando no toca. Mientras yo apenas entendía lo que estaba pasando, ella hablaba con médicos, firmaba papeles y me llevaba de la mano de un sitio a otro, como si supiera exactamente qué había que hacer cuando el mundo se rompe.

Con ella vivía Sofí, mi prima. Teníamos la misma edad y, sin buscarlo, nos convertimos en refugio el uno del otro. Con el tiempo fue más que una prima: era la persona que entendía mis silencios, la que me sacaba de casa cuando yo me quedaba atrapado en mi cabeza. Compartimos amistades, tardes sin rumbo y esa sensación extraña de crecer demasiado rápido después de una pérdida que ninguno de los dos había elegido. Desde el accidente vivía con las dos.

Descubrí el yoga a los veinte años, casi por casualidad. Fue mi tía quien nos animó a Sofí y a mí a acompañarla a una clase en la Asociación de Mujeres de Carabanchel. Al principio nos sentíamos fuera de lugar, rodeados de mujeres que podían ser nuestras madres o abuelas, pero nunca nos hicieron sentir extraños. Al contrario, nos acogieron con una naturalidad que no esperábamos.

Después de cada clase la cabeza se me despejaba y el cuerpo parecía encontrar un orden que yo había perdido hacía tiempo. Aquello no borraba nada, pero hacía que todo pesara menos. Con los años ampliamos la práctica, probando distintos estilos y estudios.

Volví a mirar al cielo. La tierra desaparecía bajo un mar espeso de nubes, como de algodón, solo formas que se movían lentamente. Me dejé llevar por ese juego que de niño compartía con mis padres y con mi hermano, buscando figuras conocidas en medio del blanco.

Una forma empezó a destacar con claridad: una cabeza de elefante, la trompa perfectamente definida. Pensé entonces en Ganesha, el dios del que nos habló una profesora de yoga, el que protege y aparta los obstáculos del camino. Sonreí sin darme cuenta. Por un instante sentí que no viajaba solo, que ellos estaban allí arriba conmigo, observando lo mismo. Me imaginé a mi hermano señalando la ventana con entusiasmo, explicando lo que veía antes incluso de que nadie se lo pidiera.

Aquella imagen me calmó. La ausencia seguía ahí, pero algo dentro reafirmó, como si ese viaje, por primera vez en mucho tiempo, no fuera una huida sino un paso adelante.

Rápidamente metí la mano en la mochila casi sin pensarlo y noté el cuaderno. Era pequeño, de tapas gastadas, y me acompañaba desde hacía años. Empecé a escribir en él cuando un profesor del instituto me dijo que a veces poner las cosas en palabras era una forma de no dejarlas estancadas adentro.

Desde entonces se había convertido en un refugio silencioso: poemas torpes a veces, frases sueltas, intentos de decir lo que no sabía contar en voz alta. Estuve a punto de sacarlo allí mismo, en el avión, para escribir sobre esa mezcla de vértigo y esperanza que me recorría el cuerpo, pero la voz de la megafonía me arrancó de ese impulso y me devolvió de golpe al asiento.

—*Ladies and gentlemen, in a few minutes we will begin our descent to Schipol Amsterdam Airport.* Por favor regresen a su sitio, abróchense los cinturones y pongan el respaldo de su asiento en posición vertical. *Thank you.*

Mi inglés no era especialmente bueno, pero entendía más de lo que podía hablar. Confiaba en que eso bastara para moverme, para hacerme entender si hacía falta. El viaje y la formación no eran una prueba que tuviera que aprobar; eran algo que Sofí y yo habíamos soñado juntos antes de que enfermara. Pensar en eso era suficiente para seguir adelante.

Miré el reloj, un Casio negro que me había regalado mi tía para ese viaje. Eran casi la una del mediodía. Me até el cinturón y me puse los cascos. Empezó a sonar *Dreams*, de The Cranberries.

Era la primera vez que salía de Europa y la idea de entrar en Asia no dejaba de rondarme la cabeza. Lo llevaba todo preparado, al menos sobre el papel, porque sabía que en la India incluso, eso podría no ser suficiente. Estaba dispuesto a dejarme llevar, o eso me decía yo.

Las cosquillas en el estómago no cesaban. Hacía tiempo que no me sentía así, lleno de ganas e ilusión. Aprendería a enseñar yoga en el lugar donde nació esa tradición y, además, podría viajar. Aquel viaje era por Sofí, por nosotros, por las cosas que queríamos hacer juntos.

El viaje aún estaba comenzando. Las cartas que me habían tocado no eran demasiado buenas. Aun así, pensaba jugar la partida. Las cosas habían cambiado demasiado rápido ese último año, pero por primera vez ese paso se acercaba un poco más a algo que deseaba, aunque no supiera ponerle nombre.

Las cosquillas en el vientre se intensificaron, así que volví a mirar por la ventana en busca de esa escena que siempre me calmaba. Las nubes. Nubes y más nubes.

Pero nada. El avión comenzó a descender y la inquietud en mis entrañas se hizo más grande. Incontrolable. Como cuando mi padre me hacía cosquillas y le suplicaba que parara, pero luego quería más.

UNA LARGA HISTORIA



Aquella larga escala fue el aperitivo antes del viaje definitivo. Dejé la mochila en el hostal donde haría noche y salí a caminar por el centro de Ámsterdam. Mi vuelo salía a la mañana siguiente, así que tenía unas horas para perderme entre canales, calles estrechas y bicicletas que parecían surgir por todas partes.

Caminé despacio, observando el ir y venir de la gente, los reflejos de las luces sobre el agua y esa sensación de ciudad ordenada pero viva, donde todo parecía moverse sin prisa. Me dejé llevar sin mapa, sacando alguna foto, respirando el ambiente como quien estira un poco más el momento antes de un gran salto.

Aquella noche decidí darme un último homenaje. Sabía que, durante una buena temporada, la carne dejaría de formar parte de mis comidas, así que no quise privarme. Pedí una cena contundente frente a uno de los canales y la acompañé con un par de cervezas. Mientras comía, pensé en lo mucho que me gustaban las cosas sencillas: el jamón serrano cortado fino, una buena hamburguesa o las albóndigas de mi tía, que siempre me sabían a casa.

Ya no bebía apenas, y menos desde que Sofí enfermó, así que el alcohol no tardó en subírseme a la cabeza. Me sentía saciado, relajado, ligeramente desinhibido.

Satisfecho después de cenar, emprendí el camino de vuelta al hostal sin demasiada prisa. Las calles estaban vivas, iluminadas por neones y escaparates que parpadeaban sobre el agua de los canales. El aire era frío, pero agradable, y se mezclaba con un olor dulzón y penetrante que reconocí enseguida: marihuana. Era extraño percibirlo con tanta naturalidad, sin miradas de reproche ni prisas por esconderse. Allí era legal, como tantas otras cosas.

Me llamó la atención esa sensación constante de orden dentro del caos. Todo parecía permitido, pero nada descontrolado. Bicicletas, turistas, locales, risas, canciones que salían de los bares… Reconocí alguna como *International Love*, de Pitbull. Ámsterdam me daba la impresión de ser una ciudad que confiaba en la responsabilidad de las personas.

Sin darme cuenta, mis pasos me llevaron hasta el barrio rojo. Lo reconocí antes de verlo del todo: las luces rojas reflejadas en los cristales, el murmullo constante de voces, el ambiente cargado de curiosidad y provocación. Los escaparates se alineaban uno tras otro y, tras los cristales, mujeres que exhibían sus cuerpos con una seguridad que me desconcertó.

Me detuve a cierta distancia, observando. Algunas charlaban entre ellas, otras miraban el móvil, y unas pocas sostenían la mirada de quienes pasaban. Me sorprendió pensar que la prostitución también era legal allí, regulada, visible, sin disfraces ni sombras.

Una de ellas llamó mi atención sin que yo lo buscara invitándome a acercarse con la mano. Tenía el cuerpo firme, de curvas suaves y seguras. La lencería negra marcaba su cintura y realzaba el contraste con su piel clara. Llevaba medias sujetas por ligas que se perdían bajo la tela y unos tacones altos que estilizan las piernas hasta volverlas casi irreales. Su postura no era forzada; parecía cómoda dentro de su propio cuerpo, como si lo habitara sin conflicto.

A medida que me acercaba me fui sintiendo incómodo. No por ella, sino por mí. No sabía bien dónde mirar. Los cuerpos desnudos

me provocaban una mezcla de curiosidad y bloqueo, como si algo en mí se tensara sin razón aparente.

Miré de reojo, intentando no invadir, pero tampoco apartar la vista del todo. Ella me vio. Sonrió apenas y dio un par de golpes suaves al cristal, captando nuevamente mi atención. Alcé los ojos y me encontré con su mirada: directa, firme, sin juicio. Con un gesto lento de cabeza me invitaba a entrar, mientras deslizaba las manos por sus muslos en un movimiento pausado, casi mecánico, aprendido.

Fue demasiado para mí. Sentí el pulso acelerarse, las manos sudorosas, el cuerpo en alerta. Giré bruscamente y empecé a caminar deprisa, como si huir fuera la única forma de recuperar el control.

Solo seguí. Sin mirar atrás. Caminando hasta perder las luces rojas de vista, con la certeza incómoda de que aquel breve encuentro había removido algo profundo. Algo que todavía estaba sin resolver.

Varias horas más tarde, me encontraba buscando mi butaca en el avión. Esta vez era bastante más grande que el que tomé el día anterior y noté que había más gente con rasgos hindúes que occidentales. Los turbantes, los peinados, los saris y las barbas me resultaban exóticos. Me preguntaba si alguno de ellos iría, como yo, a hacer la misma formación de yoga cuando alguien se detuvo frente a mi fila.

—Hola, perdona, ¿me dejas paso a la ventanilla? Es el asiento que me ha tocado —me dijo un chico con un ligero acento hindú y una mirada limpia que me llenó de confianza como para abandonar mi habitual timidez.

—Claro, pero ¿cómo sabes que hablo español? —pregunté algo sorprendido mientras me llegaba un agradable olor a incienso a su paso.

—Te vi ayer en el aeropuerto de Madrid. Vinimos en el mismo vuelo a Ámsterdam y al verte ahora supuse que te tocó el mismo largo transbordo que a mí —respondió, sosteniéndome la mirada—. ¿Cómo es que viajas a la India?

—Voy a hacer algo de turismo y también una formación de yoga en Benarés —contesté con una sonrisa—. ¿Y tú? ¿Eres hindú,

verdad? Aunque hablas muy bien español.

—Gracias. Soy de India, sí, ahora mismo trabajo en Madrid en la empresa familiar —explicó, orgulloso.

—¡Guau! Qué interesante. Entonces este vuelo para ti es otro viaje de negocios más.

—Bueno, sí… pero no. Esta vez voy a conocer también a la que va a ser mi futura esposa —aclaró, dejando de sonreír y bajando la mirada.

—Oye, pero eso son muy buenas noticias. Enhorabuena. He oído que las bodas indias son muy divertidas —dije, intentando animarlo.

Volvió a mirarme, esta vez más serio.

—Lo cierto es que yo no quiero casarme. Es por mi familia, que es muy tradicional y religiosa —explicó con voz calmada—. Soy hinduista desde siempre y me gusta serlo, pero hay cosas de mi cultura con las que no estoy de acuerdo. Es una larga historia —añadió, sonriendo de nuevo—. ¿Y tú? ¿Cómo es que vas hasta Benarés a aprender yoga?

—Uf… eso también es una larga historia —respondí—. ¿Cómo te llamas?

—Rahul. Rahul Khandelwal. ¿Y tú?

—David. David García.

Nos estrechamos la mano, sosteniendo la mirada, con la sensación compartida de haber encontrado a alguien interesante con quien atravesar las largas horas de vuelo.

Rahul era un chico algo mayor que yo, de piel morena, ojos negros intensos, pelo ondulado y barba arreglada. Vestía una camisa india blanca sin cuello y un pantalón ancho del mismo tejido, un reloj elegante y varios collares de cuentas de madera. Había en su mirada algo familiar y, al mismo tiempo, una tristeza contenida que me resultó cercana.

—¿Y ya has estado antes en India? —preguntó, sacándome de mis pensamientos.

—Para nada. Estoy algo inquieto y no sé si me arreglaré bien con el inglés.

—*Do you want us to speak in English during the trip?* Así vas calentando motores —propuso con naturalidad.

—*Great! But don't laugh.* No te rías de mi pronunciación, que es de *jelow* con J —respondí, muerto de vergüenza.

—*Tell me what is your travel plan?* Cuéntame, ¿cuál es tu plan de viaje? —dijo sonriendo.

Mientras el resto de pasajeros se acomodaba, le conté mi ruta: Khajuraho, Bodhgaya, Benarés, Goa y, al final, el Taj Mahal. Rahul me escuchaba atento, paciente, sonriendo cada vez que necesitaba acompañar mis palabras con gestos.

—*Your English is not bad.* No tienes por qué preocuparte —me animó—. Lo que te falta en fluidez lo suples con expresividad.

Seguí contándole que había trabajado de camarero y en un supermercado, que había ahorrado lo suficiente para el viaje y la formación. Además el alquiler de la casa de mis padres, mi casa, también me permitía viajar holgado. Me sorprendí hablando con más soltura de lo habitual, sin medir tanto las palabras, cuando la megafonía nos interrumpió:

—*Welcome, ladies and gentlemen, to flight KL 872 to New Delhi.* En breves minutos el avión va a despegar. Se les recuerda que deben apagar todos los dispositivos electrónicos durante el despegue. *Thank you.*

Mientras la tripulación se preparaba para dar las indicaciones de seguridad, busqué el teléfono para apagarlo. Vi varios mensajes de mi tía y un correo del hotel en Delhi. Overbooking. Cancelación. El estómago se me cerró.

—Mierda —se me escapó.

—¿Qué pasa?

—Me he quedado sin hotel.

—No te preocupes, todo llega cuando tiene que llegar. —dijo apoyando la mano en mi hombro—. India está llena de posibilidades.

El avión despegó. La electricidad en mis entrañas fue disminuyendo mientras la conversación continuaba.

Las horas de vuelo pasaron sin que me diera cuenta. Entre conversaciones, silencios y alguna risa nerviosa, el avión avanzaba hacia la noche. En algún momento cerré los ojos. El viaje continuaba, aunque todavía no imaginaba hasta dónde me iba a llevar.

INSTINTO



El aeropuerto era enorme, pero todo parecía estar apagado y no había demasiada gente. Aterrizamos en plena noche: las tiendas estaban cerradas, los restaurantes a oscuras, y caminábamos como sombras bajo las tenues luces de una gran cueva. Todo me causaba una gran curiosidad, en especial el olor entre humo y especias que lo impregnaba todo. Me sentía totalmente desorientado y con las baterías bajas por aquel largo viaje.

Al salir a la calle nos recibieron veintisiete grados, bastante humedad y algo de niebla o humo, no lo podía diferenciar. Menos mal que Rahul se encargó de negociar con un taxista que nos dejó en Paharganj a eso de las dos de la madrugada.

Por suerte para mí, Rahul también se quedaba en la misma zona que yo a pasar la noche y quiso ayudarme a encontrar un lugar donde descansar. Su tren salía temprano, desde la misma estación que el mío. Pensamos que lo más fácil era ir al mismo lugar donde ya le estaban esperando a él y preguntar si tendrían más habitaciones libres.

Un chico estaba esperando en aquel pequeño hotel, al que se accedía por unos callejones que parecían un laberinto.

—Namaste —nos saludó somnoliento y con cara de circunstancia mirándonos a ambos.

Rahul y él hablaron en hindi, y yo quedé al margen, observando sus gestos. El joven me miró primero con el ceño fruncido y después esbozó una sonrisa.

Largos minutos después, cuando terminaron de hablar, Rahul me contó que no les quedaban habitaciones. Al parecer había algún evento en la capital y todo estaba bastante lleno, pero como la habitación de Rahul era de cama grande me ofreció amablemente compartirla conmigo. Era demasiado tarde, él se marcharía temprano y yo estaba agotado como para buscar nada, así que no tardé demasiado en aceptar. Además, Rahul me había caído bien. Me daba confianza. Era respetuoso y familiar.

El chico me indicó que firmase en un libro de registro, me pidió el pasaporte y le dio a Rahul una llave. Mientras él se quedó en una pequeña recepción escaneando mi pasaporte, subimos las escaleras hasta la primera planta con nuestros equipajes.

Solo había cuatro puertas a lo largo de un pasillo y fuimos hasta la del final. La habitación era muy básica pero grande. Cama amplia, sábanas y toallas dobladas, suelo de mármol blanco y un ventilador de techo.

—*I'm going to take a shower*, mañana mi tren sale a las ocho de la mañana y quiero descansar —dijo Rahul mientras encendía un incienso.

Yo también tenía ganas de darme una ducha, la humedad en Delhi era pegajosa pero lo que tenía era una sed horrible, desde el vuelo no había bebido nada. En el avión nos dieron algo de cena, *indian style*. Arroz basmati, verduras exageradamente especiadas y picantes. También unas tortitas que descubrí se llamaban Chapati, que eran como el pan para nosotros y de postre una especie de buñuelos en jarabe de azúcar demasiado empalagosos.

Rahul se metió al baño y yo fui a preparar mis cosas para ducharme tras él cuando me sorprendió que tocasen la puerta. Me acerqué extrañado para abrir.

—*Namaste sir!* — dijo con una sonrisa el chico del hotel—. *This is your Passport…* y os traigo también dos botellas de agua grandes que pidió Rahul. Mañana antes de irte tienes que firmar el registro en recepción. Good night! — y tras una lenta inclinación de cabeza se marchó.

Mientras esperaba para ducharme, me acomodé en la cama y bebí como si por dentro tuviera un desierto. Además, me empezó a envolver el aroma dulce del incienso, que era el mismo al que olía él y que a mí me recordaba a las relajaciones de las clases de yoga. Estaba claro que mi nuevo amigo sabía lo que se hacía y se anticipaba a las necesidades antes de que surgieran.

Durante el vuelo, con las luces de la cabina atenuadas, la conversación se volvió más lenta e íntima. Rahul me habló de su familia en Jaipur y del negocio de joyería que compartían entre India, Madrid y Londres donde estaba su hermano. Que estaban en expansión. También me contó que antes de ir a casa tenía que ir a Pushkar, un pueblo sagrado en el desierto.

Me describió la calma del lugar, el lago en el centro del pueblo y los talleres donde los artesanos trabajaban la plata. Dijo que allí encontraba una paz que le costaba hallar en otros sitios, y que pasaría unos días moviéndose entre Pushkar y Jaipur, revisando la producción de joyas.

Después tendría que regresar a Jaipur para conocer a la mujer con la que su familia había decidido que se casara. Mientras hablaba, su voz se mantuvo serena, pero en su rostro aparecía esa sombra de tristeza que ya le había visto antes.

Varias horas más tarde me desperté fuera de lugar. Entre el jetlag y la escasa luz nocturna que entraba por la ventana, me costó ubicarme. Estaba tumbado en aquella cama boca arriba, en ropa interior. La cabeza de Rahul posaba sobre mi pecho y su muslo sobre mi pierna. Él se encontraba profundamente dormido, respiraba con calma y me abrazaba con naturalidad. A medida que mis sentidos se ajustaban a aquel momento noté una gran presión en su entrepierna contra mi muslo.

Me quedé paralizado. No podía despertarle en aquella incómoda situación, pero a la vez tenía que encontrar la forma de separarme cuidadosamente.

El dulce olor que desprendía su piel, mezclado con su sudor, comenzó a adueñarse de mí, mientras que la presión, suave y caliente, de su cuerpo empezó a excitarme. Aquello no me lo esperaba. Ninguno nos movíamos, pero mi entrepierna decidió endurecerse tanto como la que percibía de él.

El corazón me golpeaba con fuerza desde el interior, resonando como un tambor por todo mi cuerpo, y traté de respirar para calmarlo. Consideraba que aquella situación era inaceptable, pero mi cuerpo no opinaba lo mismo. La intensidad seguía creciendo sin que yo pudiera detenerla.

El nivel de excitación que estaba experimentando era algo fuera de lugar y pensé que de ningún modo tenía que despertarse. Aquello era totalmente inapropiado. Mis ojos ya se habían aclimatado a aquel nivel de luz y me propuse deslizar mi cuerpo lentamente hacia el lado contrario.

En cuanto empecé a moverme, Rahul se despertó y, al querer impulsarse para separarse de mí, colocó su mano sobre mi robusta erección. Levantó la cabeza y me encontró sorprendentemente despierto. Apretó con más fuerza su mano y ambos notamos cómo mi erección pulsaba al ritmo de mis latidos.

Nos miramos en silencio unos instantes y terminó acercando su cara hacia la mía. En aquellos ojos me vi a mí mismo: excitado, indefenso, culpable. Había una pregunta escondida en aquella mirada, algo que no sabía nombrar.

Acercó sus labios hasta los míos y, cerrando los ojos, me besó. Sus labios gruesos y resbaladizos jugaban sutilmente junto a su lengua sobre los míos. Sentí que perdía totalmente el control; aquel beso había despertado en mí sensaciones que no había tenido nunca antes. Algo en mi cuerpo se reorganizó de golpe.

Se separó y volvió a mirarme dudoso. El tiempo pareció detenerse unos segundos. No hubo palabras. Solo silencio. Aquella mirada me asustó, como estar al borde de un precipicio, pero los dos sabíamos perfectamente lo que ocurría entre nosotros.

Sin pensarlo, me lancé hacia sus labios con el impulso de mi instinto. Aquello era inevitable.

Las caricias que sus labios y su lengua provocaban en los míos hacían que todo mi cuerpo vibrase y se siguiese llenando de aquella incontrolable excitación. Los nervios no habían desaparecido del todo, pero mi cabeza se desconectó por completo. Con el cerebro silenciado y capitaneado por mi instinto, pude continuar descubriendo libremente lo que aquel firme y carnoso cuerpo era capaz de hacerme sentir.

Con la seguridad de que todo lo que fuera a suceder quedaría en secreto entre los dos y entre aquellas cuatro paredes, descubrí un ardiente fuego que se ocultaba en mí. Las llamas que se prendieron en la oscuridad de aquel silencio ardieron durante un tiempo incierto. Cuando todo se calmó, mi cuerpo seguía despierto, caliente, como si algo hubiera sido removido para siempre.

Mientras yo intentaba asimilar que había cruzado una frontera sin vuelta atrás, afuera, la noche en Delhi continuaba, indiferente.

WELCOME TO PAHARGANJ



Hoteles baratos, pequeños restaurantes, tiendas de toda clase, puestos callejeros, vacas, motos, mochileros, pitidos, polvo, basura, olor a especias e incienso. Un caos absoluto que no tenía nada que ver con la tranquilidad que reinaba por la noche. Aquella zona era, sin duda, el epicentro mochilero de Delhi. Todos los que quisieran tomar un tren hacia cualquier destino de India pasaban antes o después por allí: la estación central estaba a un paso.

Aquel lunes de octubre de dos mil doce lo recuerdo con demasiados detalles. A media mañana desayunaba en un restaurante cochambroso cercano al hotel. Mi cabeza echaba chispas por lo sucedido y por las tareas pendientes que tenía para continuar el viaje, cambiar dinero, conseguir un teléfono para India. Al menos el tren a Khajuraho no salía hasta la noche, así que disponía de tiempo para ocuparme de todo.

Delhi me resultaba tan caótica que me mantenía en un estado de alerta constante. Me costaba centrarme. El jetlag seguía haciendo de

las suyas y, además, mi mente no dejaba de reproducir escenas explícitas de la noche anterior.

Había despertado hacía casi una hora en aquel cuarto —la habitación de nuestros secretos, y quizá de algunos más—. Rahul ya se había marchado sin que yo lo notase.

Todo lo que me rodeaba me devolvía a lo ocurrido horas antes. Aunque lo había vivido sin contención, ahora me sentía desencajado. Decidí salir de allí cuanto antes y centrarme en lo importante: el viaje, la formación, lo correcto.

Me duché y me lavé los dientes a conciencia, intentando convencerme de que aquello había sido un embrujo. Mientras guardaba las cosas en la mochila, vi una nota en la mesilla. Sin leerla, la hice una pelota y la lancé a la papelera. No quería saber nada más. Solo largarme y seguir con el viaje que había prometido a mi prima. Nada de esto habría pasado si ella me hubiese acompañado, así que quise actuar como si todo estuviera en su sitio.

Salí del hotel con la mochila a la espalda. Rahul había dejado todo pagado. No tenía nada que hacer allí salvo marcharme. Aun así, no fui capaz de abandonar la nota y, con un arrepentimiento tardío, la metí arrugada en la mochila. Allí seguía ahora, mientras desayunaba y miraba la mochila con el gesto torcido.

Con el estómago lleno y el café haciendo su efecto, me sentía mejor. La curiosidad insistía. Decidí que, fuera lo que fuese lo que estuviera escrito en la nota, no cambiaría nada. Abrí la mochila y desdoblé cuidadosamente la pelota de papel.

Namaste, David.

Ahora ya sabes por qué no quiero casarme,
pero no quiero defraudar a mi familia.

Me has hecho un poco más feliz; conocerte ha sido especial.

Lo mejor es que cada uno siga con su vida. Sin complicaciones.

Te deseo lo mejor para tu viaje y la fomación.

Gracias por cruzarte en mi camino.

Un abrazo,

Rahul Khandelwal

Sentí un gran alivio al saber que él también pensaba que seguir adelante era lo mejor y, al mismo tiempo, una profunda tristeza por renunciar a la posibilidad de volver a sentirme tan vivo y libre como horas antes.

Leí la carta un par de veces más y comprendí que aquella seguridad no era nueva para él. Recordar lo vivido volvía a excitarme, y eso no podía ser. Tenía que seguir mi camino y olvidar lo sucedido. Aquella mirada, aquel cuerpo, aquellas escenas nocturnas se repetían en bucle en mi cabeza. Lo mejor era ponerme en marcha y dejar que el tiempo hiciera su trabajo; en eso ya tenía experiencia.

Seguí con los recados mientras el ruido, el polvo y el calor no dejaban espacio para el silencio. Allí todo se resolvía a bocinazos y todos los vendedores querían ser "mis amigos". Me sentía agotado pero, cada vez que me detenía, las imágenes regresaban, así que seguía caminando. Era un pulso conmigo mismo y me resistía a perder.

La quietud en una tasca me ayudó a recuperar fuerzas. Aproveché para mandar unas fotos a mi tía: vacas, mototaxis, señales de que todo iba indiscutiblemente sobre la marcha. Cuando me sentí mejor, seguí con los recados.

Esta vez fui a comprar ropa. La que traía era demasiado pesada para aquel clima. No me entusiasmaba la idea, pero allí resultó casi divertido. Ya no parecía un europeo estilizado, sino un mochilero hippie de manual.

Cuando volvió el hambre, entré en un restaurante con terraza, desde donde se veía el bazar. No entendía los nombres de los platos,

así que busqué en el móvil. Había recibido un mensaje de Mercedes.

Ya veo que te has echado nuevas amigas. Espero que ese caos que se ve no te haga perder la cabeza. Por aquí todo tranquilo, hoy empezamos de nuevo las clases de yoga y ya tengo ganas. Les diré a todas que estás por India, seguro que se mueren de envidia. Disfruta y aprende todo lo que puedas. ¡¡CUÍDATE MUCHO, DAVICIN!! ¡¡BESITOS!!

Miré el mensaje unos segundos, con el teléfono en la mano. Luego le mandé otra foto: yo sonriendo, con la ropa nueva y la calle de fondo, como si todo estuviera exactamente donde tenía que estar.

Pregunté si preparaban comida para llevar. Pedí varios platos, algunos para ahora y otros para el tren, todos sin picante. El camarero mencionó el *masala* como si fuera algo obvio. Al probar el primero, supe que había acertado. Más tarde me acordaría del camarero y de toda su familia cuando probase lo que me habían preparado, ¿qué entenderían por "no picante"?

Me quedé un rato observando el ajetreo: vacas, motos, pitidos, ropas de todos los colores. El ritmo de la capital era una locura. Aún faltaban un par de horas para que saliera el tren y me dirigí hacia la estación. Quería salir de allí cuanto antes y convencerme de que todo seguía su curso, era más fácil en movimiento.

INDIAN RAILWAYS



La New Delhi Railway Station era otro caos. O al menos eso parecía al principio. Todo estaba señalizado, pero mis ojos buscaban referencias conocidas: carteles claros, pantallas luminosas, información inmediata. Allí todo parecía viejo, gastado por el tiempo, el clima y el uso constante.

Había gente por todas partes. Rostros desconocidos, idiomas que no entendía, un movimiento continuo que me hacía sentir aislado incluso rodeado de personas. Me senté en el suelo del andén, junto a la mochila, y esperé.

Cuando por fin llegó mi tren, subí al vagón asignado. Tenía una litera, aire acondicionado y un olor fuerte, difícil de definir. Todo olía intenso en India, para bien o para mal, y aquel vagón no era una excepción. Estaba limpio, aunque no lo pareciera. Me acomodé en mi litera. Aquella sería mi casa durante las próximas horas.

Cerré los ojos intentando relajarme. Hasta ese momento había conseguido mantenerme a flote, distraído, sin perder el rumbo. Pero ahora estaba encerrado en aquella lata de sardinas en movimiento y

el placer de la noche anterior empezaba a transformarse en un auténtico infierno.

El traqueteo del tren recordaba al balanceo de una mecedora, pero descansar era imposible. El teléfono tenía señal intermitente y no conseguía distraerme con nada. No había escapatoria.

Entonces apareció Sofí.

Pensé en los últimos meses antes de que nos dejara. El cáncer la había ido apagando desde dentro, desde el corazón. Un linfoma cardíaco había terminado llevándose aquella luz que me acompañó en uno de los momentos más oscuros de mi adolescencia.

—¡Cuando me recupere de esta, tenemos pendiente ese viaje a la India para aprender yoga, eh! No te creas que se me ha olvidado —me dijo, tratando de esconder la realidad.

—He buscado en internet la escuela de yoga que nos recomendó Darshan, aquel profe del centro de yoga de Malasaña —contesté como si nuestra fantasía no lo fuese—. ¿Y has pensado qué lugares de India te gustaría visitar?

—Me encantaría poder conocerla de norte a sur y de este a oeste —contestó con la cara demacrada y pálida, pero ilusionada—. Pero lo que no podemos perdernos son los templos del Kamasutra.

Bajó la voz, haciéndola sonar más sexy.

—A ver si eso nos da suerte para encontrar el amor de nuestra vida —añadió, mordiéndose el labio, con mirada seductora.

Me dejó tan descolocado que, tras el silencio y mi cara desencajada, estallamos en carcajadas, lo que le provocó a su vez una horrible tos. Aun sin fuerzas, tenía el brillo y el humor que la caracterizaban.

—Prométeme una cosa —dijo más seria—. Que harás ese viaje y aprenderás yoga, aunque yo no pueda hacerlo contigo. Que buscarás la forma de vivir feliz y luchar por lo que te gusta, incluso aunque te sientas por los suelos.

Me quedé helado; mi prima jamás me había hablado con ese temple. La abracé y, con un nudo en la garganta, logré frenar las lágrimas.

—Prometido —conseguí decir con la voz rota.

En aquel vagón aparentemente tranquilo se libraba una batalla feroz. El ruido del tren no lograba tapar el ruido de mi cabeza, mientras un león rugía dentro de mi pecho, pidiendo salir.

Me puse los cascos y dejé que sonara *My Immortal*, de Evanescence. No me sentí mejor, pero al menos dejé de resistirme. Las lágrimas hicieron lo que yo no conseguía: bajar un poco la velocidad de mis pensamientos.

Horas después, ya de noche, llegamos a destino. Exhausto, me vi rodeado de conductores de tuc-tuc disputándose a gritos a los viajeros recién llegados. Aquella escena me cayó como un cubo de agua fría.

Despierta, David. Estás en India. Tienes que ponerte las pilas.

Elegí el que me ofreció el mejor precio. Los demás aceptaron la decisión sin enfado, casi con una sonrisa. Aquello me sorprendió. Parecía un juego y yo aún no entendía las reglas, pero volver a la acción me venía fenomenal.

UNA PAREJA PECULIAR



Esta vez mi reserva en el Hotel Buddha Palace de Khajuraho no tuvo ningún contratiempo. Dejé la mochila en la habitación sin detenerme en los detalles y bajé al comedor a desayunar. Necesitaba ocupar la cabeza.

Los templos con esculturas eróticas eran mi objetivo principal. Me inquietaba que visitarlos pudiera remover lo vivido con Rahul, pero pensaba cumplir lo que había prometido. Saldría a conocer el pueblo y perderme un poco para explorar.

En el comedor, una única pareja de unos sesenta años desayunaba con calma. El hotel tenía un aire familiar, aunque sorprendentemente moderno para aquel rincón de la India.

—*Good morning, boy! Where are you from?* ¿De dónde eres? —preguntó él al verme sentarme. —*I'm from Madrid, Spain* —contesté.

—*Madrid, Spagna? Va bene!* —rió él.

—¿De qué zona de Italia sois? —pregunté sin dudar de su procedencia.

—Somos de la ciudad del amor —dijo él, jocoso.

—¿De la ciudad del amor?

—*Ni caso, ragazzo* —intervino ella con cariño—. Pretende ser gracioso y siempre le digo que no tiene gracia. Se refiere a Roma, que vista al revés es amor.

Se presentaron como Carmelo y Raffaella. Casados, pero sin hijos, hablaban con una naturalidad muy peculiar. Ella era más calmada y observadora; a él le encantaba hablar y preguntar. Ella era una mujer morena, de cara redondeada y presencia robusta. Él, en cambio, era más delgado, con barba blanca y cuerpo fibroso. Los dos vestían casi completamente de blanco.

—¿Y cuándo es tu cumpleaños? —continuó Carmelo con sus preguntas infinitas.

—El veintisiete de enero. ¿Por qué?

—Entonces eres Acuario.

Continuó hablando de rasgos generales de todos los acuarios. Asentí por educación, aunque noté cómo una ligera incomodidad me recorría el cuerpo. No porque acertara o no, sino porque yo estaba demasiado removido y cualquier comentario parecía tocar algo sensible.

—No te asustes, David, sabemos algo de astrología —aclaró Raffaella—¿Y qué te trae a Khajuraho?

—Los templos.

—¿A nosotros también! —exclamó Carmelo—. Los queríamos ver desde hace años.

—Nos interesa el tantra —dijo Raffaella—. Lo estudiamos, lo practicamos… forma parte de nuestra vida.

Al instante me empezaron a saltar las alarmas.

—¿Y qué… qué es el tantra? —pregunté con la voz entrecortada.

—Para nosotros tiene más que ver con estar presentes en el cuerpo —añadió Raffaella—. No con hacer nada raro.

—¿Entonces a qué vinisteis hasta aquí? —continué.

—Queríamos conocer estos lugares por nosotros mismos —aclaró Carmelo—. Verlos, sentirlos, sin más.

—¿Y sabéis qué se hacía en ellos? —mi curiosidad podía más que mi vergüenza.

—Hay quien cree que aquí se hacían rituales —explicó ella—. Nosotros no lo sabemos, pero a lo mejor descubrimos algo.

—Si quieres, podemos compartir guía y rickshaw —propuso él, cambiando de tema—. Nos vendrá bien alguien joven para negociar con algún guía local.

Acepté al instante, sin pensarlo. A pesar de ser un poco excéntricos, despertaban mi curiosidad y me entretenían.

Manjú —o "Manuel", como prefería llamarse con los españoles— nos llevó de un templo a otro durante la mañana, tras regatear con él un buen precio. Se descalzaba con rapidez, esperaba paciente mientras fotografiábamos los templos y sonreía con una mezcla de orgullo y tristeza.

Durante la aventura, Carmelo sacaba un péndulo en cada templo, lo dejaba oscilar unos segundos y anotaba cifras en una libreta. Yo observaba, más intrigado que escéptico. No sabía si aquello tenía algún sentido real o si simplemente formaba parte de su manera de estar en el mundo. En cualquier caso, lo asumí como parte de su forma de viajar.

—¿Qué hace con el péndulo? —pregunté a Raffaella.

—Es una costumbre suya —dijo sonriendo—. A Carmelo le gusta hacer estas cosas cuando visitamos sitios así.

—¿Y el tantra funciona igual entre personas del mismo sexo? —pregunté con voz grave.

—Yo creo que sí —respondió con dulzura—. Al final todos tenemos un poco de todo dentro. Además, ya somos completos con o sin pareja.

—*Amore, vieni e scatta una foto di tutti noi!* —interrumpió desde la distancia Carmelo.

Aproveché la ocasión para mandar una foto con el móvil a mi tía Merce.

Con mis nuevos amigos italianos en los templos de Khajuraho.
Te caerían súper bien, son de tu rollo.
Besos.

LOS TEMPLOS DEL KAMASUTRA



Tras una picante pero suculenta comida, llegamos al recinto occidental. Césped cuidado, caminos de piedra y grandes árboles ofreciendo sombra. Todo estaba sorprendentemente limpio, como un parque detenido en el tiempo. Los templos eran más imponentes que los de la mañana: se alzaban sobre plataformas anchas y torreones tallados, con interiores repletos de figuras.

Solo había un templo fuera del recinto y estaba plenamente activo. A diferencia del resto, no estaba cubierto de esculturas. Era más sencillo y geométrico, con una estructura piramidal y una escalinata principal que conducía hasta una cámara en la cima. Dedicado al dios Shiva, una escultura de Ganesha guardaba la entrada. Me recordó al elefante que había visto en las nubes y, de algún modo, me sentí acompañado.

Dentro del edificio se alzaba un gran bloque de piedra tallado con una forma claramente fálica, un *lingam*, sobre una amplia plataforma circular. El *lingam* representa lo masculino. Su tamaño resultaba imposible de ignorar.

Si mi prima hubiera estado allí, los romanos habrían estado encantados con ella. Hubiera soltado alguna burrada de las suyas:

—¡Este templo es como un pene enorme de piedra al que vienen a adorar los shivaístas! Menudos los indios, ¡no se andan con tonterías! ¡Prefiero no preguntar cómo son los consoladores de por aquí!

Carmelo guardó su péndulo y se quedó observando el templo en silencio, más serio de lo habitual, como si aquel lugar le impresionara de un modo distinto a los anteriores.

Uno de los sacerdotes, con la cara pintada y una única tela cubriéndole las partes, nos vio interesados y se acercó.

—*Namaste, friends! You are welcome at seven thirty to this temple for the pooja.*

Y nuevamente mi prima cobró vida:

—¿Acaba de invitarnos al TEMPLO DE LA POLLA? ¿En serio? ¿Habéis entendido lo mismo que yo?

—¿Qué es *pooja*? —me dirigí a Raffaella.

—Se refiere a la ceremonia o adoración —aclaró—. *Thank you very much for the invitation* —contestó al sacerdote.

Con un par de horas antes del *pooja*, nos sumergimos en el recinto. Pagamos las entradas y comenzamos a dejarnos llevar por las tallas y las posturas del Kamasutra.

Aunque no estaba físicamente a mi lado, mi prima me acompañaba con su desparpajo cada vez que mis ojos se detenían en una figura sexual. Era imposible no evocarla: había escenas de orgías e incluso representaciones de sexo con animales.

—Mira tú —me la imaginé diciendo—, aquí no necesitaban libros de educación sexual, lo dejaron todo bien esculpido en piedra.

En otra talla, varias mujeres, bien definidas por sus curvas y entregadas al sexo tántrico, sostenían a un hombre boca abajo.

—¡Tampoco es para tantra! —incidió Sofí—. Vamos, que eso ya parece más una clase de *acroyoga* mal entendida que una postura del Kamasutra.

Fue su última ocurrencia antes de desvanecerse por completo. En ese instante me quedé petrificado. Entre las tallas había un hombre haciéndole una felación a otro. Una escena directa que me borró

cualquier resto de ironía. Sentí cómo la sorpresa me subía por el pecho, una mezcla incómoda de asombro y pudor que me obligó a apartar la mirada. No era rechazo; era un reflejo antiguo. Pero mi mente se llenó de imágenes muy explícitas de Rahul desnudo.

Sentí calor y mucha sed. Bebí y me senté a la sombra, tratando de recomponerme.

—*Ragazzo, stai bene?* —se acercó Carmelo, con gesto preocupado.

—Sí, sí. Creo que me he mareado por el calor y la humedad —dije, evitando mirarlo demasiado—. Nada más.

Carmelo asintió sin insistir, y agradecí en silencio que no hiciera más preguntas.

Después del paseo, descansamos un rato a la sombra de un gran árbol *bodhi*. Me apoyé en el tronco y, casi sin pensarlo, saqué el móvil del bolsillo. Entre notificaciones sin importancia apareció un mensaje de Merce. Sonreí antes incluso de abrirlo; tenía ese don para colarse en los momentos justos.

Yo aquí desayunando y rumbo al médico…
y tú de turismeo por la India.
Ya me gustaría a mí estar ahí en vez de hacer cola aquí.

Besitos, Davicín. Te quiero.

Bajo el árbol, no nos iluminamos, pero recuperamos fuerzas para asistir al *pooja* en el templo de Shiva. Allí nos descalzamos y subimos la escalinata hasta el altar.

El sacerdote comenzó a recitar mantras y, poco a poco, el templo se llenó de tambores, campanas y un ruido ensordecedor. Frente al enorme *lingam*, la mente se me aquietó. La vibración recorría el cuerpo entero y los pensamientos se disolvían sin esfuerzo.

Cuando todo alcanzó su punto más alto, el sonido cesó de golpe. El silencio fue igual de intenso. Los presentes acercaron las manos y apoyaron la frente en la gran piedra. Al salir, nos pusieron a todos

una marca roja en el entrecejo. Me sentía extrañamente calmado, en paz.

Para ser un pueblo perdido en medio de la India, el lugar era en gran parte víctima del turismo. Eso facilitó que termináramos cenando en una pizzería. La comida india me gustaba, pero el picante y yo no nos estábamos entendiendo.

—Nosotros solemos pedir *zero spicy*, cero picante, aunque no siempre nos funciona —dijo Raffaella.

—¿Y cómo te encuentras? —quiso saber Carmelo.

—El *pooja* me ha despejado muchísimo, pero estoy agotado.

—No me extraña —asintió—. Ha sido intenso.

Asentí sin saber muy bien qué contestar.

—He estado muy a gusto el día con vosotros. Si os parece, os invito a cenar —dije con una sonrisa.

—Bueno, solo si mañana te invitamos a comer —propuso Carmelo, generoso.

—Perfecto —confirmé—. ¿Y qué planes tenéis ahora?

—Nosotros nos quedamos unos días más —comentó Carmelo—. Queremos seguir visitando templos con calma.

—Yo mañana salgo hacia Bodhgaya.

Volvimos juntos al hotel. Yo sentía el cuerpo pesado y la cabeza extrañamente despierta. Había dormido poco la noche anterior en el tren del horror y el calor del día, las caminatas entre los templos y las imágenes acumuladas empezaban a pasar factura en el cuerpo. El estómago se me había revuelto, como si no terminara de aceptar nada de lo que había cenado, ni la comida ni el resto.

Me tumbé un rato sin deshacer la mochila. Sentía las piernas cansadas, los pies ardiendo y una sed que no se calmaba del todo. Cerré los ojos con la intención de descansar, pero el cuerpo no colaboró. Cada vez que aflojaba un poco, algo se removía por dentro.

Pensé que quizá salir a caminar me vendría mejor que quedarme encerrado. El aire de la noche siempre había sido más amable conmigo.

Me levanté despacio, todavía con esa sensación rara de estar agotado y, al mismo tiempo, demasiado despierto para dormir. Algo

dentro pedía salir.

CAMBIO DE PLANES



Salí del hotel cuando la calle empezaba a vaciarse. El calor seguía ahí, pegajoso, pero la noche lo volvía más soportable. Las luces eran escasas y amarillentas, y el movimiento del día se había replegado a lo lejos, como si Khajuraho respirara por fin con menos esfuerzo.

Caminé sin rumbo fijo, dejando atrás las zonas más turísticas. Los restaurantes cerraban, las persianas bajaban despacio y las motos pasaban cada vez con menos frecuencia. Pronto las fachadas cambiaron: casas bajas, de madera y barro, algunas con las puertas abiertas, otras cerradas a cal y canto. Alguna bombilla colgando, alguna vaca dormida en mitad de la calle. Todo parecía más real allí, menos preparado para ser mirado.

El estómago seguía revuelto, pero de otra manera. Ya no era solo la comida. Había algo más profundo, una presión sorda que no encontraba salida. Caminaba despacio, notando el cansancio en las piernas, el sudor secándose a trompicones en la espalda, la cabeza demasiado despierta para la hora que era.

Y entonces pensé en Sofí.

No fue una imagen. No la vi.

Fue más bien una presencia conocida, como cuando sabes que alguien está detrás de ti sin girarte.

—Menudo plan te estás montando, primito —dijo, con ese tono suyo entre burla y cariño—. Viajas a la otra punta del mundo y acabas paseando de noche como si te hubieran dejado plantado en una cita.

Sonreí sin querer.

—No es eso —me defendí en silencio—. Estoy cansado.

—Claro que estás cansado —respondió—. Y revuelto. Y muerto de miedo. Vamos, lo de siempre cuando te gusta alguien.

Me detuve un momento, apoyando la mano en una pared de barro aún caliente.

—No me gusta —contesté—. No debería.

No sabía bien de dónde salía ese "no debería", solo que llevaba años acompañándome.

—Ah, perdona —replicó—. Se me olvidaba que ahora también decides lo que sientes. Eso es nuevo.

Seguí caminando. El aire era más seco allí, menos cargado de olores. Las casas se espaciaban y no había ni calle. Tan solo un árbol solitario abandonado en el camino. Me detuve allí.

—¿Y qué pasa si es un chico? —añadió, como quien no quiere la cosa—. ¿Te va a castigar alguien o es solo cosa tuya?

Noté un nudo subir desde el estómago hasta el pecho.

—No es tan fácil —dije—. Rahul… su familia… yo…

—Sí, sí —me interrumpió—. Ya conozco la lista. Siempre encuentras una razón estupenda para no complicarte la vida. Eso se te ha dado de maravilla desde pequeño.

Me paré en seco.

La presión que llevaba dentro desde días atrás empezó a empujar con fuerza. El cansancio, el calor, el deseo, la culpa, todo junto. Caminé unos pasos más hasta agarrarme al árbol.

Y entonces grité sin pensar.

Salió sin aviso, como un rugido animal.

—¡AAAAAAHHHH!

Y luego otro.

—¡AAAAAAHHHH!

La garganta ardía, el pecho se abría a golpes. El cuerpo se inclinó hacia delante y las manos se me cerraron en puños. Grité otra vez, soltando la rabia, la tristeza, la confusión, el miedo a decepcionar, el cansancio de tener que soportar todo.

La fiera que llevaba dentro, esa que nunca enseñaba, por fin encontró una grieta. No era solo por Rahul; era por todo lo que había aprendido a callar.

Cuando el grito se apagó, llegó el llanto. No violento. Profundo. Los sollozos bajaron poco a poco de intensidad, la respiración se fue ordenando y el cuerpo empezó a recuperar peso, como si volviera a caer dentro de sí.

—Bueno —dijo Sofí, más suave—. Ya era hora.

Me dejé caer en cuclillas, apoyando la espalda en el tronco. Las tripas, curiosamente, se habían calmado. El estómago seguía sensible, pero ya no protestaba. El cuerpo estaba agotado, pero algo dentro se había colocado en su sitio.

—No sé qué hacer —admití.

—Menos mal —respondió—. Si lo supieras, me preocuparía.

Cerré los ojos un momento. La tormenta había pasado. No necesitaba entender nada. Bastaba con sentir que seguía allí.

Volví al hotel más tarde de lo que pensaba. Dormí mal, a ratos, pero dormí. Al día siguiente desperté con la cabeza espesa y el cuerpo torpe, como si me hubieran exprimido por dentro. Me duché despacio y miré el móvil casi por inercia.

Busqué a Rahul.

En redes, en contactos, en cualquier sitio donde pudiera aparecer su nombre. Nada. Ningún perfil que coincidiera con su cara, con su mirada. No me sorprendió. Guardé el móvil y me vestí sin prisa.

Comí con Carmelo y Raffaella. Me sentía acompañado de una forma extraña. Me reí más de lo que esperaba. Al despedirnos, me dieron su contacto. Los abracé con gratitud sincera. Aquella etapa del viaje se cerraba allí.

Por la tarde regresé al hotel, preparé la mochila y me senté un momento frente al mapa. Esa noche tenía un billete hacia Bodhgaya, tal como marcaba mi plan de viaje. Aun así, al mirar el mapa, mis ojos se detuvieron en otro punto: Pushkar.

No lo pensé demasiado. Necesitaba intentarlo.

FLUIR



Con la ayuda del recepcionista del hotel compré un billete de tren a Delhi para aquella misma noche. Pushkar quedaba justo en dirección contraria a la que llevaba hasta entonces y me tocaba deshacer parte del camino recorrido.

Delhi era solo una parada necesaria antes de continuar hacia Rajastán. Solo quedaban plazas en tercera clase, sin aire acondicionado, pero al ser un viaje nocturno me aseguraron que no tendría problemas para descansar.

Todo lo vivido activó en mí una motivación poco habitual, una parte rígida, casi obsesiva, que quería llegar cuanto antes. No tenía tiempo. Quería encontrar a Rahul y llegar a la formación de yoga sin contratiempos. No sabía cómo, pero lo quería todo.

Más tarde, ante el espectáculo de trenes de la estación de Khajuraho, observaba el ir y venir de las máquinas bajo un calor que me tenía completamente agotado. Desde la distancia, el movimiento de aquellos trenes me recordó a las maquetas ferroviarias de los coleccionistas: todo parecía reducido, casi irreal, hipnótico.

En el vagón, la litera no tenía sábanas ni la amplitud de la anterior. De día aquel espacio funcionaba como asientos y por la noche se transformaba en literas de tres alturas. El lugar estaba más

sucio y una plaga de ventiladores en el techo zumbaba sin descanso. Incluso con ellos, el calor era inaguantable.

Compartí el viaje con una familia local: un hombre, una mujer, dos niños pequeños y una anciana. Me miraban con curiosidad, con sonrisas limpias y una atención sincera que no sabía muy bien cómo devolver. Había algo en sus miradas, en su manera de estar, que resultaba sencillo y verdadero.

El hombre intentó hablarme en inglés, aunque apenas pasaba de las preguntas básicas. Acabamos comunicándonos con gestos, risas y expresiones exageradas. Aquello tenía algo de cine mudo, de juego improvisado. Me acordé de Rahul y de cómo me había descrito situaciones parecidas.

Cuando el tren arrancó, la familia ya estaba acampada a sus anchas. Sacaron la cena en pequeños recipientes de metal: chapati, verduras y salsas especiadas que alimentaban solo con el olor. Me ofrecieron compartirla con ellos. A pesar de sospechar lo que vendría después, no supe decir que no. Me conmovió aquel gesto tan simple y tan humano.

Minutos más tarde no hubo agua suficiente para apagar el fuego de mi boca. El masala picante hizo que los ojos se me enrojecieran al instante; la nariz y la garganta empezaron a reaccionar como si no hubiera un mañana. El calor, la tos y los mocos tardaron un buen rato en desaparecer. Cuando por fin pasó, todos estallamos en risas, incluido yo, por habernos asustado tanto.

Jugamos un rato con los niños, nos sacamos algunas fotos y, después, preparamos el vagón para dormir. Cada uno ocupó su litera. Aquella noche dormí de un tirón hasta llegar a Delhi. A pesar de viajar en una categoría inferior, el trayecto se me hizo más ameno de lo que esperaba. Estaba agotado. Todo lo vivido en los últimos días pesaba, y la calma que había sentido la noche anterior me ayudó a descansar profundamente. Tenía la sensación de estar en el camino correcto.

Al llegar de nuevo a Paharganj no quise quedarme más de lo necesario. Necesitaba recuperar fuerzas, pero también avanzar. Para no perder tiempo volví al restaurante con vistas que ya conocía.

Contaba con el caos habitual del barrio, pero no con el retortijón que apareció tras el desayuno. Las tripas no dejaban de protestar y no podía alejarme del baño más de cinco minutos seguidos. El recuerdo de la cena picante venía con efecto retardado.

Tenía *fortasec* en el botiquín, aunque tardó más de lo que me hubiera gustado en hacer efecto. Me resigné a pasar la mañana allí y pedí arroz blanco para comer. El camarero se acercaba de vez en cuando con una sonrisa cómplice, como diciendo: sé perfectamente lo que te pasa.

Mientras esperaba a que el cuerpo me diera una tregua, me puse a buscar cómo llegar a Pushkar. Tenía ganas de encontrar a Rahul, de que me ayudara a confirmar aquello que, de algún modo, llevaba tiempo rondándome por dentro. Parte de mí deseaba que la noche que habíamos compartido hubiera sido un hecho aislado, algo fácil de archivar. Pero en el fondo sabía que no era así. Necesitaba verle para poder sostener lo que aún no me atrevía a asumir.

El móvil no mostraba trenes directos. Pushkar no tenía estación propia. La alternativa era el autobús, aunque pronto descubrí cómo funcionaba aquello en India. Había decenas de pequeñas compañías privadas y lo más sensato era acudir a una agencia para encontrar la mejor opción.

Hasta no tener el viaje cerrado no quise decirle nada a mi tía. Me daba un margen para elaborar un discurso que no la alarmase, sin tener que contarle toda la verdad. No quería preocuparla, pero tampoco mentirle.

Cuando por fin sentí que podía alejarme del baño sin riesgo, salí en busca de una agencia. Me notaba flojo, sin demasiadas ganas de discutir ni de regatear. El lugar al que entré parecía más un cuchitril abandonado que una oficina de viajes, con un ordenador antiguo y una mesa coja, pero era lo que encontré.

La mejor opción que me ofrecieron fue un autobús *deluxe* que salía esa misma noche. Tenía aire acondicionado y, por unas pocas rupias más, una litera. No lo dudé. Necesitaba descansar.

Con varias horas libres por delante me metí en otra tasca, por si el estómago volvía a rebelarse. Pedí una bebida isotónica. Era el momento de llamar a mi tía.

—¡Pero bueno, David! ¡Qué sorpresa más grande!

—¡Hola, tía! ¡Muy buenas!

—¿Cómo estás? No esperaba tu llamada hasta dentro de unos días desde Benarés. Ya vi la foto del templo con los italianos, no veas lo que estoy alardeando de ti con mis amigas.

—Estoy bien, quitando el calor agotador, todo en orden. ¿Tienes unos minutos para hablar? ¿Qué hora es por allí?

—Casi las dos y media. Estaba terminando de comer, pero tengo tiempo. Cuéntame, ¿por dónde andas? ¿Te está gustando India?

—Mucho. Es una aventura constante. Ahora mismo estoy en Delhi otra vez porque he cambiado un poco la ruta original, por eso te llamaba.

—¿Ah, sí? Según lo que me dejaste ahora tendrías que estar en… déjame mirar… Bodhgaya, donde Buda se iluminó.

—Tranquila, no pasa nada. He vuelto para ir a un sitio llamado Pushkar, del que me han hablado muy bien.

—¿Pushkar?

—Sí. Está hacia la zona del desierto, en Rajastán. Muy turístico también —añadí, intentando sonar convincente.

—A ver, Davicín, con lo organizado que tenías todo, este cambio es raro. ¿Quieres que te ayude a desorganizar un poco más el viaje o me cuentas ya qué pasa?

Me había calado en segundos. Siempre lo hacía.

—No me has dado tiempo a contarte —respondí, buscando el discurso adecuado—.

—A tu bruja de cabecera tienes que contarle todo—insistió.

—Cuando llegué a Delhi —continué—, conocí a alguien de allí que me habló mucho de esa zona. Como aún tengo margen antes del curso, he cambiado un poco el plan, nada más.

—¿Y ese "alguien" va a seguir reorganizando tu ruta?

—No es lo que tú piensas, tía. Llegaré a tiempo a la escuela de yoga. Además, ya he visitado los templos de Khajuraho, conocí a la pareja italiana de la foto… incluso cené con una familia india en el tren. Me estoy dejando llevar, fluyendo… como en el yoga.

—¡Bueno! ¡Bueno! Ya veo que India está siendo realmente una aventura. Me alegra que la estés disfrutando —exclamó—, pero

tenme al día de por dónde andas. En cuanto sepas el hotel donde estarás, mándame la dirección y el teléfono, por si las moscas.

—Hecho. Desde allí buscaré cómo ir directo a Benarés y seguir con lo previsto.

—¿Y la comida? ¿Te estás apañando?

—Muy especiada, pero rica. El picante empieza a cansarme un poco, aún no le he pillado el truco —dije, antes de que sospechara más—. ¿No empezabas hoy las clases de yoga?

—Me están tocando el "chotis" con eso. Al parecer la Comunidad de Madrid retrasa el comienzo una semana más. Las clases dependen de una subvención que dan a la asociación y… bueno, en fin, un rollo. El resumen es que empezamos la semana que viene.

—Vaya, pues cuando empieces les das recuerdos a todas.

—Claro, lo hubiera hecho el lunes de no ser por los estúpidos políticos que, como siempre, no hacen bien su trabajo. Si se hiciera un porcentaje de gente inútil se vería que la mayoría son políticos de España, si es que ya les vale porque…

—¡Tía! —interrumpí—. Por aquí tengo que ir a hacer algunas compras.

—¡Sí, claro! Te mando un abrazo enorme. Y hazme el favor de avisarme cuando llegues. ¡Tenme informada, eh!

—Sí, sí, ¡en cuanto llegue al hotel te mando una foto!

—Muy bien, Davicín. ¡Te quiero mucho! ¡Besitos!

—Yo también, tía. Un beso—. Colgué justo a tiempo.

LA MORDIDA DE HANUMAN



Toda la noche sin descansar: así fue el autobús privado DELUXE, que de deluxe tenía lo que el desierto de agua. El aire acondicionado no funcionaba, la litera —que era un cajón de madera sobre los asientos— estaba llena de tierra y el olor superaba con creces el de una pocilga. Totalmente engañado por el chico de aquella «agencia» en Delhi, no pude hacer nada más que resignarme a que las curvas de aquella interminable carretera dejasen de zarandearme.

Llegué a eso de las seis de la mañana a la estación de autobuses de Pushkar. Todo era muy rural, lleno de barro y polvo, y sin ningún lugar donde desayunar. Claro que, con mis tripas aún sin asentar y el maravilloso viaje DELUXE —en el que ni bebí ni comí nada por si acaso—, lo único que quería era parar en algún sitio y dejarme caer.

El pueblo estaba comenzando a despertar. Los rayos del sol empezaban a acariciar aquellos sencillos edificios. Las callejuelas estaban prácticamente desiertas y tan solo alguna que otra alma se cruzó por mi camino. Aquel lugar parecía un pueblo fantasma del

oeste, salvo por los detalles que delataban que era India: estatuas de dioses en las entradas de las casas, vacas descansando por los rincones y letras hindúes en lo que parecían ser tiendas aún sin abrir.

Con la energía por los suelos llegué a la puerta principal de un hotel, el Sai Baba Haveli, que estaba cerca de uno de los accesos al lago sagrado del que me había hablado Rahul. La persiana de metal estaba bajada, pero como no identifiqué nada más donde alojarme, me quedé recostado en la entrada, a la espera de que alguien la abriese.

Por suerte, al poco rato alguien subió la rejilla de hierro desde dentro y me encontró allí tirado.

—*Namaste, sir. Good morning. What are you doing here?* ¿Qué haces aquí? —preguntó, con las legañas aún en los ojos.

—*I arrived this morning to Pushkar*, he llegado esta mañana. Me gustaría alojarme en este hotel —dije con cara de apiádate de mí, por favor, necesito descansar.

—En este momento el propietario está dormido, pero puedes pasar y descansar en los colchones del patio hasta que se despierte.

—¡Sí, por favor, te lo agradezco mucho! —casi me saltaban las lágrimas de alegría.

Aquel hotel era precioso, nada que ver con los que me había quedado antes. Todo era blanco, con algunos detalles de color y construido con arcos árabes. El edificio tenía un patio central, como un patio andaluz, al que daban todas las habitaciones, y largas hojas verdes caían desde lo más alto, creando un efecto de cascada. En el suelo del patio había un mosaico de una estrella de seis puntas dentro de un círculo, formada por dos triángulos que se cruzaban entre sí.

Mientras descansaba en los colchones —que eran los asientos de unas mesas bajas en el suelo—, aún resonaban en mi cabeza los gritos que días atrás brotaron desde mis entrañas y que lo impregnaron todo a mi alrededor. No sabía si estaba haciendo lo correcto. Solo me sentía completamente perdido y agotado.

Un señor de cuerpo pequeño, piel oscura y turbante rojo me despertó de un profundo sueño. Me incorporé sobresaltado y

desorientado.

—*Hello, sir. Good morning and welcome.* Soy el propietario de este hotel. Mi nombre es Narendra. Mi empleado me ha dicho que estás buscando habitación. Por favor, acompáñame a recepción —dijo con un tono calmado y amigable que me ayudó a volver a la realidad.

Negociamos un precio para un par de noches en una habitación con baño propio, lo justo para buscar a Rahul y llegar a tiempo al curso de yoga. Cogí una tarjeta para mandarle los datos a mi tía y, después, me llevó hasta mi estancia una vez arreglamos la documentación.

—El restaurante del hotel estará abierto a partir de las ocho. Tienes la carta en la habitación. Puedes bajar al comedor, pedir que te lo llevemos a la habitación o a cualquiera de los espacios comunes. Siéntete como en casa y, para cualquier cosa que necesites, búscame o díselo a alguno de mis empleados —terminó explicándome Narendra.

—Necesitaré agua embotellada y bajaré a desayunar después de asearme —le dije antes de acomodarme—. *Thank you very much.*

—Perfecto, mandaré a alguien con el agua enseguida —concluyó, despidiéndose con una leve inclinación.

Mientras me acomodaba, llegó el agua. Luego me duché y me espabilé. Subí a los pisos más altos porque quería tomar alguna foto del amanecer para mandársela a mi tía junto con la información del hotel. Se lo puse todo en un mensaje:

Hola, Merce. ¡Buenos días! Mira qué amanecer más bonito. Te mando los datos del hotel en otra foto. Me quedaré dos o tres días por aquí. En cuanto tenga más detalles te aviso. Por el momento voy a desayunar y a salir a conocer el pueblo. ¡Un abrazo!

Vi unas escaleras de caracol que subían al punto más alto del edificio y quise tomar otra foto desde allí. Observé que, varias azoteas más allá, una manada de monos de pelo marrón rojizo se movía entre los tejados. ¿En serio había monos sueltos por el

pueblo? Nunca me hubiera imaginado que los animales pudieran relacionarse con los humanos de esa forma.

Comencé a subir las escaleras de caracol y, cuando me giré a mitad de camino, un mono que sujetaba una cría estaba a menos de un metro de mí. Y otro macaco aún más grande, con rasgos más feroces, saltó en medio y, con los ojos inyectados en sangre, me mostró los dientes con un rugido que me paralizó.

Me giré sin pensarlo y bajé tan rápido como pude por aquellas incómodas escaleras, intentando no tropezarme. Noté un gran peso en la espalda que me empujó y, a la vez, una presión punzante en el omóplato. Grité de dolor y el eco resonó por todo el patio.

El corazón se me desbocó como una locomotora; algo se disparó dentro de mí —adrenalina, cortisol, lo que fuera— y el cuerpo empezó a temblar sin control. No podía creerlo: un mono acababa de morderme en la espalda en un pueblo de la India profunda. ¿Y si tenía rabia? ¿Y si enfermaba? ¿Qué se hace cuando te muerde un mono?

Bajé temblando hasta la recepción, donde varios trabajadores y Narendra se acercaron al ver el alboroto. Los monos habían bajado enloquecidos por las enredaderas hasta el patio central. Los chicos cogieron palos y, con golpes y gritos, lograron que los primates se marchasen por donde habían venido.

Narendra se acercó hasta mí y, al verme tiritar, me acompañó hasta un asiento y pidió que me trajeran una infusión.

—*Are you ok, David?* ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó, tratando de calmarme.

—Un mono me ha mordido en la espalda. No siento la zona, la tengo como anestesiada. ¿Qué me ha hecho? —balbuceé, en estado de shock.

Me levantó la camiseta para examinar la herida y reaccionó de inmediato.

—Efectivamente, te ha mordido y también tienes un leve arañazo. No es grave, son solo cuatro marcas como picotazos, pero vamos a ir juntos al médico del pueblo para que te limpie la herida y te diga qué hacer. Estate tranquilo, yo mismo te acompañaré todo el rato —

añadió con total seguridad—. Nunca habían entrado hasta el patio; hoy parecían más agitados de lo habitual.

—Creo que me acerqué sin querer a una de sus crías —dije algo más tranquilo.

—Entonces habrá sido por eso. Estos monos son muy protectores con sus cachorros. A veces se acercan en busca de comida, pero no suelen ponerse así de salvajes.

En la consulta —que no era más que un local entre varios puestos del bazar—, el médico me preguntó si tenía la vacuna de la rabia mientras desinfectaba la zona. No lo recordaba, pero igualmente recomendó la inyección. Me mandó volver en tres días para otra dosis y me explicó cómo curarme la herida. No era grande, así que lo mejor era dejarla al aire. Debía revisar mi cartilla para saber si estaba inmunizado previamente, ya que el tratamiento dependía de ello.

Narendra me recomendó quedarme descansando el resto del día por si aparecían síntomas. Asentí sin pensar. La búsqueda de Rahul tendría que esperar.

No era capaz de identificar cómo me sentía. Desde que aterricé en Ámsterdam, todo estaba ocurriendo demasiado deprisa: la prostituta del barrio rojo, Rahul, mis visitas constantes al baño… y ahora esto. Había planeado aquel viaje durante meses y, aunque necesitaba romper con mi rutina en Madrid, esto me superaba. ¡Me había mordido un mono!

Pasé el resto del día tranquilo en el hotel. Pedí arroz blanco y *curd*, un yogur local, para reponer fuerzas. Mi tía contestó el mensaje, pero no quise mirar el teléfono. Estaba cansado, solo. Vacío.

Por la tarde empecé a sentirme peor. Los músculos entumecidos, la temperatura subiendo. Me encerré en la habitación con agua y mi botiquín. Me dormí hasta que, de pronto, alguien llamó a la puerta.

—¡Holaaaa! ¿Se puee? —dijo una voz femenina rasgada y dulce, con acento andaluz.

—Sí, adelante —respondí mareado.

Una mujer de aspecto hippy, con vestido anaranjado, cinta blanca en la cabeza y joyas artesanales, entró en la habitación.

—Hola, David. Mi nombre e Chandra… en realidad e Sandra, pero aquí Chandra significa luna y se acuerdan mejó. Soy amiga de los dueños del hotel. Me han contao lo que te ha pasao. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo fiebre y estoy mareado. Creo que el mono me ha contagiado algo, aunque la herida no duele.

—Enséñame la hería —pidió con suavidad.

Me giré con esfuerzo para mostrarle el mordisco de la espalda. Estaba empapado de sudor y mi cuerpo pesaba el doble de lo habitual.

—No tiene mala pinta, pero conozco a un médico muy bueno aquí. E médico ayurveda, ¿sabes? Además de medicina occidental, aplica conocimientos de la medicina tradicional india. Si te parece bien, lo busco y mañana por la mañana vengo con él, ¿vale? —dijo con una luz especial en la mirada.

—Sí, por favor. Estoy bastante asustado y, si crees que puede ayudarme, cuanto antes mejor —respondí.

Mi cara debía de ser un poema, porque Chandra apoyó suavemente sus manos sobre mis piernas para tranquilizarme.

—Cuando a mí me pasan cosas así, suelo preguntarme pa' qué me pasan.

—¿Cómo? —mi cabeza no daba para mucho más.

—Pues que las cosas que nos ocurren vienen pa' que demos una respuesta. Nos empujan a reaccionar, nos dan la oportunidá de hacerlo de la mejor manera posible con lo que está pasando —dijo con naturalidad.

—Entonces… ¿tengo que preguntarme para qué me ha mordido un mono? —pregunté, arqueando una ceja.

—Escucha, ¿tú sabes que hay un dios de la mitología india con cabeza y cola de macaco y cuerpo humano? Se llama Hanuman. Representa el coraje, la fortaleza, la generosidad, el compromiso y la determinación. Es símbolo de la energía y la dedicación que necesitamos pa' tirar pa'lante en la via —explicó, con un tono casi ceremonial.

—¿Y tú crees que Hanuman ha mandado a un mono para transferirme esas cualidades? —pregunté, dudando de la cordura de

aquella mujer.

—No, hombre, no. Pero las casualidades no existen. Hanuman, del que se dice que no hay reto en el mundo demasiao difícil pa' él, ha venio pa' recordarte que tú ya tienes esas cualidades y que, a lo mejó, ha llegao el momento de usarlas —añadió con calma.

Aquello me golpeó con fuerza. Sentí que algo se me exigía, aunque no sabía muy bien el qué ni desde dónde. Como si, de pronto, no bastara con aguantar o dejarse llevar; como si hubiera una respuesta esperada por mi parte y yo llegara tarde a ella. Me incomodó esa sensación, casi me enfadó. Las cosas parecían más sencillas para los demás, como si supieran qué hacer o cómo reaccionar, y eso no era justo. Yo solo estaba intentando no venirme abajo.

Me quedé en silencio, con la mirada perdida, frente a aquella desconocida. ¿Quién se creía que era para decirme lo que tenía que hacer?

—Xiquillo, veo que tienes todo lo que necesitas: agua, analgésicos, comia… Procura está tranquilo, que la preocupación no ayuda ná. Pa' cualquier cosa que necesites, estoy en la habitación de al lado. Estas cosas aquí en India son más cotidianas de lo que parecen —dijo, levantándose.

—Gracias, Chandra, de verdad. Me quedo más tranquilo —respondí.

—Pa' eso estamos los viajeros aventureros, pa' echarnos una mano cuando hace falta. Descansa, zagal. Mañana lo verás todo con otros ojos —concluyó mientras se acercaba a la puerta—. Buenas noches, corazón.

Y aunque Chandra me deseó una buena noche, aún no había sabido darle el significado adecuado a lo que me estaba ocurriendo. Ahora lo sé. Hanuman, con su mensaje, solo quería ayudar, obligándome a parar, y yo me resistía a entenderlo.

Cuando creí empezar a fluir, con las ganas de querer vivirlo todo, se había reducido a no querer vivir nada. Al no ser como yo quería, recalculé mi dirección hacia una oscura salida. No quise luchar.

Renuncié a la vida dejándola en manos de la enfermedad, con el oscuro y preciso deseo de que hiciera el trabajo por mí. Deseé, con

una claridad afilada, que la muerte segara mi existencia. Que me librara de volver a levantarme, con la convicción de que al otro lado no habría sufrimiento.

La vida no tenía intención de ponérmelo fácil. Me inmovilizó a la fuerza, me sedó a base de mantras que se colaban por la ventana, sometiéndome a atravesar una tortura nocturna. Yo me rendí, pero en la dirección equivocada.

Entonces aún no lo sabía: lo más duro aún estaba por llegar.

MORIR O RENACER



Aquella noche soñé con mis padres y con mi hermano, también con Sofí y el resto de la familia. Estábamos todos celebrando el último cumpleaños de mi hermano antes del accidente. Él soplaba la vela en forma de siete sobre la tarta que habíamos hecho mi madre y yo. Después salía corriendo hacia la mesa donde estaban los regalos. Los demás nos reímos de lo sinvergüenza que era mientras cruzábamos conversaciones típicas de familias ruidosas, pero llenas de cariño.

Comíamos tarta en esa atmósfera bulliciosa, hogareña y normal, hasta que, sin previo aviso, un montón de monos enfurecidos empezaban a invadirlo y a destrozarlo todo. La escena se volvía caótica. Intentamos protegernos de aquellas bestias incontrolables. La última imagen era la de unos ojos llenos de rabia mirándome, poseídos, antes de abalanzarse sobre mí como alma que lleva el diablo.

Desperté de golpe, empapado en sudor, con la camiseta pegada al cuerpo y la cabeza desorientada. Tenía unas ganas tremendas de sentirme protegido, de sentirme bien, y ninguna de enfrentarme a lo que me tocaba vivir. El mordisco del mono no había acabado conmigo, pero pensé que, si eso no lo hacía, quizá podría hacerlo yo

mismo. Mi vida me pesaba demasiado. Imaginé que así dejaría de dar disgustos, de una vez por todas, sobre todo a mi tía. Pensé —con tremenda claridad— que le haría un favor.

Nunca entendí el porqué del accidente en el que quedé huérfano, pero sí sabía que desde entonces nada volvió a encajar. Todo parecía una broma pesada del destino, como si me hubiera empujado a una realidad paralela e injusta. Tampoco me ayudó nunca ser un chico tímido y sensible, creativo, poco dado a competir ni a encajar en lo esperado. De no ser por Sofí, no lo habría aguantado. Y aún me costaba aceptar que ella también se hubiera marchado.

Me sentía solo. Muy solo. Y cuando pensé que ya nada podía ir a peor, apareció Rahul y abrió una caja que llevaba demasiado tiempo cerrada.

¿Cómo explicarle todo esto a mi tía después de la muerte de Sofí? Me sentí una carga. Pensé que quizá siempre lo había sido. La idea de no merecer siquiera existir empezó a tomar forma, sin ruido, como un lastre antiguo. Si eso era vivir, no lo quería.

Me levanté. Abrí la puerta. Salí al pasillo vacío y me senté en el borde de la barandilla, con la intención de saltar al patio central. Miré la estrella de seis puntas del suelo y pensé: «Esa es tu diana». Había suficiente altura como para no dar margen al error. Un último gesto y todo terminaría. Volvería a estar con los míos. Encontraría, por fin, un poco de paz.

Me quedé allí, mirando ese punto durante largos minutos. La cabeza iba y venía, enredada en pensamientos que no terminaban de empujarme ni detenerme. La desesperación creció hasta que, de pronto, algo se aflojó. No fue una idea clara, ni una revelación limpia. Fue más bien una pregunta torpe, insistente: «¿De verdad te atreves con esto y no con seguir un poco más?».

Lo desconocido de la muerte empezó a parecerme tan confuso como lo incierto de la vida. No vi respuestas, solo un cansancio profundo. Y entendí —a medias— que no podía aceptar la una sin la otra. No fue una conclusión brillante. Fue un freno. Me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo culpándome y que la vida no es siempre como uno espera. Pensé en Merce. En su cara. En cómo podría hacerle pasar por esto otra vez.

Llevaba demasiada carga acumulada. Lo supe con una claridad incómoda. Una parte de mí tenía que morir para que algo nuevo pudiera nacer. Una parte, no todo.

Respiré hondo y decidí quedarme en Pushkar. Darme ese tiempo. Tiempo para entenderme, para aceptarme, para bajar el ruido. Me prometí que, si esas ideas volvían con fuerza, buscaría ayuda para intentar retrasar esa decisión. Sabía que no habían desaparecido del todo —lo noté en lo fácil que fue imaginar otras formas de morir—, y precisamente de eso quería huir: de que todo siguiera doliendo así.

Recordé al grupo de psicólogos que me ayudaron cuando murió mi familia. Quizá podrían orientarme de nuevo. Aunque estando en India era complicado y, además, no quería que mi tía se enterase. Tendría que buscar otros caminos.

Aún conmovido, volví a la habitación y puse música para levantar un poco el ánimo. Elegí la carpeta que Sofí usaba para animarse y empezó a sonar *Euphoria*, de Loreen, una de sus favoritas. Me duché y ordené un poco el espacio. Ya no tenía apenas fiebre, aunque me sentía flojo. Parecía que lo que el mono me había transmitido —si es que había sido algo— empezaba a remitir.

Pedí algo para desayunar y leí por fin el mensaje que Merce me había enviado el día anterior:

¡Pero qué maravilla de espectáculo! A ese sitio me apunto yo también a ver los amaneceres. Ya me queda claro que ese hotel parece sacado de un cuento, con esa arquitectura y esas vistas tan bonitas. Aquí estoy recién despertada, voy a desayunar y luego salgo a hacer recados. Cuando tengas los detalles de tus próximos movimientos, avísame. A Sofí le hubiera encantado poder estar allí contigo; seguro que desde el cielo también nos echa de menos. ¡Cuídate mucho, Davicín! ¡Y tenme al tanto de tus aventuras! ¡Te quiero! ¡¡Besitos!!

Recordar a Sofí me entristeció, pero esta vez no me arrastró. Decidí no contestar a Merce hasta tener el diagnóstico del médico. Tendría que contarle lo del mono, sí, pero nada más. Lo demás seguía siendo privado.

Chandra apareció a media mañana con el doctor y se quedó para hacerme de traductora, porque mi inglés no daba para palabras técnicas. El médico me preguntó de todo: cuánto llevaba viajando, qué había comido y bebido, si descansaba, cómo iba al baño. Me miró la lengua, los ojos, los oídos, la mordedura; me tomó el pulso y la temperatura, me palpó el estómago, la espalda, la cabeza. Sentí que me revisaba hasta la médula.

De vez en cuando miraba a Chandra, desconcertado. Ella me devolvía una sonrisa tranquila, como diciendo que era normal.

Finalmente, el médico habló largo y tendido. El diagnóstico no era el que yo esperaba. El mono no tenía nada que ver con mi malestar, más allá del susto y la herida. Según él, la comida picante, el calor, el poco descanso y la falta de calma habían bajado mis defensas. El sistema digestivo estaba tocado y el nervioso, colapsado.

—Tienes que bajá el ritmo, David —tradujo ella las palabras del médico que a mí me sonó a chamán—. India puee ser agresiva, sobre todo pa' los que vení de fuera. Te recomiendo que pares al menos una semana, descanses y hagas cosas pa' reducir el estré. Pushkar puede ayudarte con eso.

—¡Pero no puedo quedarme tanto tiempo! —interrumpí a mi traductora—. Empiezo una formación de yoga en Benarés en tres días —dije, frunciendo el ceño—. ¿De verdad es necesario?

—Es tu decisión, pero si no comes bien, no descansas y no te hidratas, puees arrastrar esta debilidá vayas donde vayas. Y ahí sí que se te pueen abrir las puertas a infecciones.

—Lo entiendo… pero me rompe todos los planes —murmuré, con la cabeza baja.

Agradecí al médico las recomendaciones de alimentación, antibióticos, descanso y complementos ayurvédicos. Tras despedirnos, Chandra se quedó conmigo un rato.

—Pue ta' dejao descolocao, ¿eh? —dijo—. Pero este hombre ha dao en la diana, xiquillo.

—Totalmente. Yo estaba convencido de que el mono me había pasado algo. Ahora tendré que cancelar el curso y los hoteles.

—¿Una formación de yoga? Si aquí hay yoga pa' aburrir, zagal. Yo misma puedo recomendarte sitios mu' buenos.

—Pues me sigue fastidiando, pero con lo que me dices me molesta algo menos. Por el momento tengo que recuperar fuerzas y estar tranquilo —anuncié en alto, reafirmándome en que los planes volvían a cambiar.

—Eso es. Aquí mismo hay clases estupendas. Yo te diría que empieces poco a poco, pa' ir asentándote al ritmo del pueblo.

—Oye, gracias por todo lo que estás haciendo. Me gustaría invitarte a cenar esta noche, si me encuentro mejor.

—¡Pero qué bonico que ere! Pue claro que sí. Si te ves con fuerzas, a las ocho en la entrada. Te llevo a un sitio donde se come de lujo y sin picante, que eso ahora mismo te viene de perlas. Y si no bajas, no pasa ná, ¿eh? Sin compromiso.

—Me parece genial. Gracias.

—Perfecto. Así hablamos un rato tranquilitos, en nuestro idioma —dijo, con esa energía tan suya.

Tras despedirnos, volví a estar solo. Comí dieta blanda, descansé y pasé la tarde escribiendo correos para cancelar reservas y la escuela de yoga de Benarés. Perdí algo de dinero, pero sentí una libertad inesperada. Por primera vez en días, no iba con prisa.

Por último, escribí a mi tía. Le conté lo del mono y el cambio de planes, cuidando cada palabra. Adjunté una foto con la mejor sonrisa que pude forzar, para que viera que estaba bien.

Al menos, por ahora, seguía aquí.

THUKPA Y MOMOS



Rodeado de farolillos de colores que iluminaban las mesas, el patio respiraba un aire bohemio y pacífico. Las banderillas tibetanas ondeaban a cielo abierto y la música *chill out* nos envolvía con suavidad. Yo estaba sentado frente a aquella mujer que, aunque acababa de conocer, ya me resultaba extrañamente familiar.

Chandra vestía un *punjabi* verde con detalles plateados. A pesar de sus cincuenta y tantos, tenía un aire jovial y ligero; con aquel pañuelo largo y vaporoso parecía una joven india más que una viajera española.

—Este restaurante e de mis favoritos aquí —dijo, señalando el espacio con entusiasmo—. No solo por la comia tibetana, sino porque e precioso. ¿Has visto los pece de la fuente de la entrá?

—La verdad es que no —respondí—. Sigo un poco flojo y descolocado, pero mucho mejor que anoche.

—Normal, miarma. Poco a poco —contestó, restándole importancia—. Ya verá como lo que he pedio te sienta de escándalo.

Mientras esperábamos la comida, le comenté que había visto un cartel de masajes en una esquina del restaurante.

—¡Anda! —rió—. Pa’ estar flojito, bien que te fijas en esas cosas.

—Lo vi cuando fui al baño —me defendí—. He pensado que me vendría bien algo así.

—Pues te lo recomiendo, vaya. Aquí hacen masajes que reequilibran los chakras y los hacen mu' bien. Chandra habló de los chakras mientras esperábamos la cena. Los iba nombrando sin detenerse demasiado. A veces señalaba su pecho, otras sonreía y seguía explicando, como si formaran parte de la vida tanto como respirar o dormir.

Le dije que ahora que había anulado mis planes quería cuidarme, buscar algún sitio donde hacer yoga y bajar el ritmo. Asintió, conforme, y me propuso ir con ella a una clase a la mañana siguiente, sin compromiso alguno.

—La clase es mu' temprano —aclaró—. Si a las seis cuarenta y cinco estás en la puerta del hotel, nos vamos juntos. Y si no, no pasa ná, me voy yo. Tú manda.

Agradecí sinceramente la invitación, aunque con un nudo en el ánimo le confesé que no sabía cómo me encontraría al día siguiente.

—¡Qué bonico que ere, zagal! —dijo sonriendo.

—Gracias… —dije, sintiendo cómo el calor me subía a las mejillas —. No siempre sé cómo decir las cosas, pero me alegro de que estés aquí.

—No te creas tú que yo he sido siempre así —comentó, encogiéndose de hombros—. Ni mucho menos. Aún me queda tela que aprender, vaya.

Hablamos entonces de su vida. De cómo se la ganaba dando clases de inglés y yoga; de sus viajes a la India siempre que conseguía ahorrar algo; de su amor por el país, por la gente, por las vacas, por esa espiritualidad caótica que tanto atraía y agotaba a la vez.

También habló de su pasado con una honestidad desarmante. De una juventud marcada por excesos: noches largas, alcohol, sexo, fiestas sin freno. Lo dijo sin vergüenza y sin dramatismo, como quien ya ha hecho las paces con lo vivido.

—Estaba mu' perdida, la verdá —reconoció—. Y el yoga me salvó de seguir siendo un desastre.

Le pregunté cómo había llegado a él. Dudó un segundo antes de responder.

—Me quedé embarazá una de esas noches locas —dijo finalmente —. El padre se desentendió, pero yo quise tener al bebé. Conocí el yoga durante el embarazo.

—¿Tienes un hijo? —pregunté.

—No. Murió en el parto. Un fallo médico.

La noticia me dejó helado. No supe qué decir. Ella lo notó y me quitó hierro con un gesto. La cena estaba tardando demasiado.

—Tranquilo, xiquillo. He aprendido a viví con eso. No es que no duela, es que ya no me domina. Intento no mirar al pasao, y si lo hago, que sea pa' perdonar o pa' agradecer. Aunque duela siempre un poco.

Algo se me rompió por dentro al escucharla, y al mismo tiempo algo se ordenó. Su pasado no me alejaba; me traía de vuelta al momento presente, a esa conversación, a su voz serena. Comprendí que no estaba frente a alguien rota, sino frente a alguien que había aprendido a sostenerse.

Le hablé entonces de mi rabia, de cómo le daba vueltas a todo, de esa sensación constante de injusticia.

—Pue intenta vivir el presente con alegría —dijo—. Lo que hay ahora, lo que tienes hoy. To' es pasajero. Y si miras al futuro, que sea con esperanza.

—¡Claro, facilísimo! —ironicé.

—Oye, por intentarlo no pierdes ná —respondió sin ofenderse—. Y además, ere mu' joven.

Me preguntó entonces qué me había traído a India. Tomé aire para empezar a explicárselo, pero el camarero apareció por sorpresa.

—¡Ea! —exclamó ella—. Mira, esto es thukpa, una sopita que sienta de lujo, y esto son momos, empanadillas rellenas. Estas de espinaca y queso están pa' llorar. Thank you very much, sir —añadió al camarero, antes de mirarme con calma—. Venga, sigue. ¿Cuál es tu historia?

Le conté todo: el accidente, la muerte de mi familia, la pérdida de Sofí. Me sorprendió lo sereno que me sentía mientras hablaba. Ella

no interrumpía, no opinaba, no juzgaba. Escuchaba.

La cena me supo a gloria y sentí cómo el cuerpo se iba relajando a medida que las palabras salían. Cuando terminé, se quedó unos segundos en silencio.

—Menuda mochila llevas, ¿eh? —dijo finalmente.

—Ayer y esta mañana no tenía ganas de seguir —confesé—. Entre la fiebre, el cansancio, el mono… todo me superaba.

—Normá, zagal —respondió—. Pero mira dónde estás ahora.

Me habló entonces con más firmeza, no con dulzura constante.

—Tu pasao no define quién ere. Dice cosas de lo que has vivio, no de lo que vales. Tú decides quién quieres ser, no quién te tocó ser.

Aquello, lejos de animarme del todo, me entristeció. Bajé la cabeza. Dudé en seguir hablando. Estaba bloqueado y ella lo notó. Me levantó la barbilla con suavidad.

—Sea lo que sea lo que te pese, aquí me tienes. Y si no quieres contar ná, tampoco pasa ná. ¿Qué tienes que perder?

—Creo que me gustan los chicos —solté de golpe.

Sonrió. No sorprendida. No incómoda. Sonrió con cariño.

—Gracias por decírmelo —dijo—. Pa' ti esto es importante, y se nota que estás entendiéndote todavía.

Se levantó y me abrazó sin decir nada más. Me dejé hacer. No era incómodo. Era necesario. Tras el abrazo me agarró las manos y clavó su mirada en mí.

—Te está enfrentando a ti mismo —añadió después—. Y eso es lo más difícil a lo que podemos enfrentarnos. Eres mu' valiente, que no se te olvide. Y acuérdate de Hanuman, ¿eh? Que tú también tienes de eso.

Aquella mujer me trataba como solía hacerlo mi madre, con mucho amor y paciencia, como si fuera su hijo. Quizás el hijo que ella nunca tuvo. Nos volvimos a sentar con ese ambiente enrarecido.

—Y oye, por si te sirve de algo… —añadió bajando un poco la voz y mirando de reojo alrededor—, por aquí hay unos cuerpazos de hombres yoguis que son pura fantasía divina. Pero divina, ¿eh?

Solté una carcajada sincera. Ella se rió conmigo y la tensión terminó de aflojarse. Aquella ligereza me dio el empujón que necesitaba para seguir hablando.

Le conté entonces lo de Rahul: cómo lo conocí nada más llegar a India, la confusión que me había removido por dentro y las ganas que tenía de encontrarlo de nuevo.

—Espera, espera, espera —me cortó levantando la mano—. Esto no se cuenta así, no, no. Esto se merece una celebración como Dios manda. Vamo a pedir postre y, si te parece, me lo cuentas tranquilito mientras nos endulzamos un poco la via… que bastante amargura se encarga ella de repartir —dijo, señalando el aire con teatralidad.

Reímos otra vez.

Quedamos en que, al día siguiente, si no me veía con fuerzas para ir a la clase de yoga, me recogería después del desayuno para recorrer juntos las joyerías del bazar y ver si dábamos con alguna pista de Rahul.

Volvimos caminando al hotel. Ella se despidió y entró en su habitación. Yo subí al mirador. Necesitaba aire.

El cielo estaba despejado. Con las pocas luces del pueblo y el reflejo del lago, el universo se abría inmenso sobre mí. Sentí calma. Mucha calma.

India me estaba mostrando que la vida no se pinta solo con negros. Aún había colores por descubrir. Quizás era hora de dejar de sobrevivir y empezar, poco a poco, a vivir.

De fondo se escuchaban los cánticos nocturnos de los templos del pueblo. Miré al cielo y una estrella fugaz cruzó la noche. Mágica. Viva. Aquel rumor se hizo palpable.

POLVO DE ESTRELLAS

Bajo el cielo estrellado el pecho se aquieta,
la noche me roza y me trae de vuelta.
Aquí el tiempo cede, pierde su prisa,
y el silencio me enseña a sentir la brisa.

En la noche resuenan nombres que no digo,
sombras de luz que me miran en calma.
No están como antes, no llegan al cuerpo,
pero siguen presentes tocando mi alma.

Cada estrella sostiene un recuerdo fiel,
un anhelo cercano, del sabor de la miel.
A veces su brillo tiembla, como si fuera a caer,
igual que el corazón cuando no sabe creer.

Hay noches en que el dolor no deja de morder,
en que amar pesa más que volver a perder.
Miro al cielo y dudo, no voy a mentir,
pero incluso perdido algo me indica seguir.

Y aunque nada prometa que todo irá bien,
aunque el duelo no sepa cuándo va a ceder,
aprendo despacio sin que deje de doler,
que aún herido el amor sabe sostener.

LA CIUDAD SAGRADA DE RAJASTÁN



Me desperté a las nueve y pico de la mañana. Había dormido bien y me sentía con más fuerzas, aunque debía de haber apagado la alarma del yoga sin darme cuenta. No me importó demasiado: el hombro seguía algo dolorido por la mordedura y habría más ocasiones. La cena y la charla de la noche anterior me habían ayudado a levantarme con otro ánimo.
Nada más coger el teléfono vi las veintitrés llamadas y el mensaje que me había escrito mi tía:

¡HAZME VIDEOLLAMADA URGENTE, YA MISMO, NO IMPORTA LA HORA!

Mi gozo en un pozo. Respiré hondo, me adecenté un poco, hice la cama y le videollamé.

—¡Hola, tía, buenos días! —dije intentando parecer normal.

—Los buenos días me los das cuando aquí sea de día —respondió Merce, en camisón y con rulos—, que aquí es de madrugada y no he pegado ojo en toda la noche.

—Perdona, tía, como tu mensaje decía…

—Sé perfectamente lo que decía —me cortó—. Lo que no tengo tan claro es lo que me estás ocultando, David. No seré médica, pero soy tu bruja de cabecera y aquí hay gato encerrado.

—A ver, tía, que no pasa nada. Estoy bien —me defendí—. He descansado un montón, como dijo el médico, y por eso he cambiado el plan del viaje.

Me observó en silencio, escrutándome a través de la pantalla.

—Bueno… al menos parece que estás bien. Diría que hasta mejor que yo, que me tienes en vela.

—Lo único que necesitaba era que me aclararas lo de la vacuna de la rabia, porque si no aquí tenía que…

—Sí, sí que la tienes —me interrumpió—. Y menos mal, porque si no me planto yo ahí a pelearme con los monos. Pero ¿cómo se te ocurre enfrentarte a unos monos?

Le conté todo con pelos y señales. A medida que avanzaba el relato, su expresión se fue relajando.

—Por lo demás, ya he arreglado todo lo del viaje y me quedo aquí un tiempo —añadí—. Es un pueblo muy espiritual, con lago, mercado, templos y mucho yoga. Voy a estar bien, de verdad.

—¿Algo más que quieras contarme antes de que me acueste? —preguntó, con su intuición de oro.

—No —respondí rápido.

—¿Seguro?

—¡Que sí, tía!

Suspiró y se masajeó los ojos.

—Está bien. Me voy a descansar. Pero a partir de hoy dile a Juan que me mande varias fotos tuyas cada día.

—¿Juan? ¿Quién es Juan?

—¡La única neurona que a veces te funciona! —aclaró con ese humor tan peculiar—. Sabes que te quiero mucho y que solo quiero lo mejor para ti. No me tengas en cuenta el enfado; es porque me

preocupas e intuyo que te pasan cosas que no me cuentas, pero es tu vida y tú sabrás lo que quieres para ti. Si quieres, ya me contarás.

—Juan se encargará de mandarte fotos —seguí el juego.

—Eso espero. Te quiero. ¡Muá! ¡Muá! ¡Muá!

Colgué con esa mezcla de alivio y culpa que ya era como de la familia.

Tras una buena ducha bajé al restaurante del hotel a desayunar. Cuando estaba terminando apareció Chandra, con la esterilla al hombro y esa sonrisa suya que parecía encenderlo todo

—¡Xiquillo, buenos día! —exclamó—. Hoy ya te veo con mejó cara que ayer, ¿eh?

—¡Buenos días! Sí, he dormido todo lo que necesitaba —respondí —. Tengo ganas de salir a conocer el pueblo.

—Po' yo ya he desayunao. Me cambio y nos vamos al mercao, que hace un día de escándalo.

—Oye… —dudé un segundo—. Ayer te comenté lo de preguntar por Rahul en las joyerías…

—¿Tú te cree que se me ha olvidao eso? —rió—. Por ná' del mundo me pierdo yo un reencuentro amoroso tan intrigante. Ademá, quiero comprarme ropa pa'l yoga. A ti también te vendrá bien.

—Primero habrá que ver si lo encontramos —maticé—. Y luego ya veremos.

—Un poquito más de optimismo, David, que contactos tengo yo unos pocos. Venga, voy a cambiarme.

Si mi tía era mi bruja de cabecera, Chandra se había convertido, sin darme cuenta, en mi bruja madrina. Me quedé pensando en ella: en la confianza que me transmitía, en su energía jovial y en lo extrañas que pueden llegar a ser las relaciones.

A veces nos cruzamos con personas con las que compartimos años y apenas queda nada. Vínculos largos, vacíos, irrelevantes. Y, en cambio, otras veces alguien aparece de golpe y sabes —para bien o para mal— que va a marcar una diferencia importante, incluso aunque no vuelva a formar parte de tu vida. Comprendí entonces que lo que hace trascendentes a las relaciones no son las conversaciones, ni los gestos, ni siquiera el tiempo compartido, sino

lo que nos hacen sentir con sus palabras y con sus actos, aunque la duración sea breve.

Chandra se había vuelto alguien muy importante para mí, aunque para ella solo fuera "el zagal" que había conocido hacía dos días. Y Rahul, por su parte, era alguien excesivamente valioso por la intensidad con la que me hizo sentir, por muy fugaz que hubiera sido nuestro encuentro. Tenía que encontrarle. Y mi bruja madrina estaba dispuesta a ayudarme.

Minutos después nos encontrábamos en la ajetreada calle del bazar, donde enseguida pude comprobar que era un lugar turístico no solo para forasteros, sino también para los propios habitantes del país. Aquel pequeño pueblo estaba en medio del desierto de Rajastán, asentado a orillas del lago de Pushkar y abrazado por las áridas montañas Aravalli. Esta aldea era uno de los lugares más sagrados de la India, un centro principal de peregrinaje donde los devotos llegaban constantemente, a lo largo de todo el año, para lograr la salvación.

—Dicen que el lago nació cuando Brahma mató al demonio Vajranabha —me contó—. Usó un arma hexa de flor de loto y algunos pétalos cayeron aquí, en mitá del desierto. Donde tocaron el suelo brotó el agua.

El nombre de Pushkar venía de pushpa, flor, y kara, mano: la mano de Brahma dejando caer vida donde antes no había nada. La historia me pareció tan improbable como hermosa.

El mercado rodeaba la laguna como un abrazo. Desde uno de los accesos pude ver los ghats, las escalinatas que bajaban al agua. Mujeres, hombres, niños, sadhus y peregrinos se purificaban con movimientos casi rituales, ajenos al ruido. Me recordaban a esos pajarillos limpiando su plumaje en un charco en los días soleados.

El frenesí del mercado me tenía atolondrado; quizá aún seguía algo débil. Entramos en varias joyerías. Chandra preguntaba en hindi por Rahul. Negativas, sonrisas, namastés. Entre intento e intento me señalaba templos, restaurantes y caminos hacia escuelas de yoga. Parecía llevar el mapa del pueblo tatuado en la memoria.

Nos sentamos a tomar un chai en un puesto callejero, en unas banquetas casi a ras de suelo. Desde allí observé el caos ordenado

del bazar: turistas, artesanos, vacas, saris de colores, polvo, cámaras.

Una anciana se acercó cojeando, con su rostro arrugado y ropas raídas.

—Chapati, chapati —pidió, llevándose la mano a la boca.

—Quiere que le des pa' comé —aclaró Chandra.

—No money —le dije—. Food, yes.

Asintió con una sonrisa desdentada. Le compré algo de comer. Mientras el chico del puesto preparaba el plato, noté un tirón suave en la camiseta. Un hombre delgado, de piel oscura, cubierto apenas con un *dhoti*, turbante y collares de cuentas, me hizo el mismo gesto.

Aquella criatura me sorprendió. No solo por su aspecto, sino por su presencia pacífica y su mirada imperturbable. No pude negar la petición. Sus ojos relucían con un poderoso brillo juvenil, que destacaba, en un rostro inmutable y serio. Parecían revelar el conocimiento de algo más grande de lo que un cuerpo como aquel podía albergar.

Por un par de euros, al cambio de rupias, aquellas dos personas llenaron sus estómagos y yo me sentí humildemente grande por tan imprevisible momento. Nada más recibir su comida, la anciana salió corriendo con sus deformes andares fuera de nuestra vista. Sin embargo, aquel hombre, que solo cargaba un pequeño saquito de tela blanca, se quedó junto a nosotros en los asientos del puesto de chai.

En silencio y completa calma fue tomando su sencillo plato; como si fuera el más sabroso de los manjares. Su mera presencia le daba otro sentido al tiempo, que parecía haberse desdibujado, y todo lo que me preocupaba en ese momento, sobre la búsqueda de Rahul, se había desvanecido. Solo me sentía presente. Respirando. En paz.

Chandra le ofreció tomar un chai y él aceptó con gratitud. Cuando lo hubo terminado, puso las manos en postura de oración y, con una leve inclinación de cabeza, se despidió. Tras devolverle el saludo, aquel hombre se levantó para continuar con sus plácidos pasos entre el ruido y la prisa.

Pocos segundos después, la burbuja en la que nos habíamos sumergido desapareció y las manecillas del reloj cobraron su velocidad habitual. Mi compañera me miraba sonriente, como si supiera que yo había percibido aquella misma sensación que ella también había saboreado. No hizo comentario alguno, pero no hacía falta: aquel hombre era un hombre libre, un hombre iluminado, y su presencia aportaba esa paz inefable.

EL PULSO DEL BAZAR



Todo parecía moverse a la vez: las voces superpuestas, los pasos apresurados, las telas ondeando, el polvo suspendido en el aire. El mundo empujaba sin pedir permiso, reclamando atención constante. Sentí ese pulso metérseme en el cuerpo, recordándome que allí la vida no se detenía por nadie, tampoco por mí. El bazar tenía su propio latido.

—Hay varias joyerías y talleres donde trabajan la plata cerca de aquí —recordó—, pero antes quiero mirá ropa. ¿Te vienes?

—Voy a dar una vuelta —respondí—. Luego nos vemos en unos minutos.

En aquel mercado no había tiempo para asimilar nada; todo era movimiento y cambio constante. Apenas caminé unos metros cuando volví a ver a la anciana calcando el mismo gesto de la mano ante otros turistas. Apreté los puños y la mandíbula.

—¿Pero esta tía de qué va? —saltó Sofí en mi cabeza—. ¿Esta gente no cree en el karma o qué?

—¿Y qué hago? —le respondí mentalmente.

—Yo flipo con la peña esta, primo —afirmó indignada.

Me acerqué a la mujer. Al verme, me guiñó un ojo, sonrió y se marchó cojeando en busca de otras víctimas.

—¡No me lo puedo creer! —seguía insistiendo Sofí—. ¡Qué desgraciada la señora esta!

—A mí también me fastidia, pero no puedo hacer más —me justifiqué.

—Bueno, ya está, me toca la moral, pero también mira qué vida más miserable.

—Totalmente de acuerdo. No se la deseo a nadie —concedí.

—Yo quería que vinieras a India a hacer yoga y vivir aventuras, no a enfadarte o a que te timaran.

—Yoga voy a hacer —le prometí—. Te lo dije.

—Y aventuras veo que tampoco te faltan —rió—. Desde aquí puedo mover hilos, ya lo sabes.

—Ojalá estuvieras aquí.

—Sabes que siempre fui tu Celestina y eso va a seguir siendo así —dijo jocosa—. Prepárate, que lo que viene es gordo.

—¿Rahul?

—Si pudiera contártelo lo haría, David, pero te toca descubrirlo a ti. Jejeje…

Su risa se fue apagando, pero me dejó una sensación de alivio.

No sabía si aquellas conversaciones con Sofí eran reales o solo una forma de mantenerla cerca. Tampoco importaba demasiado. Me calmaban. Su voz seguía apareciendo cuando más la necesitaba, como si de algún modo supiera cuándo tenía que estar ahí. Y mientras eso me ayudase a sostenerme, no sentía la necesidad de darle más vueltas.

Perdido en aquel bazar comprendí lo importante que era lo que me había regalado mi prima: que, a menudo, unas palabras o una promesa tienen más poder que toda la tristeza y la desgana del mundo. Como una semilla pequeña que, al caer en tierra fértil y recibir cuidado, acaba abriéndose paso hacia la vida.

Me reencontré con Chandra y fuimos a un taller de joyeros no muy lejos de allí. Efectivamente, conocían a los Khandelwal. Rahul había estado por allí y regresaría en pocos días para llevarse algo de mercancía que había encargado. Les explicamos que éramos amigos

suyos, pero, sin permiso de sus clientes, no daban el contacto a desconocidos. Tenía sentido tratándose de joyas, aunque aceptaron entregarle el mío junto con la dirección del hotel.

Nos despedimos con el habitual namasté. Al salir, el estómago me vibraba entre ilusión y nervios. Al parecer, mi prima tenía razón: Rahul volvería.

Me alejé unos pasos y dejé que el ruido me envolviera de nuevo. No sabía qué traería el reencuentro ni qué parte de mí respondería cuando llegara el momento, si la más prudente o la más impulsiva. Solo tenía la certeza de que algo se estaba moviendo, por dentro y por fuera, y yo estaba dispuesto a ver qué hacía con eso.

GENTE YOGUI



Aún no había amanecido cuando me desperté. El alba solía sorprenderme en el exterior, de camino a las clases de yoga. Me aseé y, con la esterilla bajo el brazo, salí a la calle para ir al lugar donde hacíamos la práctica.

El primer día fui con Chandra. El resto, iba paseando a solas por los *ghats,* alrededor del lago. Así podía ver el espectáculo con el que la luz daba diferentes matices a todo lo que por las noches quedaba oculto. Los colores de los templos, las plantas y la tierra volvían a recuperar la vida.

Un azul violáceo tiñó el negro del cielo. Las estrellas se escondieron. La lámina de agua del estanque, como un espejo, reflejaba con la misma intensidad aquel brillo. Me dio por pensar que tras ese cristal existía un mundo como este, pero que quizá allí las cosas eran distintas. Mundos paralelos en los que las historias se entretejen de forma diferente.

Tal vez allí, en esa realidad, disfrutaba de la compañía y el cariño de mis padres, de mi hermano y de mi prima. Puede que las voces de mi cabeza fuesen las palabras de Sofí, que me observaba desde el otro lado y me hablaba, aunque no pudiese atravesar el umbral.

Por la mañana aún podía sentir la paz de los mantras nocturnos danzando alrededor del agua. No era de extrañar que la gente quisiera bañarse allí, purificándose con agua que para ellos estaba bendecida. Se me antojaba curioso poder ver también la otra realidad del lugar, pues no es oro todo lo que reluce.

Por suerte, mi habilidad para mantenerme en el centro era algo más fuerte gracias al yoga y la meditación de los días anteriores. Allí todo parecía intensificarse: lo espiritual y lo mundano, lo luminoso y lo crudo. No quería que la búsqueda de sentido se convirtiera, sin darme cuenta, en una forma de perderme.

La zona de los ghats, a la que se debe entrar descalzo, es un espacio avasallado por excrementos de palomas y boñigas de vaca hasta que las limpian. Evidentemente, estos residuos, o parte de ellos, van a parar al agua, y esto hace que querer meterse, al menos a ojos de un europeo como yo, que aún miraba todo aquello desde una mezcla de fascinación y prudencia, no fuera ninguna experiencia mística.

Andar descalzo por la zona también suponía un cierto riesgo, pues, si ibas un poco despistado, podrías pisar una mina. En cualquier caso, esto no impedía a los devotos y a los adictos a la espiritualidad zambullirse para empaparse del agua sagrada; agua, nunca mejor dicho, agua de vida.

El yoga que practicábamos allí me parecía mucho más profundo que lo que había practicado hasta entonces, mucho más original. Entre los cánticos, los rituales, las ya conocidas posturas, además del saludo al sol y otros ejercicios nuevos para mí, estaba más conectado a una realidad que habitualmente no percibía.

Sentía que todo aquello me estaba haciendo bien, ayudándome a estar más presente conmigo mismo. Y quizá por eso mismo, porque me estaba ayudando, necesitaba avanzar con cuidado.

En las clases había todo tipo de personas y personajes, de diferentes edades, razas y religiones. Gente que venía porque el yoga estaba de moda; gente por salud física; gente bohemia; turistas; amantes del yoga; hindúes; gente curiosa, rara… de todo.

No sabría decir en cuál de todos los grupos clasificarme a mí mismo. Seguía siendo, sin duda, un occidental más, con pocas

experiencias previas y muchas preguntas abiertas. Quizá por eso me llamaban tanto la atención ciertas personas que, a mi juicio, parecían haberse ido demasiado lejos.

Estaban tan sumergidas en su propia realidad que, en su mirada, se intuían pinceladas de fanatismo espiritual. Al verlas caminar por la calle, con sus andares despreocupados y su aspecto hippie cargado de amuletos y ropas raídas, me preguntaba en qué punto una búsqueda legítima podía convertirse en una forma de desconexión.

En alguna ocasión, al cruzar la mirada con uno de ellos, sentí un escalofrío difícil de explicar, como si hubiera ido demasiado lejos y ya no supiera volver. No les observaba desde la superioridad, sino desde una alerta silenciosa, como quien reconoce un posible desvío en el propio camino.

Vivían su verdad perdidos en su mente, sin espacio para la duda o la reflexión, y eso las aislaba aún más, incluso rodeadas de gente. Me inquietaba pensar que la espiritualidad, en un lugar tan intenso como la India, pudiera convertirse también en una forma de huida.

En una de las clases tuve que moverme de lugar: el sudor acumulado de días, rancio y pegajoso, de un yogui nórdico sentado demasiado cerca me sacaba de la concentración. Fuera de las clases, las veía encadenando rituales, templos, comidas y prácticas sin apenas tiempo para digerir nada. Consumían experiencias como si el simple hecho de acumularlas garantizase algún tipo de transformación.

Yo mismo estaba aprendiendo a escucharme y a aceptar mis propias grietas y, tal vez por eso, sentía la necesidad de avanzar con cuidado, sin perder el eje.

Como me explicó Chandra, el saber verdadero no reside en acumular información, sino en la experiencia, en lo que se siente y se atraviesa en el cuerpo. Muchas de esas personas parecían evitar precisamente eso: sensaciones incómodas como el miedo, la frustración o la tristeza.

Aquello me hizo pensar que, sin buscarlo, estaba cursando un aprendizaje intenso. Uno que me estaba haciendo bien, pero que exigía presencia y discernimiento para no acabar perdiéndome en él.

LA TRIBU IMPREVISTA



El grupo con el que empecé a tener más relación lo formaban, además de Chandra, Johan, un chico alemán de veinticuatro años; su hermano mayor, Friedrich, un año más; y Amaranta, una chica mexicana de treinta y dos, aunque podía aparentar menos por su alegría y su aspecto jovial. Chandra se movía en varios círculos, pero los desayunos tras la clase solían ser con los alemanes y la mexicana.

Johan y Friedrich tenían sendos cuerpos alemanes, de piel blanca como la leche y pelo dorado como el sol. Su sonrisa era perfecta, reluciente, y sus ojos parecían el cielo despejado de una tarde de verano. Aun con rasgos similares, Johan llevaba el pelo largo y alborotado, y le encantaba todo lo creativo: la pintura, la danza, el teatro…

Tocaba un instrumento que nunca había conocido hasta entonces: el *handpan* o *hang drum*, un instrumento de percusión metálico, parecido a un platillo volante. Las melodías que hacía sonar Johan podían ser sedantes y relajantes o intensas y excitantes; algo que pude descubrir una de las tardes que pasé con ellos.

Friedrich, sin embargo, con pelo corto y de carácter inquieto, le encantaban los deportes de riesgo: el paracaidismo, la escalada, el rafting. Mientras su hermano se quedaba aprendiendo danzas de Bollywood por las mañanas, él se marchaba a descubrir las montañas del entorno, a montar a caballo o a recorrer el desierto en quad cuando no lo hacía en camello.

Sus padres les habían propuesto que, ahora que los dos ya eran ingenieros, antes de integrarse en la empresa familiar tendrían un año para recorrer el mundo. Ambos aceptaron con gusto, aunque Johan no estaba conforme con la propuesta laboral familiar.

Amaranta, en cambio, viajaba sola tras una ruptura de pareja de once años, justo antes de la boda. Las invitaciones ya se habían enviado, pero la presión familiar, en una cultura extremadamente conservadora, terminó por hacer estallar la olla a presión. Aquello la empujó hacia un futuro incierto, pero libre. Era una chica de piel morena, figura estilizada y curvas generosas. Un bombón de carácter dulce y divertido, con un amor profundo por lo espontáneo y creativo. Quería ser madre, sí, pero no a cualquier precio. No estaba dispuesta a desaparecer para sostener la vida de otro.

El sol, que aún bostezaba, pintaba nuestra piel con el pincel dorado del desierto Rajastaní, todavía sin la intensidad abrasadora que vendría después. Surya, nuestro viejo amigo al que ya habíamos saludado unas cuantas veces, nos respondía con su cálido resplandor, recordándonos que cada día es una nueva oportunidad para brillar. A esas horas, el mercado empezaba a despertar. Se escuchaba a los artesanos preparar sus puestos y a la gente merodear alrededor del agua. Al fondo, tras los edificios, las montañas se alzaban majestuosas, con sus picos abrazando el cielo.

El desayuno en el Lake View Café, tras la sesión de yoga, lo tomamos con más calma de lo habitual. La mesa de la terraza se llenó de tostadas, jugos recién exprimidos, bowls de fruta con granola, sándwiches, chais, cafés y un batido de fresa.

Iniciar el día frente a aquellos manjares era un placer. Estar rodeado de esa estampa de postal y de una compañía que empezaba a sentirse como una pequeña familia yogui resultaba

reconfortante. A pesar de que seguía añorando a los míos, en ese momento era suficiente.

—*And why are you here, David?* ¿Por qué estás tú aquí? —preguntó Friedrich, dando un sorbo a su chai.

—*I don't know what to answer to that* ¡No sé qué contestar a eso! —dije tras atragantarme con el sándwich.

—No tienes por qué contestar al güerito alemán, que son muy majos, pero a veces un pelín impertinentes —intervino Amaranta sonriendo a Friedrich.

—*I'm here because I promised it to my cousin* —expliqué—. Se lo prometí a mi prima, que murió hace no demasiado. Íbamos a hacer una formación de yoga juntos.

Chandra me miró y asintió despacio, animándome a continuar.

—*And I'm here in Pushkar because I'm looking for a boy I like* estoy aquí en Pushkar porque estoy buscando a un chico que me gusta —añadí, sorprendiéndome a mí mismo.

—¿Pero estás aquí por una promesa… o por el chico? —preguntó Johan, tan tranquilo.

—No, no, no. A mi prima le prometí el yoga —aclaré—. A Rahul lo conocí en el vuelo a Delhi.

—¿Amor a primera vista? —bromeó Friedrich—. Yo pensaba que solo amabas tu jugo de mango.

El silencio duró un segundo antes de estallar en carcajadas.

—¡Friedrich, eres terrible! —añadió Amaranta, dándole un tortazo sonoro en su fuerte brazo, al que luego acarició.

—Bueno —intervino Friedrich tetera en mano—, ¿alguien quiere más chai?

—¡Esperad! —saltó Chandra—. Esto se merece un brindis.

Amaranta se levantó de inmediato alzando su bebida.

—¡Por la salud, el amor y la libertad! —añadió.

Con total convicción nos levantamos y chocamos nuestras bebidas con gran entusiasmo. Tras un largo trago, nos volvimos a sentar. Era la primera vez que compartía algo así en un grupo. Decirlo en voz alta, sobre todo delante de otros dos chicos, me había tensado el pecho desde dentro. Aun así, con la mirada serena de Chandra sosteniéndome, me atreví. Para mi sorpresa aquello fue recibido con

una naturalidad desarmante, como si hablar de lo que a uno le gusta, independientemente de si éramos chicos, gays o de cualquier orientación, pudiera ser simplemente lo más normal del mundo.

—Johan, ¿esta mañana no te has caído de la posición del árbol en yoga? —continuó Friedrich, zarandeando a su hermano.

—No, pero vi que tú lo hacías, hermano. ¡Tengo mejor equilibrio que tú! —se defendió, deshaciéndose de las manos de su hermano.

—¡Oh, chicos, por favor! Bájenle de huevos —protestó Amaranta.

—Tiene razón. El yoga no va de competí —aclaró Chandra —sino de escucharse.

—Totalmente de acuerdo, pero aquí mi hermano, el listo, no puede evitar ser un poco bruto a veces —desveló Johan, haciendo que Amaranta lo mirase con ternura.

—Amaranta —intervino Friedrich— ¿has estado en el buffet que organizan los jueves en el Hotel Sai Baba?

—No. ¿A poco no hay buffet todos los días? —respondió Amaranta.

—Xiquilla, ¿no has visto los carteles de la danza gitana del hotel? —rió Chandra—. Mañana viene un grupo del desierto a montar su fiesta. Vamos, un plan de los buenos pa' juntarnos. ¿Qué, os animáis?

—A mí ya sabéis que me gusta Bollywood. ¡Yo me apunto! —exclamó Johan.

—¡Qué chido! Contad conmigo —afirmó Amaranta.

—Si va ella, yo también —explicó Friedrich, guiñándole un ojo a Amaranta, que le respondió con otro golpe en el hombro.

—Como hubiera dicho mi prima: "esto promete". Vamos, que sí —concluí.

Estábamos emocionados por la perspectiva de una noche de música, baile y buena compañía. Me sentía a gusto entre aquellas personas que me trataban con cariño y respeto. Se habían convertido en mi pequeña tribu. Junto a ellos todo se volvía más ligero: las risas fluían, el ruido se apagaba y, por momentos, la vida recuperaba color. Eran los primeros amigos que hacía sin la sombra de Sofí y, al mismo tiempo, era por ella que estaba allí.

Aun así, ese bienestar no terminaba de asentarse. Bastaba un silencio para recordarme mi fragilidad. Rahul seguía ocupando un lugar persistente en mi cabeza, como una pregunta abierta: la posibilidad de volver a verle, de que me escuchara y me dejara entrar en su vida, aunque solo fuera como amigo. Pensarlo me daba esperanza, sí, pero también vértigo. Bajo ese optimismo reciente, algo dentro de mí seguía temblando, aunque por suerte no me sentía tan solo.

LA DANZA GITANA



A medida que avanzaba la tarde, el hotel cobraba vida con la preparación del espectáculo de danza gitana y el buffet. Las artistas, vestidas con trajes de vivos colores, ensayaban sus movimientos con gracia y pasión, bajo la luz de Venus, que brillaba solitaria en el firmamento. El aroma del fuego de la cocina y de las especias llenaba el aire, añadiendo un toque de misterio y emoción a la atmósfera nocturna.

El comedor se había reconvertido para ofrecer una larga hilera de comida bien presentada. Y en la plazoleta interior, se añadieron varias mesas a ras de suelo con cojines y otras mesas alrededor del escenario improvisado.

El interior del Hotel Sai Baba, con su encanto de patio andaluz, adquiría un aire aún más mágico con la llegada de la noche. Las luces tenues se encendían, proyectando sombras danzantes sobre las paredes encaladas y creando un ambiente íntimo y acogedor. Los arcos de estilo morisco brillaban bajo la luz de las lámparas colgantes, mientras que las estrellas comenzaban a reunirse tímidamente en el cielo.

En el centro del patio, la estrella de seis puntas decoraba el suelo. Seguía recordándome mi inestabilidad emocional. Pero aquella noche no. Aquella noche era de amigos. Espectáculo. Alegría.

Estaba dispuesto a dejarme sorprender por el show. Y no por el que yo hubiera protagonizado si no hubiese logrado ganar el pulso a mis pensamientos.

Los invitados, maravillados por la magia del momento y los suculentos manjares, tomaban asiento en las mesas alrededor del escenario improvisado, anticipando con entusiasmo un gran espectáculo. Los músicos, un grupo de jóvenes de piel oscura, se habían colocado al fondo, con un montón de instrumentos tribales de percusión y viento, para mí indescriptibles en aquel momento.

A medida que las luces se atenuaban aún más y la música comenzaba a llenar el aire, el patio se sumía en un silencio expectante, listo para ser cautivado por la magia de la danza gitana.

Mis amigos habían llegado antes de que yo bajara de la habitación, habiendo cogido asiento en una de las mesas bajas con cojines, entre los arcos. Ya se habían servido varios platos del bufet y estaban pidiendo la bebida cuando Chandra y yo nos encontramos bajando por las escaleras. Todos venían vestidos para la ocasión.

Los hermanos parecían auténticos rajás, con sus camisas holgadas que dejaban ver unos firmes y delineados pectorales. Los pantalones también eran anchos y con bordados dorados, a conjunto con la camisa. Johan vestía de verde oliva y Friedrich de azul marino.

Chandra y Amaranta se habían vestido con auténticos saris y se habían enjoyado con un montón de pulseras típicas de la zona, las *bangles*. Estaban guapísimas. Parecían auténticas hindúes, con sus mejores galas y maquillajes: Chandra de verde intenso y Amaranta de violeta.

Yo me había puesto una de las camisas blancas que compré en Delhi y unos pantalones bombachos negros. Al cuello llevaba un collar de cuentas de madera que me había regalado Johan, el día que me contó que también quería hacer una formación de yoga y me habló de las opciones que estaba valorando. En conjunto, parecíamos personajes sacados de un cuento palaciego rajastaní.

Antes de sentarse, Chandra nos pasó a todos el dedo por los párpados, dibujando una fina línea de kajal que hacía resaltar la mirada; una pintura india, antibacteriana y protectora del sol, que allí usaba todo el mundo.

Cuando se lo vi puesto a Johan, sentí sus ojos azules atravesarme.

—*Tonight promises*…esta noche promete —dijo Johan, levantando su vaso.

—Aquí todo promete —respondió Amaranta, con los ojos clavados en Friedrich.

La función comenzó con la aparición de un encantador de serpientes, cuya presencia hipnotizante mantenía a todos los presentes cautivados. Con movimientos fluidos y precisos, el joven hacía bailar a las serpientes al ritmo de la música de una especie de flauta, creando un espectáculo fascinante que dejaba a todos boquiabiertos.

—No pueo mirá zagal… —murmuró Chandra, apretándome el brazo.

—Pues no lo hagas —le dije, sin dejar de hacerlo yo.

Antes de terminar la música, el joven volvió a meter a las serpientes en un cesto de mimbre, para dar paso a las jóvenes bailarinas. Se colocaron en el centro del patio, de espaldas al público, con los brazos extendidos hacia el cielo completamente estrellado.

El ritmo de un tambor marcó el inicio de la danza, seguido de más instrumentos de percusión. Las muchachas comenzaron a contar una historia con los brazos, en movimientos rítmicos y ágiles, que acompañaban con giros y gestos corporales. Parecían unas hechiceras conectando las fuerzas del cielo y la tierra, en tan estilizadas figuras.

Los movimientos de los brazos se desplegaban como pétalos de flores al viento, mientras que los giros llevaban consigo la energía de la vida misma, envolviendo a los espectadores en un torbellino de emoción y pasión. Su fluidez y el ritmo frenético de la música estaban provocando en mí una especie de encantamiento del que no podía escapar.

Los giros de sus faldas empezaron a absorberme, hasta que la escena ante mí se desvaneció por completo, transportándome a un recuerdo que había permanecido oculto en las profundidades de mi mente.

Una joven Sofí giraba vestida con la falda de su madre. La hacía volar en el aire hasta quedar mareada por las vueltas. Cayendo al suelo, extasiada de alegría entre carcajadas y sonrisas. Yo, vestido con otra falda, disfrutaba de girar con ella, y de sus formas ondeantes recorriendo el aire, hasta caer junto a mi prima, provocando un estallido de risas.

Y cuando se nos pasaba el mareo, volvíamos a empezar, haciendo que las largas telas ocuparan el espacio en derredor, maravillándonos con el efecto visual del movimiento. Me sentía cómodo con aquella prenda. Sabía que era un juego y que esa prenda era solo para mujeres; aunque nadie me lo había explicado, ya sabía que aquello tenía un límite. Aquel instante de naturalidad y juego me recordaba a la libertad con la que me sentí con Rahul días atrás.

Fue entonces cuando algo empezó a encajar. Aquellos juegos de infancia con mi prima, girando y riendo en el jardín de mis abuelos, no habían sido solo juegos. Eran momentos de naturalidad absoluta. Instantes en los que no existían etiquetas ni miradas ajenas, sólo el cuerpo en movimiento y la energía desbordándose.

—Más rápido —reía Sofí—, más rápido.

Girar con aquellas faldas prestadas, caer mareados sobre la hierba y volver a levantarnos formaba parte de una alegría sencilla y pura, de un yo que no necesitaba justificarse o esconderse.

—Otra vez —gritábamos juntos.

Con el tiempo, había enterrado esos recuerdos bajo capas de miedo, prejuicios y responsabilidades que nunca habían sido mías. La danza de aquellas gitanas había abierto una grieta por la que volvía a asomarse esa verdad olvidada.

Empecé a comprender que lo que me había removido con Rahul no era algo nuevo ni aislado, sino una parte de mí que llevaba años esperando ser reconocida. Me di cuenta de que estaba apretando la mandíbula. No era una confusión repentina, sino una continuidad: la

misma necesidad de sentirme vivo, libre y en coherencia con lo que siempre había sido, aunque durante mucho tiempo no me hubiera atrevido a mirarlo de frente.

Mi atención regresó al patio del hotel cuando las danzantes se pasearon entre el público. Buscaban personas que se animasen a bailar con ellas: mujeres y hombres dispuestos a participar en la fiesta que habían montado.

—Xikillo vamos —dijo Chandra, tirando de mi mano.

—¿Estás segura? —pregunté, riendo.

—*Come on guys*… vamos chicos —respondió Johan, ya de pie.

Johan saltó el primero y Amaranta, a pesar de estar muy a gusto rodeada por los brazos de Friedrich, le siguió. Chandra le cogió de la mano también a Friedrich para dirigirse al círculo que se estaba conformando en el centro del patio. Todos nos vimos las caras, entre la sorpresa y las risas que nos producía semejante euforia.

Aquello se transformó en un juego compartido. Las bailarinas marcaban los pasos y nosotros las seguíamos, entre risas y torpeza. En medio de aquella euforia pude ver de nuevo a una pequeña Sofí girando a mi lado, libre, luminosa, presente. Sentí cómo se me humedecían los ojos.

No era tristeza. Y mientras el cuerpo seguía el ritmo del desierto, algo en mi interior encontraba, al menos esa noche, un lugar donde empezar a quedarse.

UNA MENTE EN CALMA



Tras la fiesta nocturna, despertar fue más desafiante de lo normal. Aun así, la disciplina exige constancia para dar resultados y, en aquel momento, deseaba estar en mi mejor estado para cuando Rahul apareciera, porque seguía convencido de que lo haría, aunque ya no con la ansiedad de los primeros días.

En realidad, estaba tan centrado en mí mismo que casi no me importaba si Rahul se presentaba en cualquier momento, como si por instantes me olvidara de que también estaba allí por él. Pero bastaba recordarlo para que me invadieran unas ganas intensas de escucharle, de verle, de olerle, de abrazarle. Estaba bien si no aparecía, pero si lo hacía, algo en mí sabía que estaría mucho mejor. Me sorprendía esa calma ante algo que, en otras circunstancias, me habría tenido nervioso e impaciente. Mi mente parecía distinta, y yo también.

Vivir en aquel pueblo, donde lo espiritual era tan cotidiano como la sangre en el cuerpo, estaba ayudándome a recomponerme por dentro. No siempre sabía explicar cómo, pero aparentemente, era un buen momento para mí. Incluso mi tía Merce me lo decía en

nuestras conversaciones, que me notaba guapo y feliz en las fotos que le mandaba.

Lo que más me fascinaba de aquel lugar era el respeto casi solemne por los distintos momentos del día, la forma en que cada jornada seguía un ritmo preciso para quien se dejara llevar por él. El alba abría el día con la sonrisa de Surya, aún fresca en el aire. Las clases de yoga y los cánticos matutinos se repartían por salas y templos. La actividad diaria avanzaba entre pastores de camellos, comerciantes, artesanos, turistas y peregrinos. Al caer la tarde, el *aarti* junto al lago, cerca del templo de Brahma, un ritual de adoración tejido con flores, incienso y cantos. Por la noche, los mantras y el cielo estrellado. Y, aunque el ciclo se repetía, cada día parecía suceder por primera vez.

Aquella mañana, después de la sesión de yoga, decidí dirigirme a los ghats en lugar de unirme al desayuno con los demás. Me sentía sereno, centrado, y quería alargar esa sensación todo lo posible. Me senté en uno de los escalones y observé a un grupo de jóvenes yoguis, con sendos cuerpos, mientras su maestro los guiaba a través de distintas posturas.

Contemplaba la escena casi sin darme cuenta de cuánto me atrapaban aquellos cuerpos. Durante años había aprendido a apartar la mirada, pero me gustaba mirarlos y me permití hacerlo, sin reproche. La piel dorada, bañada por el sol, un simple *dhoti* cubriendo las partes bajas, los abdominales tensándose, los pectorales marcados en cada transición. Algo en mí se quedaba ahí, observando.

Igual que la noche anterior, mi mente seguía desbloqueando recuerdos que habían quedado atrapados en el tiempo. Ahora podía mirar, con otros ojos, aquello que en el pasado nadie me ayudó a nombrar ni a comprender, en aquel entorno carente de referentes. Esos cuerpos adultos, definidos, pero aún con rasgos casi infantiles, me transportaron directo a los vestuarios del colegio. A esa incomodidad constante que me acompañó durante toda la etapa escolar.

Desnudarme delante de mis compañeros era demasiado violento. Siempre intentaba terminar la ducha rápido, marcharme cuanto

antes, porque quedarme allí mirando me producía algo que no sabía nombrar y que, entendía, no estaba bien. Para ellos era un rato de bromas; para mí, una tensión constante.

Entonces no lo entendía, pero al observar ahora a aquellos jóvenes yoguis comprendí que no me permitía mirar lo que me gustaba. Reconocerlo no entraba dentro de lo normal. Me ruborizaba si alguien me hablaba estando desnudo, y mi comportamiento resultaba extraño, aunque intentara disimularlo.

—David, ¿ya estás vestido? ¿Pero te has duchado? —me dijo un compañero que solía meterse conmigo—. Si tardas tan poco es que no te limpias bien.

—Sí, ya me he duchado. Es que tengo que irme pronto a casa —me excusé.

—No querrás ir oliendo como un cerdo, ¿no? —insistió.

—Me he limpiado bien, aunque haya tardado poco —respondí, sin mirarle.

Se acercó despacio, completamente desnudo, con una sonrisa que todavía hoy me resulta difícil de recordar.

—Pues habrá que ver si hueles bien o mal, ¿no? ¿No querrás irte oliendo a cerdo? —explicó—. Déjame que te huela.

Puso la nariz en mi cuello e inspiró con fuerza. El contacto de su piel, la cercanía de su cuerpo, me recorrieron como un cosquilleo. Quise salir corriendo y, al mismo tiempo, me obligué a quedarme quieto, intentando parecer normal. La tensión por controlar mi cuerpo y mis reacciones era insoportable.

—Pues parece que no te has limpiado bien del todo. ¡COCHINO, A LA DUCHA! —gritó.

Agarró mi mochila y la lanzó hacia las duchas comunes. Las risas estallaron al unisono.

—¡GUARRO! Si quieres irte pronto, tendrás que ducharte como todos —añadió.

Corrí para evitar que la mochila se mojara. Allí, rodeado de cuerpos desnudos, mojados, enjabonados, me sentí pequeño, anulado. Me agaché para recogerla y, en ese instante, alguien abrió el agua, empapándome por completo.

Salí de allí aterrorizado, avergonzado, llorando. No entendía qué había hecho para merecerlo. Ni siquiera mis amigos hicieron nada. También rieron. Nunca me había detenido a pensar que aquellos vestuarios podían ser un lugar tan erótico y tan aterrador al mismo tiempo. Un lugar donde nadie enseñaba a nombrar lo que pasaba. Una sala de torturas en una edad demasiado importante.

Al recordarlo, noté un nudo en el pecho y las lágrimas rodaron por mis mejillas. El yoga y la meditación me estaban dando la oportunidad de sentir lo que no sentía entonces, de dejar que ese conocimiento emergiera sin tener que rechazarlo. Lo inconsciente parecía asomar con más suavidad ahora, como lo hace el agua clara de un manantial que encuentra por fin una grieta para salir.

Durante varios días, los recuerdos se volvieron más vivos. Escenas y sensaciones regresaban desde ese lugar donde mi mente las retenía encerradas. Era como revivirlas, pero comprendiendo los matices que entonces no podía entender.

Recordé cómo me gustaba mirar los anuncios de ropa interior masculina, cómo al ver a una pareja besarse mi atención se iba al chico, cómo los grupos de deportistas me atraían no por el juego, sino por el movimiento y el contacto entre sus cuerpos.

Me di cuenta de que me atraían, que despertaban mi deseo. Algo parecido a lo que me había ocurrido con Rahul: no necesité conocerle demasiado para dejarme llevar por el impulso. Y, aunque me sentí escuchado en nuestras charlas durante el vuelo, no era suficiente para explicar todo lo que vino después. Con mis novias y ligues había sido distinto. Me gustaba como me hacían sentir, su creatividad, su ingenio, esperando que el deseo apareciera con el tiempo.

Y entonces apareció la pregunta, incómoda, sin respuesta clara: qué amor era más verdadero ¿el que revelaba a la persona o el que comenzaba por el deseo?

No encontré respuesta. Las dos me parecían válidas. Aún por caminos distintos, lo que había sentido era real. Durante años, busqué más el afecto que el sexo, como si fueran cosas incompatibles. Como si la ternura no pudiera convivir con el deseo.

Llevaba toda mi vida negándome la sexualidad por no encajar en lo que se suponía normal. Quizá porque el deseo de ser normal era más grande desde que perdí a mis padres. En eso, Sofí había sido un sostén imprescindible. Sin ella, no lo habría atravesado.

Me prometí que, si se diera la oportunidad con Rahul, intentaría no separar el afecto del deseo. Seguir rehaciéndome a mi manera. Las palabras de Chandra regresaron entonces, claras y serenas:

—Tu pasao no define quién ere…. Tú decides quién quieres ser, no quién te tocó ser.

MASAJE DE CHAKRAS



Estaba completamente sumergido en aquel pueblo sagrado. El tiempo parecía haberse detenido pero ya habían pasado un par de semanas desde que aterricé en Delhi. Las manecillas del reloj giraban, pero algo en mí sentía que los días tenían otra profundidad, otra forma. La vida era demasiado nueva para mí. Y al mismo tiempo, extrañamente conocida.

Recuerdo que era lunes, a finales de octubre, porque había reservado un masaje de chakras en el mismo lugar donde me había sincerado con Chandra. Todo había cambiado mucho, pero aquel día estaba a punto de volver a hacerlo.

El terapeuta que me atendió era un hombre maduro al que no supe poner edad. Sus rasgos hindúes y el desgaste de la vida en aquellas tierras áridas le daban más años de los que quizá tenía. Su cuerpo era fibroso, de brazos fuertes, y su mirada profunda, penetrante, parecía observar más de lo que yo decía. Su actitud era serena, profesional. Era mi primera vez en un masaje de ese tipo y no tenía referencias claras de lo que iba a suceder.

Antes de comenzar, me pidió que me tumbara en la camilla, un sencillo tablón de madera cubierto con toallas. El espacio olía a

aceites esenciales y estaba lleno de frascos, minerales y pequeños artilugios dispuestos en estanterías. Una música suave de flauta india flotaba en el aire, mezclándose con el sonido del agua de una fuente exterior. La habitación era pequeña, de luz tenue, de esas que te invitan a cerrar los ojos casi sin darte cuenta.

No pude evitar acordarme de Carmelo cuando apareció con un péndulo, pasándolo por distintos puntos de mi cuerpo y observando con atención sus movimientos. Al terminar, me indicó que me sentara.

—*Sir, do you have more energy in the upper body* —dijo—. Tienes más energía en la parte alta del cuerpo. Vamos a trabajar para equilibrar los chakras inferiores.

—*Ok… what do I have to do?*¿Qué tengo que hacer? —pregunté, confiado.

—En ropa interior te colocas boca abajo. Usaré minerales, esencias, cuencos tibetanos y masaje.

Me preparé sin pensar demasiado. Tras tumbarme, me cubrió con una sábana y comenzó con un masaje general, presiones lentas y profundas que poco a poco fueron aflojando mi cuerpo. Me relajé tanto que entré en un estado de somnolencia. Noté el peso de las piedras, el sonido vibrante de un cuenco recorriendo mi espalda, pero esos detalles se diluyeron en una especie de bruma agradable.

En un momento dado, el cuenco resonó con una intensidad distinta. No fue dolor, pero sí una vibración incómoda, breve, como si algo se removiera demasiado rápido en mi interior. Mi cuerpo reaccionó con un pequeño sobresalto antes de volver a soltarse.

—*Sir, when you can turn around*, cuando puedas date la vuelta— susurró.

Sentía mi cuerpo extraordinariamente pesado, como si cada movimiento requiriera un esfuerzo titánico, proyectándome mentalmente a un lugar profundo.

Al darme la vuelta, aplicó distintas esencias en el entrecejo, el pecho y el vientre. Sus manos se movían con suavidad, aunque en muslos y bajo vientre el contacto me resultaba extraño, demasiado directo. Colocó minerales sobre esos puntos y dedicándoles especial atención.

No comprendía del todo lo que estaba ocurriendo. Cuando terminó, sin embargo, me encontraba centrado, aquietado. La mente despejada, el cuerpo relajado pero vibrante. Había una calma sepulcral en mí, aunque no perfecta.

Decidí ir a comer al hotel y subir a la habitación para reposar el masaje. Me tumbé en la cama con la digestión en marcha y mandé una foto a mi bruja de cabecera, sonriendo, con esa calma rara que aún me recorría.

Y esta es la cara que se te queda cuando te dan un masaje de chakras. Ahora son casi las dos. En India las siestas también valen. Te quiero. Besos.

Toc toc toc. Abrí los ojos desorientado, aún atrapado en un sueño profundo. Tardé unos segundos en reconocer dónde estaba. Toc toc toc, de nuevo. Era la puerta.

—¡Adelante! Está abierta —dije, aún medio dormido—. Estaba echando la siesta… ¿Qué hora es?

La puerta se abrió y una corriente de aire trajo consigo un aroma dulce, inconfundible. Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Era él.

—Hola, David.

Solo ese olor, el incienso mezclado con su piel, activó recuerdos enteros. El corazón se aceleró, sentí un cosquilleo en el vientre y una pulsación inmediata entre las piernas.

—¡Hola, Rahul! Pensé que me escribirías o llamarías… —dije, incorporándome deprisa para vestirme.

Se quedó de pie, sin avanzar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿No te ibas a Benarés al curso de yoga?

—Sí… pero me pasaron muchas cosas y decidí venir a buscarte —respondí, ya vestido, con un nudo en la garganta.

No contestó de inmediato. Miró alrededor de la habitación, como midiendo el espacio.

—Pensé que había quedado claro que cada uno seguiría su camino —dijo al fin, sin levantar demasiado la voz.

—Yo solo quería volver a verte— me atreví a justificar.

Se llevó la mano a la frente, como si le pesara.

—Mis padres… —empezó, y se detuvo—. No es fácil. Esta mañana estuve con los joyeros. Llamaron a casa. Tuve que mentir.

No me miró al decirlo.

—No quiero que me busques más —añadió—. Aquí me conoce mucha gente. No quiero que nos vean juntos en la calle.

—Pensé que podríamos ser amigos— resolví—. Para mí esto es nuevo. Solo quería respuestas.

A un paso de distancia se hizo el silencio entre los dos. Nuestras pupilas se conectaron en una tensión eterna. ¿Cuántas palabras entran en una mirada? Allí encontré enfado, miedo, inseguridad, culpa… pero también deseo, esperanza, ilusión… sus ojos dulces ya no me tranquilizaban, no me infundían paz. De repente vi en él a un hombre perdido entre tanta seguridad, confundido en un torbellino de compromisos y de oscuros recovecos tras una vida llena de secretos.

Su expresión se tornó amigable. No del todo, pero algo cedió. Se acercó despacio. El aroma se intensificó. Me rodeó con los brazos y sus manos presionaron mis glúteos. Sentí su cuerpo contra el mío, su erección evidente, la mía respondiendo sin pedir permiso. Inclinó la cabeza y sus jugosos y carnosos labios se deslizaron sobre los míos. El beso fue lento, profundo, cargado. Todo mi cuerpo reaccionó.

Se separó de golpe.

—Ya tienes tu respuesta— dijo, con la respiración agitada—. Amigos… sí. Pero nada más.

No terminó la frase. Lo besé de nuevo, esta vez empujándolo contra mí.

Nos sobraron todas las palabras al igual que nos empezaron a sobrar todas las prendas. A partir de allí empezó el juego, la danza, la inspiración y el deseo que se extendieron durante largos minutos.

Todo mi cuerpo estaba vivo, lleno de energía por todas partes, y mi mente racional silenciada, pero esta vez era mucho más consciente.

Sentí toda esa energía ir concentrándose en mis glúteos, en mis muslos, en mi pecho y mi respiración. Toda esa excitación se estaba

preparando para culminar y podía notar el calor encauzándose, desde todas partes, hacia la entrepierna. El volcán estaba cargado y a punto de explotar hasta que finalmente sentí la lava quemando por todas partes.

El masaje de chakras me había dejado más receptivo de lo habitual y la excitación había traspasado los límites conocidos. Después no hubo promesas. Se vistió con calma, como si necesitara recomponerse. Se acercó a la cama y me dio un beso suave.

—He disfrutado mucho contigo —dijo—. Mañana volveré por aquí. Por la tarde. Si quieres… hablamos.

Y se marchó.

Tras este segundo encuentro, no sabría decir si Rahul y yo nos queríamos más allá del deseo o sencillamente nos dejábamos llevar por el instinto. ¿Era el amor lo que habíamos hecho o simplemente practicamos sexo? Nos encontramos, nos besamos, nos abrazamos, nos tocamos y finalmente nos relajamos.

No había nada malo en ello, esto ya lo había asumido. Pero ¿tan malo era que había que esconderlo?

Pasé el resto de la tarde intentando ordenar las preguntas que habían vuelto a instalarse en mí, robándome parte del equilibrio que tanto me había costado construir.

EL TEMPLO DE SAVITRI



Como cada mañana Surya comenzaba a iluminar las calles, a calentar el aire y a disolver la oscuridad. No había descansado demasiado bien, pero no quise faltar a la clase de yoga. Mi cabeza necesitaba recuperar el equilibrio para saber qué hacer con aquellos sentimientos encontrados. Tenía miedo de que mi versión insegura del pasado volviera a hacerse fuerte.

No conseguí mantener el equilibrio en las posturas de yoga, ni respirar de forma adecuada; suspiraba cada vez que no lograba hacer bien las *asanas*. Mi cabeza no era capaz de continuar las pautas del maestro, aquella clase fue un desastre. La relajación y la meditación se convirtieron en una tortura, pues el torbellino de mi cabeza era imparable.

En el desayuno, Amaranta rompió el silencio con el que todos solíamos llegar de la práctica.

—¡Güerito! ¿Pero qué te pasó esta mañana? ¿A poco no descansaste bien? —preguntó frunciendo el ceño.

—La verdad es que no. Ayer estaba genial, pero hoy he dormido poco— aclaré sin querer dar más detalles.

—*¿But something has happened to you?* Pero ¿te ha pasado algo? —insistió Friedrich.

—*To be honest, yes.* Para ser sincero, sí. Ayer apareció Rahul en mi habitación y ya os podéis hacer una idea— confesé.

—*WOW, ¡but this is really good!* Pero eso es muy bueno, es por lo que viniste a Pushkar— se alegró Johan, al igual que el resto de mis amigos.

—*That is true, yes*, la verdad es que sí, pero ahora no sé lo que quiero. Él quiere que seamos amigos, pero no quiere que nos vean juntos en la calle— me sinceré sobre mi inquietud.

—Ahora entiendo por qué no tuviste una buena clase — concluyó Chandra.

—Lo sé, pero esto es muy nuevo para mí. Quiero verle, pero también pasar más tiempo con él y no solo a escondidas. Quiero conocerle más y hablar como lo hicimos la primera vez— respondí.

—Chamaquito ¿qué vas a hacer esta mañana?— incidió Amaranta —. Chandra y yo vamos a subir al templo de las mujeres, quizás te venga bien para despejarte— propuso— y los demás también podéis venir, es un sitio precioso y lleno de paz.

—*We already have our plans*, nosotros ya tenemos nuestros planes, yo a los quads y Johan a la escuela de bollywood— esclareció Friedrich.

Al rato nos vimos ellas y yo subiendo los interminables escalones que ascendían a la impetuosa montaña del templo. El pueblo ya había arrancado con su habitual ajetreo y mi cabeza seguía en su incansable torbellino.

Quería estar con Rahul, las escenas de la cama se entremezclaban con los hermosos paisajes que nos brindaba la altura, a medida que subíamos. Chandra me observaba silenciosamente a cada rato, hasta que, rompió el silencio.

—¿Cómo está *zagal*? ¿Te vas aclarando las ideas?— dijo sonriendo dulcemente.

—A medias— titubeé.

—A ver, ponle palabras a lo que sientes corazón— insistió.

—Hasta ahora no sabía que deseo y cariño…—dije mientras me secaba el sudor del cuello con la camiseta —. Y ahora que lo estoy intentando, resulta que Rahul solo quiere pasión.

—Órale güerito, intenta simplificar —irrumpió Amaranta con su frescura— la vida es mucho más sencilla. En mi experiencia tienes tres opciones, aceptarlo, tratar de cambiarlo o soltarlo— aclaró.

—Amaranta tiene razón, procura no enredarte —continuó Chandra — ¿que te dice tu intuición?

Me detuve un instante y apoyé las manos en las rodillas. El corazón me latía demasiado rápido para continuar en el ritmo que llevábamos. Los tres paramos.

—Quiero conocerle más —dije al fin—. Él pareciera que solo busca mi cuerpo. Pero no quiero perderle. Tengo miedo y él también.

Se hizo un silencio espeso. Amaranta jugueteó con una pulsera de cuentas y Chandra desvió la mirada hacia el valle. Yo tragué saliva.

Unos rayos de sol se abalanzaron sobre nosotros entre las nubes, me inundó una sensación de estar observado desde el cielo. Chandra inspiró profundamente antes de hablar, como si necesitara ordenar lo que iba a decir.

—La libertá siempre es interior, zagal —empezó con calma—. Muchas veces creemos que la salida está afuera, que tenemos que salir corriendo o aferrarnos a alguien o a algo pa' estar bien. Pero a veces la única salida es aceptaálo que no podemos cambiá y continuá.

—Pero si podemos hacer algo —añadió tras una breve pausa—, entonces toca mirarlo, incluso con miedo, y decidir qué hacemos con ello. Ahí también está la libertad, en decidí.

—Entonces, ¿tengo que decirle a Rahul lo que quiero yo, aunque él quiera lo contrario? —traté de aclarar.

Lo que me había dado hasta entonces no tenía precedentes. El miedo a perder algo tan nuevo, tan excitante, tan intenso era demasiado arriesgado.

—Pues eso lo tienes que responder tú ¿qué no? —añadió Amaranta.

—Ecuxa corazón, subir al templo es una peregrinación, una meditación en movimiento, quizás eso te ayude —concluyó Chandra

—. ¿Seguimos?

Subimos el resto de escalones en silencio y conseguí centrarme en la respiración, que cambiaba según el ritmo de subida y la dificultad de los peldaños.

Diferentes tipos de personas subían y bajaban por aquella escalinata, pero sobre todo grupos de mujeres que iban alegremente hablando con sus coloridos saris y pies descalzos.

Al llegar a los últimos, un grupo de monos merodeaba por las ramas de varios árboles secos y no pude evitar entrar en pánico al recordar el mordisco de mi espalda. Chandra, que conocía de sobra mi relación con Hánuman, aclaró veloz en cuanto me vio paralizado.

—¡No te preocupes *zagal*! Estos son de otra especie, no son territoriales. Fíjate en que estos son de pelo blanco y piel oscura — exclamó en la distancia.

Era cierto, observé, el que me mordió era de pelo marrón y piel roja, pero continué con cautela por si las moscas.

—Ya estamos casi en el templo, acuérdense que es un lugar sagrado y hay que descalzarse— recordó Amaranta.

—Como todos los templos este tiene también su historia — continuó misteriosa Chandra— Cuenta la leyenda que Brahma estaba realizando una compleja ceremonia en la orilla del lago de Pushkar, que requiere la presencia de una diosa y un tiempo determinao pa' que tenga el augurio deseao. Como Savitri no llegó a la hora determiná, Brahma decidió casarse con otra diosa para completar el rituá, con la necesaria energía femenina. Pero finalmente la diosa llegó y vio que había otra mujé en su lugá. Se enfadó muchísimo y maldiciendo a todos se marchó a la colina que estamos subiendo. Aquí volvió a exarle a Brahma una maldició, sólo podría tené un único templo para él en toa la India, que es el que está en Pushkar — concluyó alegremente.

—La entrada está allí mismito ¡A descalzarse! — señaló feliz Amaranta.

Una melodía triste comenzaba a sonar de fondo. Un grupo de voces femeninas cantaba al unísono con gran intensidad desde algún lugar del templo. La energía melancólica y amorosa impregnaba aquel espacio. Al llegar a la zona del altar, el grupo de

mujeres que cantaban estaban sentadas en círculo en el suelo. Se daban la mano mientras se mecían al son de la melodía con los ojos cerrados. Mi estómago se encogió a la par que mi garganta y los ojos se me pusieron vidriosos al percibir de pleno aquella energía tan pura.

Recordé a las grandes mujeres de mi vida, a mi madre, a mi prima y a mi tía Merce a las que me hubiera gustado tener al lado junto a aquellas nuevas y valientes amigas.

Me di la vuelta y desde lo alto del mirador pude observar el espacio que se extendía majestuosamente hacia el lago del pueblo. Brillaba como un espejo celestial en la distancia. El suave murmullo del viento expandía sin interrupción la melodía de aquellas mujeres envueltas en saris.

El sol del mediodía mostraba claramente el vasto y ancho desierto de Rajastán junto a las impetuosas y áridas montañas. Las nubes, a su vez, jugaban con la luz, creando sombras que se deslizaban lentas por aquellas sagradas tierras. Fue un momento de conexión profunda con la naturaleza, donde el cielo y la tierra parecían encontrarse en un abrazo de luces y sombras. La energía mística del templo invitaba a una contemplación serena, recordando la íntima relación entre lo divino y lo terrenal que tanto veneran los hindúes.

Apoyé los antebrazos en la barandilla del mirador. El lago reposaba abajo, inmóvil. Pensé en Rahul, en su cuerpo, en su risa nerviosa, en las puertas que no se atreve a abrir. No quería seguir entrando en su vida de puntillas.

¿Qué es la amistad si no se comparten las ideas, el miedo, las emociones, las alegrías, las preocupaciones o el amor? El viento volvió a traerme al presente. Respiré hondo.

No podía negar lo que sentía cuando estábamos juntos. El deseo era intenso y demasiado nuevo para mí. Pero necesitaba unirlo con el afecto. Ya me había pasado demasiado tiempo encarcelando una parte de mí y ahora cada una necesitaba su espacio.

LAS QUE SOSTIENEN

Manos que sostienen sin pedir nada a cambio,
raíces bajo tierra que no buscan poder,
tejen el tiempo desde un corazón sabio
y el mundo se apoya sin saberlo en su ser.

Como pasos antiguos subiendo en silencio,
con telas de colores desafiando al sol,
ordenan el día con noble servicio
y alumbran las noches con humilde farol.

Son viento que limpia sin alzar la palabra,
lago que contiene sin querer brillar,
templo sin nombre que al mundo equilibra
y ofrece cobijo donde esperar y amar.

Si un día faltaran, temblaría la vida,
caería la fuerza que no se ve al pasar;
porque ellas sostienen, invisibles, la herida
sobre la que el mundo aprende a caminar.

RECUERDOS Y REALIDADES



—Madre mía, primo, si no supiera que es resaca iría directa al hospital —balbuceó Sofí entrando en mi habitación—. Pero qué bien nos lo pasamos anoche en Malasaña.

—Habla por ti, prima, yo terminé vomitando —lamenté desde la cama.

—Estoy fatal, me duele todo: la tripa, la cabeza… tengo náuseas. ¡Qué asco doy! —exclamó efusiva.

—Prima, no grites, que yo tampoco estoy para mucho —añadí con muecas de dolor.

—Anda, cuéntame qué te pasó con la Mari. Ella me dijo que le gustabas y por eso os dejé solos en la calle —resumió, pícara.

—Yo estaba ya muy borracho, aunque no se me notase, y en cuanto te fuiste nos empezamos a liar. Poco después me dieron

ganas de potar y me separé. Fue humillante —respondí bajando la mirada.

—Pero ella me dijo que habíais estado hablando durante la cena y que conectabais en un montón de cosas, ¿no? —puntualizó.

—Sí, sí. La verdad es que es muy maja y es guapa. Me reí un montón con ella —aclaré—. La cuestión es que después de vomitar yo, la que vomitó fue ella y le ayudé a que no se manchara el pelo.

—La cosa no fue bien esta vez, pero, primo, ¡yo te voy a encontrar una novia! —exclamó—. Tengo muchas amigas y alguna de ellas será la que te haga tilín.

—No sé, prima. Con este malestar prefiero no recordar —comenté, cerrando un momento los ojos.

—A ver, son "pasas que cosan" —dijo con su toque de gracia—. Ya ves que yo tampoco tengo novio, pero hay que darse alegrías —concluyó con su mirada seductora—. ¿Me haces un huequito en la cama? ¡Me siento fatal!

—Claro, prima, vente. Al menos nos tenemos el uno al otro —afirmé.

Agradecido por tener a mi prima conmigo, levanté la colcha, entró junto a mí y apoyó la cabeza en mi pecho. Nos acomodamos y la rodeé con los brazos.

—Voy a cerrar un ratito los ojos, pero no me voy a dormir. Estoy muy a gusto aquí contigo —murmuré.

—¡Ajá! —exclamó con ironía—. Yo tampoco me voy a dormir. Añádelo a la lista de mentiras que te haces a ti mismo y aún te las crees, como si no te conocieras —susurró—. Como cuando dices que solo te vas a comer una galleta, que mañana sí que madrugas o que no le vas a dar más vueltas.

Se removió un poco y apoyó mejor la cabeza en mi pecho.

—¿Sabes por qué pillo tan rápido las mentiras? —dijo en voz baja —. Porque en casa aprendí pronto a distinguirlas.

Levanté un poco la barbilla para mirarla.

—Mi padre se fue —añadió—. Así, sin más. Y a mi madre… la dejó hecha añicos. Durante años.

Guardó silencio un instante.

—Pero salió adelante —continuó—. No de golpe, ni sin cicatrices. A su manera.

Suspiró despacio.

—Desde entonces sé que engañarse es lo que más cansa. Mucho más que la verdad.

No respondí. Aquellas palabras se quedaron flotando entre nosotros, incómodas. Persistentes. Mientras su respiración se iba acompasando con la mía.

Entonces no lo pensaba, pero ¿cuántas mentiras me había dicho a lo largo del tiempo? ¿Cuántas mentiras nos decimos cada día? Porque mentir no estará bien, pero mentirse a uno mismo, negarse, es mucho más asfixiante. Hay mentiras de las que no se puede huir, porque aunque se dicen en voz baja, por dentro, te pesan incluso cuando cierras los ojos.

Mi prima me conocía mejor de lo que yo creía, y aun así nunca sospechó de mí. Si lo pensó alguna vez, nunca hizo hincapié en ello.

Aquella fue la última vez que salimos de fiesta. Después, todo empezó a complicarse con su salud y los abrazos en la cama, por desgracia, ya no fueron por la resaca.

Todos esos recuerdos se mezclaban en mi cabeza con lo que le diría a Rahul en cuanto apareciera. Pero entre el sopor tras la comida y el cansancio de la subida al templo, Morfeo me llevó a su mundo sobre la cama de mi habitación.

—Biiii, biiii, biiii—

La vibración del móvil me despertó. Era Merce.

—Hola, tía, muy buenas —dije con un largo bostezo.

—Uy, me parece que te pillo en la siesta —concluyó.

—Si… pero ya me vale. ¿Qué hora es? —pregunté desorientado.

—Davicín, en India no lo sé, pero en España es la una y media del mediodía. Estoy preparando la comida. He hecho tu plato favorito —aventuró.

—¿Tus famosas albóndigas? ¡Qué buenas! ¿Me puedes mandar alguna? —bromeé.

—¿Sí te vale con la foto? Yo te la mando —respondió sonriente.

—Estoy comiendo muy bien aquí, todo muy natural y sabroso. Además, ya he aprendido cómo pedir las cosas sin picante —aclaré

—. ¡Pero me comería esas albóndigas ahora mismo!

—Yo solo espero no haber sido yo, en otra vida, la que decidiera que en India no se coma carne —añadió—. Con lo rica que está y lo bien que sienta.

—¿Y qué me cuentas, tía? —pregunté, ya con la mente más despierta.

—Poca cosa, todo parecido. Como siempre: todo sigue subiendo de precio y los políticos no dejan de tocarnos el chotis. Desde el 15M del año pasado esto es una locura —se quejó con su peculiar forma de expresarse—. Te llamaba para saber qué tal estabas. ¡Las fotos del templo de las mujeres que me has mandado son preciosas!

—Sí, allí arriba me acordé mucho de ti y de Sofí. Por eso te mandé las fotos desde allí —respondí.

—¿Entonces estás bien de salud y todo? —insistió.

—Toc, toc, toc —sonó la puerta de la habitación.

—Sí, tía, todo bien. Voy a dejarte, que llaman a la puerta —contesté, incorporándome.

—Uy… ¿y quién viene a tu habitación? —preguntó, intrigada.

—No lo sé, ya te contaré. Besos, tía —dije, queriendo despedirme deprisa.

—¡Soy tu bruja de cabecera, Davicín! ¡Que no se te olvide! ¡Besitos, mua, mua, mua! —se despidió frunciendo el ceño, aunque la risa se le colaba en la voz.

Dejé el móvil sobre la cama y respiré hondo, como si ese gesto me ayudara a volver a la realidad. El simple pensamiento de Rahul bastó para acelerar mi pulso; lo noté en el pecho, en el estómago, en la forma en que los músculos se tensaban sin que yo lo pidiera. Todo en mí estaba alerta, expectante, como si algo importante estuviera a punto de ocurrir. Esta vez no era solo deseo. Había una línea fina, casi invisible, que no quería volver a cruzar a ciegas, aun sabiendo lo tentador que resultaba no hacerlo.

—¡Está abierta, pasa! —dije, intentando sonar tranquilo.

—Namaste, David. Pensaba que estabas con alguien, he escuchado voces —comentó Rahul mientras entraba y se giraba para cerrar la puerta.

Su fragancia volvió a llenar la habitación. La camisa marcaba sus hombros y la firmeza de su cuerpo se adivinaba bajo la tela. Mis ojos bajaron un instante hasta sus glúteos, tensos bajo el pantalón. Me tomé un segundo antes de hablar, como si ese pequeño gesto pudiera devolverme el control. No fue difícil: llevaba toda la vida haciéndolo. La diferencia era que, esta vez, sabía exactamente qué estaba conteniendo.

—No tan bien como ayer. Tengo que hablar contigo —continué serio.

—¿Qué pasa? —preguntó haciéndose el interesante, mientras se acercaba.

—Que si nuestra amistad va a ser solo entre cuatro paredes, prefiero que no seamos amigos —aclaré, con la voz más firme de lo que esperaba.

—¿A qué te refieres? —preguntó, sentándose en la cama y apoyando la mano en mi muslo, con la mirada cargada de deseo.

Aquello ya estaba otra vez empezando a suceder. Sentí cómo el cuerpo reaccionaba antes que la cabeza. El deseo luchaba por ganar terreno.

—A que quiero que seamos amigos de verdad. Que podamos hacer cosas fuera de aquí —expliqué, apartando su mano con gran esfuerzo—. Que te quedes más rato para que podamos conocernos un poco mejor.

—Ya te dije que aquí me conoce mucha gente y no quiero defraudar a mi familia —aclaró, frunciendo el ceño y apretando la mandíbula.

—Lo sé —dije, bajando la mirada—. A mí también me da miedo. Pero me he pasado toda la vida negándome ser quien soy, intentando encajar en un lugar que no era el mío. No lo aguanto, no quiero más.

Con su mano levantó mi cabeza desde la barbilla en un movimiento lento, haciendo que nuestras miradas se encontraran como un espejo. Su barba cuidada, su cercanía, todo en él seguía teniendo el mismo efecto. Se acercó y me besó con ternura. Mi calor corporal aumentó rápidamente y mi piel se erizó. La fiera salvaje estaba despierta y me costaba controlarla. Me separé con mucha

dificultad, como quien nada a contracorriente. Mi parte instintiva casi me había ganado.

—Prométeme al menos que después te quedarás un rato— logré expresar.

—Vale, prometido —aseguró.

Acto seguido, volvió a acercarse con más ímpetu. Arrastrados por nuestra naturaleza impulsiva, nos besamos y tocamos durante varios minutos. Me quitó la camiseta y se la quitó él también. Luego me empujó con delicadeza, como quien guía a un ciego, hasta la cama. Sentí la presión de su cuerpo mientras los besos no dejaban de enloquecerme.

Sus labios besaban mi cuello mientras sentía el calor que desprendían sus manos. Manos que sabían tocar, con delicadeza y con firmeza. Dibujó un camino de besos por mi torso. Sus labios me producían cosquillas y me erizaban la piel.

Continuamos así, a veces con caricias y otras con magreos. Nos dimos placer y ternura entre instantes que, sin saber cómo, pasaban de ritmos frenéticos a otros más plácidos y pausados.

¿Cómo definir aquello, si no se parecía a la primera vez ni a la segunda? Cada encuentro era distinto. ¿Acaso sirven las palabras cuando es el cuerpo quien habla?

Llegamos a un final, pero no fue una despedida. Nos quedamos desnudos, respirando juntos, hasta que el pulso y el aliento se fueron aquietando. Rahul cumplió su promesa: se quedó. Y durante un tiempo indefinido, el mundo pareció reducirse a ese espacio exacto donde su brazo rodeaba mi cuerpo. Todo, por fin, estaba en silencio.

CONFESIONES



—¿No ha estado mal, verdad? —dijo, rompiendo la magia de aquel instante que yo deseaba prolongar un poco más.

—¿Es siempre así? —pregunté, arrastrado por mi curiosidad infinita—. Quiero decir… ¿tan distinto cada vez?

—Sí, pero con cada persona es diferente —aclaró con tranquilidad mientras jugueteaba distraídamente con mi pelo—. Yo decidí no repetir con la misma persona más de una vez.

—Pues conmigo lo estás haciendo —afirmé con calma—. ¿Por qué? —añadí, levantando la cabeza de su pecho para mirarlo a los ojos.

—¿Y por qué viniste a buscarme si marchabas al curso de yoga? —respondió, esquivando la pregunta.

—Porque nunca había conocido a nadie como tú ni había hecho nada de esto antes —resumí, consciente de que necesitaba respuestas—. Pero… ¿y tú? ¿Por qué repites conmigo?

Por un instante largo, lo vi pensativo. Se recostó contra el cabecero mientras yo hacía lo mismo, dejando que la memoria me devolviera, fugazmente, la imagen de la ropa esparcida por el suelo

y todo lo que había ocurrido minutos antes. Me sentía cómodo. Muy cómodo. Sin nada que esconder. Incluso disfrutaba de notar nuestra piel en contacto bajo las sábanas, en intimidad. Podía recorrer con la mirada su cuerpo. Tocar las formas definidas de sus pectorales, la línea firme de su mandíbula, sin sentir culpa ni vergüenza. Al contrario de lo que me ocurría siempre, no tenía que fingir. Me gustaba mirar. Me gustaba tocar. Me gustaba estar a su lado así, desnudo. Y esa honestidad me hacía sentir, de un modo extraño pero protegido.

—Supongo que… porque nadie había cambiado sus planes por mí —aclaró finalmente—. Al principio me asusté cuando mis padres me contaron la llamada de los artesanos. Luego me enfadé contigo. Pero en el fondo… me gustó que vinieras a buscarme. No sé cómo manejar todo esto; mi vida es complicada —su voz se volvió más grave, más triste—. Y además… me gustas. Mucho. Y siento que me entiendes.

Me sonrojé, incapaz de ocultar la vergüenza. Él lo notó enseguida y me tomó la mano, entrelazando los dedos con los míos. Como si aquel gesto pudiera sostener lo que aún no sabíamos nombrar. Todo resultaba demasiado extraño y perfecto al mismo tiempo. Mi mente empezó a dibujar un futuro a su lado, lleno de incertidumbres, sí, pero también de una sensación de compañía que nunca antes había experimentado.

—¿Y por qué decidiste no estar con la misma persona más de una vez? —pregunté al cabo de un momento, con sincera cautela.

—Eso es largo de contar —zanjó con una leve sonrisa—. Además, ¿tú no me cuentas nada de ti? ¿Por qué viniste a India, por ejemplo? —dijo, con una mueca que rozaba el desafío.

Sentí cómo la garganta se me anudaba. Tragué saliva y, tratando de no dramatizar, le hablé de mis tragedias familiares, de mi prima, de las ausencias, de todo aquello que había marcado mis decisiones sin que yo lo notara. Cuando terminé, el silencio pesó unos segundos más de lo necesario. Él me invitó entonces a recostarnos de nuevo y me abrazó. Notar su cuerpo sobre el mío me devolvió una sensación de calma inesperada, como si, por primera vez en mucho tiempo, alguien supiera sostenerme.

—Siento mucho lo que te ha pasado —susurró en mi oído—. Para mí la familia es muy importante, y ahora sé que tú no la tienes. Si hubiera sabido esto antes, nunca me habría enfadado contigo.

Nos quedamos así, dejando que el calor de nuestros cuerpos dijera lo que las palabras no alcanzaban. Pero el miedo se abrió paso poco a poco: el temor de que aquel instante se rompiera y él se marchara.

—¿Y cuándo supiste que te gustaban los chicos? —murmuré, casi sin atreverme.

—De pequeño… tuve un amigo —comenzó tras un suspiro—. Era mi mejor amigo desde la escuela. Aquí, en India, chicos y chicas no juegan tanto juntos como en otros lugares; es algo cultural. A partir de cierta edad nos separan, y hasta el matrimonio apenas hay contacto entre hombres y mujeres. Por eso, que los amigos se toquen o se tomen de la mano no está mal visto, es natural. Pero… a mí me gustaba él. Cuando se lo conté, me rechazó. Me dijo que eso no era natural —su voz se quebró ligeramente—.

—¿Eso tiene que ver con tu regla de no repetir? —insistí, con suavidad.

—En parte sí. Me dio miedo que se lo contara a mi familia. Luego se casó y se mudó a otro estado indio. Después, mi familia empezó los negocios en Europa. Nunca lo volví a ver —dijo con dificultad.

Me moví un poco para aliviar el calor, pero al percibir su tristeza lo abracé con más fuerza. Compartimos el silencio, respirando al mismo ritmo.

—Hace años, en Madrid, conocí a otro hombre —continuó—. Se obsesionó conmigo. Llegó a amenazarme. Me acechaba en la joyería… fue aterrador. Por eso decidí mi norma: una vez y no más. Pero contigo es distinto. Tú no eres así.

Me sentí halagado y triste al mismo tiempo. Lo abracé con más intensidad antes de levantarme para buscar mi ropa. Él hizo lo mismo. Ya era de noche y sabía que tendría que irse, pero no podía permitir que aquello terminara sin decir nada.

—Entonces… ¿qué hacemos? ¿cenamos juntos? —aventuré.

—Por ahora, dejémoslo —respondió con cautela—. Mañana vuelvo a Jaipur. La situación es rara, con la boda y todo… Mis padres van a

consultar a un astrólogo para fijar la fecha.

—¿Astrólogo?

—Sí. Es algo cultural para el buen augurio.

Mientras hablábamos noté cómo se vestía con rapidez, como queriendo evitar la conversación.

—¿Pero te vas a casar de verdad?—pregunté, incapaz de disimular el impacto.

—No hay otra opción. Es lo mejor para mi familia —afirmó no sin cierta tristeza.

—¿Y cuándo vuelves?

—De momento podemos ser algo más que amigos —dijo, abrazándome otra vez completamente vestido—. Deja que me organice y volveré a buscarte. ¿Vale?

Asentí, no quise presionarlo.

—Prométeme que la próxima vez haremos algo juntos —pedí—. Quiero pasar más tiempo contigo.

—Hecho.

Sellamos nuestro pacto con un beso que me dejó sin aliento.

Se marchó sigilosamente. Yo me quedé solo, con las mariposas en el estómago, la habitación vacía y la cabeza llena de fantasías. Me dejé caer sobre la cama, mirando al techo. Todavía olía a él. Era demasiado joven para no idealizar el amor, demasiado mayor para ignorar los asuntos del sexo. Pero en aquel instante, suspendido en mi propia nube, sentí que había encontrado a alguien irrepetible. No perfecto, quizá, pero en aquel momento lo era todo.

India me estaba mostrando que, a veces, los sueños podían hacerse realidad… si uno se atrevía a seguir soñando.

VIVIENDO UN SUEÑO



El sol aún estaba bostezando cuando desayunábamos en el lugar habitual. La realidad se percibía optimista y ligera cada vez que me reunía con Amaranta, Friedrich, Johan y Chandra. Bajo aquel manto de positivismo se me hacía más fácil aceptar la espera de Rahul. Todos estaban al corriente de mi situación y me reconfortaban cuando las dudas me asaltaban, como si entre todos sostuvieran una versión de mí que yo solo no siempre lograba mantener. Pero aquella mañana, sin previo aviso, mi sueño se hizo realidad.

—*Namaste guys, how are you?* Namaste chicos, ¿qué tal estáis? —irrumpió Rahul, sorprendiendo a todos—. Mi nombre es Rahul y soy amigo de David —añadió, ignorando que ellos sabían perfectamente quién era—. He venido a pasar unos días para visitar a mi amigo, ¿os importa que me siente con vosotros?

Vestía un kurta típico de la región, una camisa suelta que caía hasta debajo de las rodillas. Era negro, con bordados dorados en los extremos. Estaba radiante, como si hubiera salido de otra época;

parecía un auténtico príncipe hindú. Su presencia alteró el aire de la mesa.

Se cruzaron miradas en busca de aprobación. El tiempo se detuvo cuando una íntima conversación silenciosa se sostuvo entre sus ojos y los míos, culminando en una sonrisa amplia, inevitable, mientras las mariposas revoloteaban en mi estómago.

—*Of course, Rahul, come on, guy*, por supuesto Rahul, vamos chico, siéntate aquí al lado de David —añadió eufórico Friedrich—. ¿Qué quieres para desayunar?

—Ya he desayunado, tan solo quería saludar a David. Luego tengo que atender mi trabajo —explicó con naturalidad.

—*But*… pero… ¿acaso no te puedes quedar un rato? —interrogó Amaranta.

—Sí, por supuesto, pero en una hora tengo una reunión.

—*That's great, you can stay a while then*. Eso es genial, entonces puedes quedarte mientras tanto —dijo Amaranta tras guiñarme un ojo—. *My name is Amaranta, he is Johan, his brother Friedrich, and she is Chandra*.

—*Hi everyone! Nice to meet you!* Hola a todos, encantado de conoceros —saludó mientras se sentaba a mi lado y me sonreía con complicidad.

Durante unos minutos, la mesa se convirtió en un pequeño escenario improvisado. Friedrich comenzó a imitar el acento de nuestro profesor de yoga, exagerando cada mantra hasta arrancarnos carcajadas, mientras Johan asentía solemne, como si estuviera ante una revelación espiritual. Chandra, entre risas, nos contó que llevaba días intentando meditar sin dormirse y que siempre despertaba justo cuando alguien decía "respira profundo", lo que provocó que Rahul soltara una risa franca, abierta, de esas que no se contienen.

Me sorprendió verlo así, relajado, sin la contención que solía acompañarlo. Se inclinó hacia mí y, en voz baja, comentó que le gustaba ese grupo, que le recordaban a sus años de estudiante, cuando todo parecía más sencillo y las decisiones aún no pesaban tanto. Luego se dirigió a todos y, con una naturalidad encantadora, contó una anécdota absurda sobre su primer invierno en Madrid y su

guerra perdida contra el frío, gesticulando tanto que terminó tirando su vaso de agua.

Nadie se molestó; al contrario, brindamos por los accidentes felices. En aquel instante, rodeado de risas, miradas cómplices y una ligereza compartida, pensé que esa escena —tan simple, tan cotidiana— era exactamente la clase de recuerdo al que uno se aferra cuando sabe, aunque no quiera admitirlo, que nada permanece intacto para siempre.

—¿Pero qué haces aquí? —pregunté en voz baja, aún incrédulo—. ¿Cómo me has encontrado?

—Eso no importa —susurró—. Te dije que haríamos algún pl*an*. Todo llega cuando tiene que llegar.

—Zagal, pero qué bien hablas español, ¿no? —comentó Chandra, que había captado nuestra comunicación sigilosa.

—Sí, es que vivo y trabajo en Madrid desde hace años —aclaró.

La charla continuó divertida y distendida, con bromas y risas continuas que poco dejaban entrever que entre Rahul y yo había algo más que amistad. Tampoco nadie hizo o dijo nada fuera de lugar.

Verlo relacionarse con los demás, con esa mezcla de sencillez y educación, hizo que lo deseara aún más. Al rato se marchó, no sin antes decirme que me buscaría por la tarde en mi hotel para ver el atardecer juntos.

Se presentó a eso de las cinco allí, con ropa más clara y sencilla. No hablamos demasiado; él no parecía necesitar palabras y yo no quise forzarlas. Saber que estaba allí era suficiente. Me llevó a uno de sus lugares favoritos para ver el atardecer: un pequeño templo, no demasiado lejos del centro, lo justo para escapar del bullicio del bazar. Desde allí se abrían las vistas al pueblo; las formas abovedadas y puntiagudas de los edificios se recortaban contra el cielo.

El sol comenzó a descender lentamente, bañando las tierras doradas de Pushkar con una luz anaranjada. Nos sentamos uno al lado del otro, sobre una gran piedra desde la que nuestras piernas quedaban suspendidas. Sentir la presencia del sol y, a la vez, la de Rahul era estar entre dos fuentes de inspiración. El cielo se

transformó en un lienzo vivo: naranjas, rosados, luego violetas. El aire se llenó de un silencio reverente, acompañado por el susurro del viento con olor a incienso. Cuando la ciudad sagrada se sumergía en la penumbra, Rahul me agarró de la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Me transmitió calma, ternura y una paz que no recordaba haber sentido antes. Ese instante me hizo desearlo aún más.

—Todo llega en el momento adecuado —murmuró, sin mirarme.

Nos fuimos como llegamos, con pocas palabras, hasta un restaurante del pueblo, jugueteando con las miradas. Cenamos hablando de la comida hindú, de la que me estaba volviendo un fanático. Empezaba a no echar de menos la carne; sin el picante, todo me parecía una delicia. La única carne a la que no me resistía era a la suya, y ese pensamiento me acompañó hasta el hotel.

Le invité a entrar. Accedió sin dificultad. A los pocos minutos, nuestra ropa yacía dispersa por el suelo de la habitación. Aquella noche, nuestros cuerpos se entrelazaron en un baile primitivo de deseo, confianza, miedo y necesidad, como si el tiempo hubiera decidido concedernos una tregua.

Entre sus compromisos familiares y laborales, normalicé tanto aquella relación que los días que estaba con su familia era como si se marchara a trabajar al extranjero. Todo con Rahul era sorpresa: aparecía de pronto en los lugares que yo frecuentaba, hacíamos planes sencillos o nos refugiábamos en mi habitación. Mientras tanto, yo seguía viviendo en mi burbuja de yoga, amaneceres, atardeceres y vidas que confluían en el orden caótico de aquel frenesí. No me faltaban las risas con mis amigos ni las intrusivas preguntas de Merce, de las que siempre conseguía escapar. Era una de esas pocas veces en la vida en las que todo parecía funcionar. Era feliz. O eso creía yo.

LOS HIJRAS



El amanecer apenas despuntaba cuando un golpe suave en la puerta del hotel me arrancó del sueño. El ventilador giraba despacio, moviendo el aire caliente con la parsimonia de un incienso moribundo. Abrí los ojos sin entender del todo dónde estaba, ni qué día era, ni por qué mi corazón empezó a latir tan fuerte antes incluso de levantarme.

—David —susurró una voz desde el otro lado.

Reconocí aquel tono grave, lleno de calma, que me había dejado tantas noches extasiado. Rahul.

Me levanté todavía con la piel pegada al sueño. Abrí la puerta y él estaba allí, con una camisa blanca que apenas ocultaba la forma de su pecho, el pelo aún húmedo por la ducha y ese perfume de sándalo dulce que lo envolvía como un rezo. La luz del pasillo caía sobre su rostro, y por un momento creí ver en sus ojos el mismo temblor que me habitaba a mí.

—Te echaba de menos —dijo simplemente.

No tuve tiempo de responder. Entró despacio, cerrando la puerta tras de sí, y el silencio se llenó de algo que ninguno de los dos podía

disimular. No había prisa, ni culpa, ni promesa; solo esa corriente invisible que a veces se adueña de los cuerpos y los obliga a encontrarse sin palabras.

Se acercó, y su mano rozó mi cuello con la misma delicadeza con la que el viento toca las hojas antes de una tormenta. Sentí su respiración cerca, tibia, vibrante. Cuando nuestros labios se encontraron, todo el ruido del mundo se apagó. Solo quedaba el pulso de la sangre, la cadencia de los suspiros, el vaivén lento de dos vidas que se rozan con miedo y con hambre.

Me dejé llevar por el fuego suave de su piel, por la manera en que su cuerpo respiraba junto al mío. Cada gesto era un idioma sin gramática: una caricia, una confesión. En aquella penumbra azulada de la mañana, el deseo no era pecado, sino refugio; un intento desesperado de ser, de reconocernos sin máscaras, aunque fuera solo por unas horas.

Cuando el sol comenzó a filtrarse entre las cortinas, Rahul me observó en silencio. Tenía los ojos húmedos y una tristeza que no supe si era suya o mía.

—No sé si hago bien —susurró—. Cada vez que estoy contigo siento que me traiciono y que me salvo al mismo tiempo.

No respondí. Me limité a tocarle la mejilla, como si pudiera borrarle el miedo con la yema de mis dedos.

Nos vestimos sin hablar demasiado. El aire del amanecer olía a polvo, a cardamomo y a comienzo. Acordamos ir a desayunar juntos y me salté la clase de yoga. Bajamos al bazar todavía adormecido, cuando los tenderos abrían sus puestos y las primeras vacas vagaban entre montones de flores marchitas y basura del día anterior.

Por un rato todo fue fácil: el rumor del mercado despertando, el ruido de las tazas en los puestos de chai, las miradas cómplices que aún conservaban el sabor de la madrugada. Pero algo en Rahul cambió de pronto. Caminaba más rápido, con el ceño fruncido, como si le pesara el silencio.

—David —dijo al fin, sin mirarme—, ayer conocí a la mujer con la que mi familia quiere casarme.

Sentí que el aire se me cortaba.

—¿Y qué… qué tal?

—Es una buena persona. Hermosa. Tiene una mirada limpia. Creo que podría hacerme feliz.

La palabra "feliz" se me clavó como una astilla.

—¿Y tú qué quieres, Rahul? —pregunté tratando de mantener la voz firme.

—Yo… no lo sé. Quiero a mi familia. No quiero perderles ni hacerles daño —suspiró—. En nuestra cultura, casarse no es solo cosa de dos personas; es mantener el honor de todos.

—¿Y mentir también forma parte del honor? —le solté con rabia contenida.

Se detuvo en seco. Me miró, dolido.

—No lo entiendes, David. No puedo decirles la verdad. No podría soportar su rechazo.

—¿Y yo sí tengo que soportar ser una sombra? —repliqué con un temblor que me delató—. Si tanto miedo tienes, ¿por qué no les dices que estás conmigo? Que no hay nada de malo en eso.

Rahul bajó la mirada. Su silencio era una herida abierta.

—Tienes razón —dijo al fin—. Quizá debería hacerlo.

Por un instante lo creí. Por un instante imaginé que el amor podía ser más fuerte que el miedo. Pero entonces un grupo de personas cruzó la calle y todo cambió.

Eran *hijras*: hombres vestidos de mujer, con saris color fucsia y dorado, maquillados con mimo, bailando y pidiendo limosna entre los puestos que ya estaban abiertos. Algunos les daban monedas a cambio de su bendición, otros apartaban la vista. Una de ellas se acercó a nosotros con una sonrisa pintada y los ojos delineados de negro. Alzó su mano en bendición, y su voz en hindi sonó dulce y ruda a la vez.

—¿Qué es lo que ha dicho? —pregunté a Rahul

—Que la vida os dé lo que buscáis, hijos del amor —aclaró.

Le di unas rupias y ella me tocó la frente con ternura. Rahul, en cambio, retrocedió un paso. Su expresión se transformó en un gesto de miedo.

—Ellas… ellos —balbuceó— eran como dioses en otros tiempos. Ahora la gente les teme. Los desprecian. Son almas sin hogar.

—¿Y qué somos nosotros? —pregunté—. ¿No somos lo mismo?

Rahul apartó la vista.

—No quiero que mi familia me vea como a ellas. No quiero que me maldigan, que me abandonen. —Su voz temblaba—. Prefiero que crean que soy feliz con mi esposa, antes que verme convertido en un fantasma para ellos. Quizás con ella también pueda ser feliz.

Sentí cómo se me llenaban los ojos de rabia y tristeza.

—¿Entonces no quieres que nos veamos más, Rahul? —pregunté con franqueza para mi propia sorpresa.

No respondió. Caminamos un rato más en silencio, mientras el bullicio del bazar seguía creciendo. Los colores, los olores, las voces, todo se mezclaba con el peso de nuestras palabras no dichas. Cuando llegamos al café donde íbamos a desayunar, me senté sin mirarle. Él pidió dos chais, pero ninguno de los dos los tocó.

—Lo siento —murmuró—. No soy tan valiente como tú.

—No, Rahul. Solo tienes miedo— dije con enfado—. Eres tan esclavo como yo de lo que nos han enseñado.

Nuevamente, él no respondió. Se levantó, pagó y se marchó sin mirar atrás. Lo vi perderse entre la multitud, como una sombra tragada por el sol del mediodía.

Podía entenderle más de lo que quisiera. Se jugaba algo demasiado valioso. Su familia. Pero no podía negar más mi verdad. Ya me había mentido demasiados años y ya no lo pensaba hacer más.

Me quedé vagando sin rumbo hasta llegar a los *ghats*. El lago de Pushkar brillaba como un espejo de luz líquida bajo el sol. Los peregrinos se bañaban entre rezos y ofrendas. El aire olía a incienso y a flores. Me senté en los escalones, con el alma enredada.

—Vaya cara, primo. Pareces un turista al que le han estafado hasta los chakras —dijo una voz conocida detrás de mí.

Era Sofí.

La vi sonreír con ese desparpajo suyo, su melena revuelta, y un vestido claro, que le gustaba mucho, ondeando con el viento de la mañana. No supe si era un sueño o un recuerdo, pero su presencia me llenó de paz.

—No puedo más, Sofí. Todo se ha complicado aquí —le dije.

—¿Complicado? ¡Por favor! Si tú siempre has sido un drama con patas —rió —. ¿Qué pasa ahora? ¿El yoga no te ha enseñado a respirar entre el caos?

Sonreí por primera vez aquella mañana.— Rahul… Es imposible. Dice que va a casarse. Que su familia no lo entendería.

—Claro que no lo entenderán —respondió ella—. El amor verdadero casi nunca encaja en lo que es "entendible". Pero eso no lo hace menos real.

Me miró con ternura, y su voz se volvió suave.

—¿Sabes qué me da rabia? Que en pleno siglo XXI dos personas que se quieren y no hacen daño a nadie, tengan que esconderlo porque el mundo aún no ha aprendido a mirar sin juzgar —añadí—. A veces parece que seguimos rezando a dioses antiguos, pero ignorando al corazón.

Guardamos silencio. El sol empezaba a quemar, calentando las piedras como un horno. Sofí me dio un codazo.

—Anda, deja de poner cara de mártir. Te invito a un *lassi*. —Sonrió —. Y si el chico ese no sabe lo que se pierde, ya vendrá otro con más karma.

Reí, y por un instante sentí que la vida, a pesar de su absurdo, seguía teniendo sentido. Sofí me acompañó por la orilla del lago hasta que desapareció del mismo modo que llegó.

Fui a buscar a mis amigos y me quedé un rato con ellos, les conté lo justo, escuchando más de lo que hablaba. Al despedirme, rodeé el lago sin prisa. El agua seguía allí, inmóvil, recibiendo todo sin retener nada. Respiré hondo y seguí andando, aunque doliera.

BOLLYWOOD



Aquel amanecer fue distinto. No porque el cielo tuviera un color diferente, ni porque en los templos se rezaran otros mantras, sino porque algo dentro de mí —muy adentro— se había vuelto a mover. Tras varios días arrastrando esa nube gris que me acompañaba como un perro fiel, algo empezaba a disolverse. Quizá no era alegría todavía, pero sí un respiro.

El yoga de esa mañana había sido suave, lleno de respiraciones lentas y posturas relajantes. La profesora que dirigió la clase, con su tono de voz aterciopelado y esa calma que parecía venir de otras vidas, había conseguido que por un rato mis pensamientos se calmaran.

Terminamos la clase con un largo silencio. El sonido del *om* se mezclaba con el tintineo de las campanillas del templo cercano. Abrí los ojos y los vi a todos: Chandra con su sonrisa serena, Amaranta estirando los brazos como si quisiera abrazar el sol, Friedrich intentando desanudar su espalda con un gesto de dolor, y Johan… Johan riéndose de algo que solo él sabía.

Después, como cada día, nos fuimos a desayunar a la terraza del pequeño café frente al lago. El lugar olía a café filtrado, masala chai y pan recién tostado. Me gustaba ese ritual. Sentarme allí con mis amigos, mirar los tejados y los templos y sentir que, por unos minutos, todo podía ir bien.

—David —dijo Amaranta, dejando su taza sobre la mesa—, te traes una carota, mi vida… ya me estás preocupando.

—¿Carota? —pregunté distraído.

—Pues sí, hombre, traes cara de tamal triste. —Soltó una carcajada y Chandra la siguió con una risa suave.

—Estoy bien —mentí, como quien se pone una máscara por costumbre.

Johan me miró de reojo, con esa mezcla de picardía y ternura que no se le escapaba a nadie.

—*Look, man, there's no need to…* Mira, tío, no hace falta que te montes el drama hindú. Estás apagado desde hace días.

—Ya me encenderé. —traté de esquivar el tema mordiendo una tostada.

Chandra, que siempre encontraba el punto exacto entre el amor y la sabiduría, habló con suavidad:

—A veces el alma necesita moverse pa' que el corazón respire. Demasiada quietú también enferma.

—¿Y cómo se mueve el alma, Chandra? —pregunté, sabiendo que su respuesta no iba a ser literal.

—Bailando, quizás —respondió ella con una sonrisa que parecía contener todas las respuestas del mundo.

Amaranta chasqueó los dedos, entusiasmada.

—¡Eso! ¡Una clase de Bollywood! ¡En la escuela de baile de Johan!

—*¿Bollywood?* —dijo Friedrich con el ceño fruncido, mientras se limpiaba la mantequilla de la cara— ¿Queréis bailar con brazos locos por todos los lados?

—Exactamente eso, cariño —le replicó Amaranta—. Y justo por eso te va a venir de maravilla, para soltar ese cuerpo que parece de palo alemán.

Johan casi se atraganta de la risa.

—*Please I need to…* Por favor, necesito ver eso. ¡Mi hermano bailando Bollywood!

—*I don't dance!* ¡Yo no bailo! —protestó Friedrich con un acento que hacía aún más graciosa su indignación.

—*Oh come on…* Oh, venga —insistió Chandra—, puede ser divertido. Todos necesitamos un poco de ligereza.

Todos me miraron. Sabía que la propuesta no era inocente; lo hacían por mí, para sacarme del bucle. Amaranta sonreía con cariño, Friedrich fingía resignación, Johan parecía encantado con la idea y Chandra, como siempre, irradiaba calma.

Suspiré.

—Está bien, pero si alguien me graba, me tiro al lago con ropa y todo.

—*Done deal…* Trato hecho —dijo Johan, levantando su taza.

La escuela de danza quedaba a pocas calles y tras el desayuno nos presentamos allí. Era una sala amplia con espejos en una de las paredes, telas de colores colgando del techo y un olor a incienso intenso. Al entrar, un grupo de mujeres indias y extranjeras ya estaba calentando al ritmo de una música llena de tambores y risas.

La profesora, una joven de ojos brillantes y sonrisa contagiosa, se presentó como Priya.

—*Today we're going to feel the rhythm, not think.* Hoy vamos a sentir el ritmo, no a pensar —dijo, moviendo las caderas con una naturalidad que nos dejó hipnotizados.

Friedrich la imitó con un gesto torpe. Parecía un robot intentando aprender flamenco. Johan, a su lado, se moría de risa.

—*Be careful…* ¡Cuidado, que se te va a descoyuntar algo! —le dijo entre carcajadas.

—No me sale, maldita sea —replicó Friedrich, agitando las manos como si eso ayudara—. ¡Mi cuerpo no está hecho para esto!

—*Your body is made for so much, darling…* Tu cuerpo está hecho para mucho, cariño, solo hay que convencerlo —bromeó Amaranta, que se movía con una soltura envidiable. Sus caderas seguían la música como si la hubiera bailado toda la vida.

Yo intentaba no pensar, solo seguir los pasos que marcaba Priya. Pero cada vez que me miraba al espejo, me daba risa. No porque bailara mal, sino porque, por primera vez en días, estaba sonriendo sin forzar. Me dio ese tipo de risa que no puedes parar aunque lo intentes.

Johan se me acercó entre canción y canción, con el rostro sudado y los ojos chispeantes.

— *You look so good moving…* Te sienta bien moverte, "*españolito*" —me susurró al oído—. Tienes ritmo… y unas caderas que no sabías que tenías.

—¿Ah, sí? —contesté con media sonrisa.

—*Yes…* Sí. —Pausó un segundo y bajó la voz—. A veces uno no se da cuenta de lo que le gusta mover hasta que lo deja salir.

Me quedé mirándolo, sin saber si hablaba del baile o de otra cosa. Johan me estaba mostrando a través de ese juego una parte de él que no conocía, como quien lanza anzuelos al agua. Y aunque no dijo nada más, su mirada lo hizo por él.

Mientras tanto, Friedrich seguía desafiando a la física. Cada giro suyo era un peligro público. Amaranta gritaba entre risas:

—¡Ay, no! ¡Mijo, parece que estás espantando moscas!

La clase entera estalló de risa, incluida Priya, que le corrigió con paciencia infinita.

Chandra, por su parte, se movía con la gracia de una diosa. Sus brazos fluían como agua, y cada paso parecía una oración. Cuando bailaba, el tiempo se detenía.

Yo trataba de imitarla, pero cada intento terminaba en un movimiento torpe que Johan celebraba con aplausos exagerados.

—*That's it…* ¡Eso, eso! ¡Dale, Bollywood David!

La música subió de ritmo. En un impulso, Amaranta me tomó de la mano y me giró como si fuera parte de una coreografía improvisada.

—¡Ándale, que no te me quedes tieso! ¡Esto es Bollywood, no misa de domingo!

Y allí estaba yo, riéndome como hacía tiempo no lo hacía, girando bajo un techo cubierto de telas, con mis amigos bailando alrededor.

Sentí una oleada de energía viva, como si por fin mi cuerpo y mi mente se reconciliaran.

La clase terminó entre aplausos y jadeos. Priya nos agradeció y nos hizo hacer una reverencia final como en yoga, con las manos al corazón.

—Namaste —dijo, con esa luz que solo tienen quienes aman lo que hacen.

—Namaste —respondimos todos, todavía riendo.

Salimos del estudio empapados de sudor y alegría. Friedrich se quejaba de agujetas anticipadas, Amaranta le hacía burla, Johan me sonreía y Chandra, caminando a mi lado, me dijo en voz baja:

—¿Ves? A veces el alma solo necesita recordá que aún puede bailá.

Asentí sin decir nada. Lo entendía mejor que nunca.

El aire olía a especias y a sol. Me sentía cansado, pero ligero. Las piernas me temblaban un poco y la camiseta se me pegaba al cuerpo por el sudor. Quizás, pensé, aquella mañana empezaba realmente a volver a mí desde que Rahul se marchó.

LO QUE EL ALMA MUEVE



El sol del mediodía comenzaba a quemar, fulminando las fachadas desconchadas del bazar. Después de la clase de Bollywood, el grupo decidió ir caminando de vuelta cada uno a su "casa" a ducharse. El aire era caliente y las calles estaban llenas de vida: vendedores ambulantes gritando ofertas imposibles, aromas de canela y curry, risas de niños corriendo descalzos, grupos de peregrinos en masa…

Yo iba en medio del grupo, todavía con la sensación cálida del movimiento en el cuerpo. No recordaba la última vez que me había reído tanto, pero tenía claro que fue con Sofí. Friedrich caminaba con un pañuelo en el cuello, teatralmente quejándose.

—*I think I broke a rib…* Creo que me he roto una costilla intentando seguir a esa profesora.

—¡Ay, no exageres, amor! —dijo Amaranta entre carcajadas—. Si apenas moviste los brazos.

—*That's exactly it, that's why it hurts…* eso mismo, por eso me duele. —respondió él con una seriedad que hizo reír a todo el grupo.

Johan, siempre rápido para meterse con su hermano, añadió:

—*Calm down…* tranquilo, Friedrich. En la próxima clase te enseño a mover la pelvis, pero despacio, que no quiero accidentes laborales.

—*God forbid I ever have to take your private lessons!* ¡Dios me libre de tus clases particulares! —dijo Friedrich alzando las manos al cielo.

Chandra caminaba un poco adelantada, con su ritmo pausado y elegante, disfrutando de los colores del bazar. Se detenía a veces a saludar a algún tendero o a observar una tela, especias o ropa. Parecía conocer a todo el mundo.

Yo me quedé un poco atrás, distraído entre los puestos y el bullicio. Las risas del grupo se fueron mezclando con el sonido del bazar. Y fue entonces, justo al doblar una esquina, cuando lo vi. Rahul.

Estaba allí, de pie, junto a un puesto de pulseras *bangles*. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones de lino. Nuestras miradas se encontraron al instante, como si hubieran estado esperándose.

Me quedé quieto. Todo el ruido alrededor se desvaneció. Sentí un vuelco en el estómago, una mezcla de sorpresa, miedo y algo que no quería nombrar.

—David —dijo, acercándose despacio—. Tenemos que hablar.

Mi respiración se aceleró.

—¿Qué haces aquí? —fue lo único que me salió.

—Te busqué en el hotel, en el café de los desayunos y allí supe que estabas en la escuela de baile cerca de aquí. —Su voz era suave, pero había un temblor en ella—. Necesitaba verte.

Los demás se habían adelantado unos metros. Johan giró la cabeza, me miró y asintió en silencio. Amaranta también lo notó y me lanzó una mirada cómplice.

—Nos vemos en el hotel, güerito —dijo ella, disimulando—. No te demores.

Se alejaron. Me quedé a solas con Rahul. Por un momento no supe qué hacer. Parte de mí quería abrazarlo, otra parte quería marcharse sin mirar atrás. Rahul bajó la vista, respiró hondo y dijo:

—He estado pensando en ti todos estos días. En lo que pasó. En cómo me fui sin darte una explicación.

—No hacía falta —mentí.

—Sí hacía falta —insistió—. Lo que pasó entre nosotros no fue algo que pudiera olvidar.

Miré alrededor, intentando aferrarme a cualquier cosa: un puesto de especias, el ruido del tráfico, el olor a incienso. Pero nada servía. Allí estábamos, otra vez, frente a frente.

—Tenía miedo, David. —Su voz se quebró apenas—. Miedo a perderte, como perdí a mi mejor amigo cuando le dije que me gustaba.

—¿Perderme? —pregunté, confundido.

—Cuando él descubrió lo que yo sentía hacia él, se alejó de mí. Se marchó lejos, y nunca volví a verlo. —Le temblaban las manos—. Y cuando supe que habías venido a buscarme… todo volvió. La misma sensación, la misma forma de mirarme, me hiciste sentir lo mismo. Pensé que podía controlarlo, pero no pude.

Me quedé en silencio. No sabía qué decir. Él continuó:

—No quise hacerte daño. Tenía miedo de que mi familia lo supiera, de arruinarlo todo. Pero ahora lo entiendo… no puedo seguir huyendo de lo que soy.

Su sinceridad me rompió. Había en sus ojos algo diferente, más profundo, como si el tiempo entre nosotros no hubiese pasado.

—¿Y ahora qué quieres, Rahul? —pregunté con un hilo de voz.

—Quiero verte unos días más. Solo nosotros. —Sus palabras salieron despacio, como quien se atreve a decir un deseo prohibido —. He pensado en ir al desierto. Es un lugar tranquilo. Allí nadie nos buscará. Podemos desaparecer unos días y preparar un plan para escapar juntos.

—¿Escapar? —dije, entre incrédulo y asustado.

—Sí —respondió, mirándome fijamente—. Escapar para respirar.

El bazar seguía vivo a nuestro alrededor, pero para mí todo se había congelado.

—¿Y si te descubren? ¿Y si te metes en un lío?

—Ya estoy en un lío desde que busqué ¿Me entiendes? —sonrió con tristeza—. Pero no me importa. Solo quiero estar contigo, sin máscaras, sin miedo.

Sus palabras me atravesaron. Lo había intentado enterrar en mi mente, convencerme de que lo nuestro fue un error, un accidente de viaje... y lo estaba logrando gracias a mis amigos, pero mirándolo allí, con ese brillo en los ojos y su seductor perfume, supe que seguía dentro de mí.

No dije nada durante un rato. Rahul se limitó a observarme, dándome espacio. A mi alrededor, los colores del mercado seguían desdibujados.

Chandra me había dicho aquella mañana que el alma necesitaba moverse. Y quizá, pensé, eso era lo que estaba pasando: el alma moviéndose, empujándome hacia algo nuevo, incierto pero real.

—¿Cuándo? —pregunté finalmente, Rahul pareció no creerlo.

—¿Quieres decir que sí?

—Sí. Pero no para huir. Sino para encontrar un plan para los dos.

Él sonrió, con una mezcla de alivio y emoción.

—Partimos mañana al amanecer. Conozco a alguien que nos llevará hasta el desierto en camellos.

Su voz volvió a sonar firme, serena, como aquella primera vez en el avión.

Algo en su entusiasmo me inquietó. No era miedo, exactamente, pero sí la conciencia de que una vez en el desierto no habría nadie más que nosotros y nuestras decisiones.

—Está bien —dije, sintiendo un temblor en el pecho—. Pero prométeme una cosa.

—Lo que quieras.

—Que no volverás a desaparecer sin decir adiós. No podría volver a soportarlo.

—Te lo prometo.

Miró alrededor un segundo, como quien comprueba que nadie observa, y entonces me rodeó con los brazos. Sus labios rozaron los míos apenas un instante, fugaz, casi a escondidas.

Lo sentí. Era cálido, familiar. Rápidamente, todo el ruido volvió: las voces, las risas, el olor a comida callejera. Pero dentro de mí había mariposas.

Caminamos unos pasos entre los puestos. Me di cuenta de que ya no sentía aquel peso en el pecho que me había acompañado tanto tiempo. Tal vez porque por fin estaba dejando de huir de mí mismo.

Antes de despedirnos, Rahul me miró y dijo con media sonrisa:

—Mañana a las seis y media, cuando salga el sol, nos vemos en el camino que se dirige hacia el templo de las mujeres. Trae solo lo necesario. El resto… lo dejaremos atrás. Te lo prometo.

Lo observé alejarse entre la multitud, hasta que su figura se perdió entre los colores del bazar.

Me quedé quieto, respirando el aire espeso y polvoriento de la India, con el corazón latiendo rápido. Algo estaba cambiando, y por primera vez en mucho tiempo, no me daba miedo.

Al fondo, escuché las risas de mis amigos que ya me esperaban cerca de donde nos íbamos a despedir. Johan levantó la mano saludando. Amaranta gritó desde lejos:

—¡Órale, Daviiiid! ¡Pensé que te había raptado una vaca sagrada!

Sonreí. Inspiré hondo y dejé que el aire me llenara los pulmones hasta el fondo, sin apurarme, como si no tuviera que llegar a ninguna parte. Caminaba como flotando, algo en mí se había despertado. Y esta vez, no tenía intención de volver a enterrarlo.

CAMELLOS



La mañana se levantó cálida y silenciosa, como si el desierto respirara antes de abrir definitivamente los ojos. Yo también respiraba hondo, quizá demasiado, intentando mantener bajo control esos nervios impertinentes que me recorrían desde que abrí los párpados. El punto de encuentro era una especie de explanada terrosa a las afueras de Pushkar, donde el pueblo empezaba a desvanecerse para dar paso al desierto infinito. No se trataba de arena fina, sino de una mezcla de dunas ligeras, suelos duros y zonas pedregosas.

Allí estaba Rahul, con su elegancia natural incluso en mitad del polvo, hablando con un hombre alto y delgado que sujetaba tres enormes camellos por las riendas. Los animales mascaban sin prisa, indiferentes a que aquel día pudiera ser importante para nosotros.

—David, buenos días —dijo Rahul levantando la mano y regalándome esa sonrisa tranquila que me calmaba la ansiedad.

—Buenos días —le respondí intentando sonar sereno, sin éxito.

Mientras el hombre comenzaba a dejar en el suelo las mantas, la comida, la tienda de campaña y otros enseres, apareció Sofí. Así, sin

aviso, con su presencia luminosa y descarada, como si hubiera estado escondida detrás de un matorral esperando el momento de saltar.

—¿Pero tú qué haces aquí? —pregunté entre sorprendido y encantado.

—Ay, por favor —dijo ella soltando una carcajada mientras se subía en el camello—. ¿Te imaginas un asiento mullido? Pues no es nada comparado con la joroba de un camello, primito. Ya verás qué masaje más exótico te va a hacer en el culo.

—Sofí, por Dios… —protesté llevándome las manos a la cara—. No empieces.

—¿Qué? Si es verdad —continuó, dando un salto hasta el suelo—. Estás más tenso que una cuerda de violín. ¿Qué te pasa?

La miré. Esa mirada que solo alguien que te conoce por dentro puede sostener sin que huyas.

—Estoy nervioso, Sofí. Todo esto… no sé, siento que algo grande está por venir.

Ella me guiñó un ojo, como solo ella sabía hacerlo.

—Pues mejor, ¿no? Eso significa que estás vivo. Y tú, David, cuando estás vivo… *pasas cosan*. —Puso una mano en mi mejilla—. Relájate, disfruta, y si te caes del camello, por favor, que sea hacia la derecha, que es mi lado bueno para aparecer en tus visiones.

Me hizo reír, y ese era siempre su regalo más sagrado.

—Vais a parecer los tres reyes magos —añadió mientras acariciaba a uno de los camellos—¿a lo mejor va siendo hora de que pidas un deseo, no?, venga cierra los ojos— y me guiñó.

Lo hice, pero al abrirlos Sofí había desaparecido, como si la luz del desierto la absorbiera. Luego, nada. Solo Rahul, los camellos y el ayudante.

Los hombres terminaron de colocar las cosas, montamos en los animales y comenzamos a avanzar al ritmo lento y balanceante de sus largos pasos. Las primeras horas fueron un vaivén hipnótico entre el crujir del suelo, el sol subiendo, y el silencio de ese paisaje que parecía recién inventado.

Rahul iba delante, volteaba de vez en cuando para asegurarse de que yo seguía bien, y me regalaba alguna sonrisa que atravesaba

más el pecho que el aire.

Un tiempo más tarde la marcha terminó. El hombre que nos acompañaba ayudó a descargar todo en una pequeña llanura rodeada de dunas de tierra rojiza. Allí encendió un fuego pequeño, cocinó algo simple pero sabroso, nos dejó varios recipientes de agua y ajustó la tienda para que nos resguardara del frío nocturno.

Antes de marcharse, juntó las manos a la altura del pecho y dijo que volvería en dos días tras desearnos buena estancia. Y se fue, dejando un rastro de polvo sobre su camello.

La noche cayó con una rapidez mágica. El fuego era un corazón ardiente en mitad de la oscuridad, y nosotros dos nos sentamos cerca, envueltos en mantas, con el rumor del viento como único testigo.

—De pequeño —comenzó Rahul mirando las brasas— mi padre nos traía aquí a mi hermano y a mí. Pasábamos la noche bajo las estrellas, escuchando historias antiguas sobre Pushkar. Se convirtió en una tradición para nosotros… una forma de recordar que como humanos somos pequeños, pero que nuestra alma puede ser tan grande como el cielo.

Me quedé escuchando, fascinado por esa mezcla de nostalgia y misticismo que emanaba de él.

—Entre octubre y noviembre se celebra Diwali y en Pushkar también se hace la feria del camello —prosiguió—. Miles de animales, comerciantes, peregrinos… Es una celebración enorme. Mi familia solía participar. Es extraño… pero estar aquí contigo me recuerda esos años.

Sus palabras me empujaron, suavemente, hacia algo que llevaba horas queriendo decir.

—Rahul… yo… hay algo que quiero hablar contigo —tragué saliva, buscando coraje entre las sombras—. He estado pensando en cómo contárselo a nuestras familias. Todo. Quiero que podamos vivir juntos como queramos, Rahul. No quiero que sigamos escondiéndonos.

Él me miró. Sus ojos tenían una calidez que me sostuvo cuando mi voz tembló.

—David… hoy no, mañana —dijo con suavidad, acariciando mi hombro—. Mañana hablaremos de eso. No quiero responderte desde el cansancio. Lo que quieres decir es importante.

El fuego crepitó como si marcara un compás invisible. Y entonces sucedió. No hubo aviso, ni palabra, ni pensamiento. Solo un movimiento natural, como si ambos hubiéramos estado esperando la señal correcta desde que habíamos llegado.

Nuestros labios se encontraron primero. Un roce húmedo y sutil, luego más firme, más profundo. Mis manos buscaron su cuello; las de él, mi cintura. El desierto, silencioso y eterno, parecía contener el aliento.

Los besos cedieron paso a los abrazos, los abrazos al temblor, y el temblor a un deseo que se encendió como las brasas de la hoguera. Una coreografía intuitiva, frenética y a la vez delicada, nos arrastró hacia la tienda, hacia las sábanas, hacia ese espacio donde los cuerpos hablan un idioma sin gramática pero con significado.

La impetuosa energía de la juventud, el amor que aún no sabe si lo es, el deseo que arde por dentro… todo se desató aquella noche. Bajo aquellas telas, primero fueron los labios, luego los cuerpos, desnudándose sin pudor, con una inocencia feroz que no sabía de límites ni de preguntas.

Nos hundimos en un goce limpio, profundo, consciente. Una fusión infinita donde las almas parecían reconocerse más que los cuerpos. Y cuando el fuego interno amainó, solo quedó el silencio.

Ese silencio dulce. Ese respirar pausado. Ese descanso que solo llega después de una verdad inevitable.

Nos quedamos así, lado a lado, con la sensación de que aquella noche no era un capítulo más del viaje. Era un antes y un después.

Apagué el fuego con un gesto lento, me tumbé de lado y apoyé la mano sobre su pecho, siguiendo el ritmo tranquilo de su respiración hasta quedarme dormido.

LUNA DEL DESIERTO



El día amaneció tibio y silencioso, como si el desierto entero hubiese decidido respirar al ritmo de nuestros pasos. Rahul y yo salimos temprano, antes de que el sol se volviera un látigo ardiente, para explorar aquel paisaje extraño y vasto que rodeaba Pushkar. No había prisas ni sobresaltos, solo una tranquilidad limpia que hacía días que no sentía dentro de mí.

El desierto del Rajastán tenía vida. No era ese inmenso vacío que muchas veces imaginaba de pequeño. Allí, entre las dunas humildes y los arbustos dispersos, descubrimos una naturaleza resistente, hecha de pequeñas victorias cotidianas contra el calor y la sequía. Observamos a una familia de antílopes chinkara correr entre la arena como si flotaran. Más tarde, vimos cómo un escarabajo negro abría un pequeño surco con paciencia infinita y cómo unos arbustos de thorn acacia retorcían sus ramas para guardar cada gota de sombra posible.

Me sorprendió la cantidad de plantas que parecían frágiles, pero no lo eran. Rahul sonreía mientras me explicaba, como recordando lecciones de cuando era niño:

—Estas plantas saben vivir con casi nada… —me dijo acariciando unas hojas diminutas—. Mi madre siempre decía que en el desierto, hasta lo más pequeño tiene su sabiduría.

A lo largo del día dejamos que el sol nos guiara. Casi no hablamos; no hacía falta. Había algo tan natural en estar cerca, en rozarnos los brazos sin buscarlo, en detenernos para beber agua del mismo bote, que mi mente se quedó quieta como pocas veces. No había ruido dentro de mí, ni culpa, ni dudas. Solo el viento cálido moviendo nuestros cabellos y las miradas amables que a veces compartíamos, como dos niños que por fin tienen permiso para jugar.

Rahul caminaba al lado mío en silencio, acompañando. En ocasiones rozaba mi mano sin querer, o quizás queriendo, y yo dejaba que la mía se quedara ahí unos segundos más. Era un día sencillo. Un día bonito. Como si el desierto hubiera decidido regalarnos una burbuja fuera del tiempo.

Y así transcurrió todo: simple, natural, sin pensamientos punzantes. Me recordó a mis días de infancia, cuando buscaba formas en las nubes con mi hermano y mis padres. Ese tipo de paz que se siente sin pensarlo. Ese cariño que no necesita explicarse.

Cuando llegó la tarde, el cielo empezó a vestirse con tonos anaranjados y rosados que parecían pintados a mano. Nos sentamos sobre una duna alta desde la que se veía, a lo lejos, una línea delgada de luz reflejada en el lago de Pushkar. Allí, donde el calor ya empezaba a retirarse, Rahul clavó sus ojos oscuros en el horizonte.

—David… —su voz era suave, casi temblorosa— he estado pensando todo el día.

Lo miré. Sabía lo que venía. Lo sentía desde la mañana, como una corriente subterránea que nos había acompañado.

—Yo también —le contesté, dejando que mi hombro le rozara.

Guardó silencio unos segundos. Respiró hondo, como quien se prepara para desnudarse, pero no de ropa, sino de miedo.

—Si seguimos así… si seguimos juntos —dijo bajando la mirada— tendremos que decirle a nuestras familias. No podemos vivir escondidos siempre.

Una punzada de miedo me atravesó, pero era un miedo honesto, no tóxico. Lo tenía desde hace años, desde antes incluso de entenderme. Sus palabras tenían razón, aunque dolieran, era lo adecuado.

—Sí —respondí—. Algún día tendrán que saberlo. Y creo… que quiero intentarlo. Quiero que sepan quién soy. Y quién eres tú para mí.

Rahul apretó un puñado de arena entre sus dedos como si ese gesto pudiera darle valor.

—David, tengo miedo —confesó con la voz rota—. En mi familia… esto no se habla. Sería como romper algo sagrado. Temo que me rechacen, que piensen que elegí lo incorrecto. Que los avergüence o incluso peor, que me repudien.

Yo también tenía miedo. Un miedo parecido, aunque en mi caso era más el vértigo de mostrar mi corazón después de tantos años de silencio.

—¿Y si lo hablamos con calma? —le dije, poniéndome frente a él —. Podemos hacerlo poco a poco. Primero tu hermano, quizá. O alguien que te entienda. No tiene que ser todo a la vez. Podemos tener un plan.

Él levantó la mirada hacia mí, y en esos ojos vi al niño que fue, al chico libre que me había contado historias del desierto.

—¿Un plan… juntos? —preguntó como quien pide permiso para creer.

—Juntos —repetí.

El viento sopló más fresco, levantando pequeños remolinos de arena que bailaban a nuestro alrededor. Rahul suspiró profundamente, como si de golpe algo dentro de él se aflojara.

—Quizá… quizá podría empezar con mi hermano —dijo con cautela—. Él es más moderno, menos estricto. Si él lo entiende… podría ayudarme con mis padres.

—Y yo hablaré con mi tía —añadí, sintiendo un nudo dulce en la garganta—. Ella merece saberlo, y… quiero que formes parte de mi vida, no que ella viva una mentira sobre mí.

Rahul estiró su mano hacia la mía. Esta vez sin titubear. La tomé. Y encajó tan perfectamente que me pregunté cuánto tiempo

llevábamos esperando este gesto.

El sol terminó de ocultarse, y la primera estrella apareció justo encima de nuestras cabezas. Luego otra, y otra. Hasta que la luna emergió redonda y luminosa, como un farol sagrado en mitad de la inmensidad.

Rahul me miró, y la luz plateada de la luna le dibujó en el rostro una ternura que jamás había visto en nadie.

—¿Ves esa luz? —me dijo apenas en un susurro—. Así quiero que sea lo nuestro. Algo que no necesite esconderse del cielo.

Sentí que mis ojos se humedecían. No de tristeza. De reconocimiento.

—Rahul… —respondí— pase lo que pase, si estamos juntos, podemos con ello.

Y entonces la luna, enorme, pura, se levantó del desierto como si nos diera su bendición. Iluminaba nuestros cuerpos y nuestras dudas con una claridad nueva, suave, compasiva. No borraba la oscuridad, pero la hacía menos temible. Más llevadera.

Nos quedamos así, tomados de la mano, mirando cómo el desierto se transformaba en un mar de plata. Sin prisas nos fuimos acercando para darnos calor. Sin palabras innecesarias. Con una verdad que por fin se sentía ligera.

Apreté su mano con más fuerza de la necesaria, como si ese gesto pudiera asegurar algo que aún no estaba del todo a salvo, y al apoyar la cabeza en su hombro tardé unos segundos más de lo normal en cerrar los ojos.

Aquella noche, bajo la luna del desierto, no sentía miedo. Tampoco seguridad. Sencillamente ya no estaba solo. Ya no éramos dos viajeros separados que se cruzaron por accidente. Éramos un nosotros. Algo pequeño todavía, frágil, pero real.

POLVO DE INCIENSO



Desperté con una sensación extraña, como si algo dentro de mí hubiese sido movido durante la noche sin que yo me diera cuenta. El aire dentro de la tienda estaba frío y quieto. Extendí la mano hacia el lado donde Rahul había dormido y encontré solo el tacto áspero de la manta. Su calor ya no estaba allí. Me incorporé lentamente, con el cuerpo aún pesado por el cansancio y por la intensidad de la noche anterior.

—¿Rahul? —llamé en voz baja, como si temiera despertar al desierto. No hubo respuesta.

Salí de la tienda y el sol recién nacido iluminaba las dunas con una luz pálida, casi azulada. Miré alrededor. El campamento estaba vacío. El ayudante no había llegado todavía. Uno de los camellos había desaparecido. El pequeño sendero que dejaban las pisadas se perdía a lo lejos, hacia la mancha dorada del horizonte.

Intenté calmarme. Habrá salido a dar una vuelta… me quise mentir, aunque algo dentro de mí sabía que no. Caminé unos metros hacia la nada, como si pudiera distinguir su sombra a lo lejos. Pero el desierto era implacablemente silencioso.

Regresé con el corazón acelerado. Entré de nuevo en la tienda, y entonces lo vi. Una hoja doblada junto a una camisa de Rahul. Esto no era nuevo, estaba reviviendo lo mismo, pero yo ya no era el mismo. Sentí cómo el aire se densificaba a mi alrededor mientras la tomaba con manos temblorosas. Me bastaron dos palabras para entenderlo todo.

No puedo David.
Tengo miedo.
El ayudante vendrá en unas horas.
Perdóname.

Rahul Khandelwal

Me senté en el suelo de golpe, como si mis piernas hubieran dejado de sostenerme. Probablemente sin saberlo y sin quererlo, me estaba haciendo lo mismo que su amigo de la infancia le hizo a él. Me rompió el corazón. Su miedo era mayor a lo que sentía por mí. Y me abandonó a la deriva en lo que sería para mí un tremendo dolor.

El desierto, que hacía unas horas había sido una cuna de paz, ahora me parecía un vacío inmenso, hostil, silencioso. Un lugar donde nadie vendría a rescatarme.

Me sentía mal, muy mal. Y además me sentía mal por sentirme mal. Una nueva pérdida. Soledad. Abandono. Otra burbuja más que volvía a estallar. Y así es que quizás funcionan las cosas, estallando sin parar.

Rahul se marchó definitivamente a Jaipur y ya no regresaría más ni yo volvería a modificar mis planes. Sentí que caía de golpe en un mundo lleno de dificultades y de hostilidad. Un mundo del que tenía que seguir protegiéndome pues no estaba hecho para personas como yo.

Todos tenemos un capítulo de nuestra vida que no contamos en voz alta. Lo que vas a leer es ese capítulo de mi vida que no he sido capaz de contar hasta este momento.

Me encerré en la tienda. El silencio se convirtió en un enemigo que sabía exactamente dónde dolía. Sin saber qué hacer, abrí la pequeña caja de utensilios donde guardábamos las cosas del campamento. Ahí estaba. Un cuchillo sencillo, afilado, pensado para cortar fruta o cuerda. Lo tomé.

Mis manos sudaban. Miré alrededor buscando algo que llamara mi atención, algo que me detuviera o que me empujara. Entonces la vi: la ceniza del incienso que Rahul había encendido la noche anterior. Una pequeña línea de polvo gris, delicada, quebradiza. El aroma aún flotaba en el aire, un olor dulce y cálido que parecía burlarse de mí.

Todo lo intenso, todo lo bello… reducido a polvo sin forma. A nada.

Apreté el cuchillo con fuerza. No quería sufrir más. Lo deseaba con una claridad fría y peligrosa.

Sofí siempre decía que no tirase la toalla. Que siguiera. Que había más vida después del dolor. Pero no apareció. Ella, que luchó hasta el final. Que me había dejado un gran ejemplo de cómo intentarlo.

A Merce le haría otro favor, una preocupación menos. No pensé en que recibiría una llamada para informarle de que mi cuerpo llegaría en avión. Ni tampoco que tendría que reconocer mi cuerpo.

No. No pensaba matarme sin haberlo intentado. Tenía que seguir intentándolo.

Quería cortarme las venas, tenía que hacerlo, sí. Sin embargo, una fuerza más poderosa me lo impedía. Como si alguien hubiese poseído mi cuerpo y lo mantuviera inmóvil. Petrificado. Paralizado. Una voz en mi interior me gritaba:

—¡Vive! Esto también pasará.

Reconocí su voz. Era ella. Sofí.

Suspiré.

—Esta vez lo lograrás —me dije—. Será una despedida indolora. Unos pequeños cortes y observar el tiempo pasar. Sin sufrimiento, sin prisa. Solo los sentidos diluyéndose en una profunda nada.

Coloqué el filo sobre mi piel. Pero no pude. No fui capaz. La mano me temblaba. El cuchillo cayó al suelo con un golpe seco. Me derrumbé. Me doblé sobre mí mismo como un animal herido y dejé

que las lágrimas brotaran sin control hasta quedarme sin aire. Sin fuerzas. Impotente.

Sucumbí al llanto, a los golpes, a la congoja y finalmente a una profunda y elegante tristeza. Luego apareció la resignación. No podía controlar nada. Seguía viviendo bajo la dictadura del contexto, de los prejuicios y de los hilos que la vida movía a su antojo.

Y allí, junto al polvo de incienso y el cuchillo caído, comprendí que, aunque quería rendirme, aún había algo —muy pequeño, pero vivo— que me mantenía aquí. Podía acompañarme incluso siendo mi peor versión. Respirando. Esperando. Sobreviviendo.

LA VIDA TE ROMPE

La vida te desilusiona
para que dejes de vivir en fantasías
y puedas ver la verdad
respirando, siguiendo.

La vida te derriba, una y otra vez,
hasta que comprendes
que levantarte es la lección.

La vida te aleja de quienes amas,
para que recuerdes
que no somos solo cuerpo,
que trascendemos.

La vida te rompe, sí,
pero te rompe para abrirte,
para que la luz que eres encuentre
alguna grieta por donde salir.

La vida te corta las alas
y te arranca las raíces,
hasta que aprendes a caminar ligero,
sin pasado que apriete,
sin futuro que limite.

La vida te desarma,
te poda, te hiere,

te agrieta, te rompe…

…hasta que solo en ti queda…
…compasión y amor.

DIWALI



El Sai Baba Hotel tenía algo de refugio improvisado, como si nadie hubiera planeado que aquel lugar acabara siendo importante y, sin embargo, lo fuera. La terraza de la azotea estaba medio descuidada, con mesas de metal desiguales y sillas que chirriaban al moverse. Desde allí se veía Pushkar extendida hacia abajo, todavía en penumbra. Contenida. Esperando.

El cielo estaba cubierto de un color de miel, denso y dorado, como si alguien hubiera derramado luz lentamente sobre la ciudad. No era una puesta de sol clara ni una noche definida. Era ese momento ambiguo que no termina de decidirse, y que a mí me resultaba peligrosamente familiar.

Sostenía un vaso de chai caliente entre las manos. Me gustaba agarrarlo así, con fuerza, como si pudiera anclarme a algo sólido. Frente a mí estaba Chandra, sentada de lado, con el cuerpo relajado pero la mirada atenta. Tenía esa forma tan suya de estar presente sin invadir, como si supiera exactamente cuándo hablar y cuándo dejar espacio.

—Antes de que me digas na’ —dijo, con su acento andaluz —, respira un poco, ¿vale? Que llevas días con la cabeza a mil y sin vení con el grupo ni a yoga.

Sonreí sin ganas.

—Eso intento… pero no me sale muy bien.

—Normá —respondió—. Aquí venimos todos un poco rotos.

Se hizo un silencio cómodo. El cielo seguía espeso, inmóvil.

—¿Cómo estás de verdá, David? —preguntó al fin.

La pregunta me atravesó más de lo que esperaba. Miré el chai, luego el borde de la mesa, luego la ciudad.

—Mal —dije—. Muy mal. Estoy cansado de sentir que siempre acabo en el mismo sitio. Decepcionado… con la vida, con las relaciones, conmigo. Me da la sensación de que hago esfuerzos enormes para cambiar cosas y, aun así, todo se me cae de las manos.

Chandra asintió despacio.

—Eso pesa muxo.

—Lo del campamento me removió más de lo que pensé —continué—. Estar solo allí, esperando, sin saber si el ayudante iba a volver, si alguien aparecería… Me sentí ridículo por haber confiado. Y pequeño. Como si la vida me estuviera diciendo: “¿Ves? Otra vez has creído que podrías apoyarte en alguien”.

Me quedé callado un momento.

—Lo peor no fue el miedo —añadí—. Fue esa sensación antigua de abandono. De estar solo incluso cuando no debería estarlo.

Chandra apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Ecúxame —dijo—. Eso que sentiste no es debilidá. Todos llevamos un sitio dentro donde las cosas duelen más.

Suspiré.

—Estoy agotado de intentar hacerlo mejor —admití—. De sentirme mejor, de entender mejor, de no repetir errores… y aun así repetirlos.

—Porque nadie nos enseña a pará —respondió—. Solo a seguir.

Chandra me miró con una media sonrisa cansada.

—Vamos a endulzá un poco la cosa —dijo—. Que la vía, cuando quiere, se amarga ella sola.

Sacó de una bolsita un dulce frito, todavía tibio, y me lo tendió.

—¿Karanji?—añadió—. Es típico de estas fechas.

Lo probé despacio. Estaba crujiente por fuera y demasiado dulce por dentro, casi empalagoso, pero reconfortante.

El cielo empezó a oscurecerse apenas perceptiblemente.

—La espera es mu' cabrona —añadió—. Te deja solo contigo, sin distracciones. A mí me pasó algo parecio una vé, también aquí cerca. Pensé que me había equivocao de camino, de viaje… de todo. Y al final entendí que no era el lugá. Era yo, resistiéndome a aceptá que no tenía contró.

Sonrió de lado.

—Y mira que yo soy de carácter, ¿eh?

Reí un poco.

—Eso se nota— añadí.

—Claro que se nota zagal —dijo—. Soy del sur, mi arma, ¿qué esperabas?

La tensión se aflojó un poco entre los dos. Fue entonces cuando la primera luz se encendió. Una sola, pequeña, cerca del lago. Luego otra.

—Mira —dijo Chandra, señalando hacia abajo.

Las diyas empezaban a encenderse. Tímidas al principio, como si alguien las encendiera con cuidado, sin querer romper nada. El lago seguía oscuro, pero ya no estaba vacío. Un mantra empezó a sonar desde algún templo.

—Hoy empieza Diwali —me dijo—. Bueno… pa' algunos ya empezó ayé, pero el día fuerte es ahora.

—El festival de las luces —murmuré.

—Eso es. Pero no es solo bonito, ¿sabes? Tiene mucha tela.

Chandra se quedó mirando el lago unos segundos más, como si contara las luces en silencio. Yo removí el chai con la cucharilla, observando cómo el azúcar se disolvía poco a poco, sin hacer ruido.

—Me quedaré por aquí hasta que termine la feria del camello —añadió Chandra, acomodándose el chal—. Pushkar en estos días es un desbarajuste precioso, zagal… pero merece la pena vivirlo hasta el final.

—¿Y después? —pregunté.

—Después me vuelvo pa’ casa —dijo encogiéndose de hombros—. A pasar el invierno con mi madre, a currá, a ahorrá un poquito… que una tampoco es de oro, ¿eh?

Sonrió con esa calma suya, sin drama.

—Y cuando junte otra ve fuerzas y dinerillo, pues ya me vuelvo pa’ India. Que aquí siempre se regresa, de una forma u otra.

Dio un sorbo al chai y me miró de reojo.

—Eso sí, antes de que cada uno salga escopetao pa’ su formación y su historias, tenemos que hacé una cosa.

—¿El qué?

—Una cena todos juntos —sentenció—. Como despedia bonita, sin prisas. Que luego cada cual siga su camino, pero bien comío y con el corazón calentito.

Mientras hablaba, observaba como más luces iban rodeando el agua. Recordé a Rahul hablándome de estas fechas en el avión. Me dijo que eran algo así como las Navidades.

—Diwali dura cinco días —continuó Chandra—. Cada uno tiene su rituá. Se limpia la casa, se tira lo viejo, se ordena. No solo por fuera, tambié por dentro. Hoy se honra a Lakshmi, la diosa de la prosperidá.

—¿Por eso tantas luces?

—Claro zagal. Se encienden pa’ guiarla, pa’ decirle: “Aquí hay sitio”. Se abren puertas y ventanas pa’ que entre… y se quede to’ el año.

Pensé en todo lo que yo llevaba encerrando hace tiempo y lo injusto que había sido abrirme a Rahul para que me tratase así.

Observé cómo la ciudad iba transformándose. Familias enteras se acercaban al lago. Algunos rezaban, otros reían, otros simplemente miraban.

—También se bañan en los ghats, ¿lo ves? —añadió—. Como una forma de limpiarse, de empezá de nuevo.

Las luces ya se reflejaban en el agua.

—Diwali va de aceptá que hay oscuridá —dijo—, pero que no manda. Que la luz no tiene que ser enorme. Basta con que sea pura.

Me quedé mirando el lago.

—Supongo que por eso me afecta tanto —dije—. Estoy cansado de pelearme conmigo mismo. De sentir que siempre llego tarde a todo… incluso a mi propia vida.

Chandra me miró con suavidad.

—La libertá no es no llegar tarde —dijo—. Es no huir de ella. —Sonrió.

—Ademá, si la vía no nos diera palos de vez en cuando, sería aburridísima. Imagínate una existencia perfecta… un tostón monumentá.

Solté una carcajada, sorprendido.

—Visto así…

—Visto así, estás justo donde tienes que está.

Las luces ya rodeaban completamente el lago. Pushkar parecía respirar distinto.

—¿Y ahora qué? —me preguntó—. ¿Qué quiere hacer tú, no lo que deberías?

No tuve que pensarlo.

—Ir a la formación de yoga. Necesito hacer lo que vine a hacer.

Chandra sonrió, satisfecha.

—Entonces habla con los chicos—dijo—. Johan se ha encargao de convencé a Amaranta y a su hermano. La escuela está en Goa. Playas, calorcito… y ahora que aquí empieza el frío, tiene to' el sentio.

Asentí.

—Goa… —repetí.

—No como escape —añadió—. Como siguiente paso.

La noche cayó del todo. El lago estaba completamente rodeado de luz. Unos niños pasaron corriendo con bengalas, riéndose a carcajadas.

Chandra levantó su vaso de chai.

—Por Diwali —dijo—. Por empezá otra vé.

Choqué mi vaso con el suyo y bebí un sorbo largo de chai. El calor me bajó despacio por la garganta. Sentí cómo los hombros se me aflojaban sin darme cuenta. Apoyé los antebrazos en la barandilla de la terraza y dejé que la mirada se me perdiera en el lago encendido, respirando hondo, sin apurar el aire.

Mientras la ciudad celebraba, entendí que no tenía que arreglar mi vida entera esa noche. Bastaba con encender una pequeña luz y seguir caminando.

NAMASTÉ PUSHKAR



Hacer la mochila siempre había sido para mí un acto mecánico, casi neutro. Camisetas dobladas sin pensar, pantalones enrollados, el neceser siempre al final. Pero aquella mañana en Pushkar no había nada neutro. Cada objeto que tocaba parecía arrastrar un recuerdo, una imagen, una sensación que se me quedaba pegada a los dedos.

La habitación estaba en silencio. El ventilador giraba lento, como cansado también de despedirse. Sobre la cama, la mochila abierta parecía un animal paciente esperando ser alimentado. Me senté en el borde y respiré hondo antes de empezar.

Una camiseta blanca, aún con restos de polvo del desierto. El pantalón que había llevado la primera vez que Rahul me dio la mano en aquel templo al atardecer. Dudé un segundo antes de doblarlo. Al final lo hice, con cuidado, como si el gesto pudiera ordenar algo por dentro. No podía dejarlo atrás todo, pero tampoco cargarlo conmigo sin más.

Desde la ventana entraba el murmullo lejano del bazar. Pushkar seguía viva, indiferente a mis despedidas internas. Recordé cómo

había llegado semanas atrás: el cuerpo revuelto, la cabeza desordenada, la mordedura del mono, la sensación constante de no estar a salvo. Pensé en lo mucho que había vivido en tan poco tiempo. En cómo llegué creyendo que venía a encontrar respuestas y terminé encontrándome preguntas nuevas, más hondas, más incómodas… y más verdaderas.

Al día siguiente saldríamos temprano. Johan, Friedrich, Amaranta y yo habíamos organizado ir juntos a la formación. Nos desplazaríamos en taxi privado hasta Delhi y desde allí seguiríamos hasta Goa en tren. Compartir el trayecto nos tranquilizaba a los cuatro. No solo por comodidad, sino porque, de algún modo, viajar juntos era mejor. Nos habíamos vuelto una pequeña familia. Aún con ellos confundirme, usar la espiritualidad como escondite o lo imprevisible de la India me hacían temblar el cuerpo.

Cuando al fin logré cerrar la cremallera del primer compartimento, el bajón llegó sin pedir permiso. Una presión conocida en el pecho, ese cansancio que no es físico. Me dejé caer hacia atrás, apoyando los codos en la cama, y cerré los ojos.

—Ay, primo… si te vieras ahora mismo —dijo una voz.

Abrí los ojos de golpe. Sofí estaba sentada en la silla, con las piernas cruzadas, observándome con esa mezcla de ironía y ternura que solo ella sabía manejar. Llevaba un vestido claro, vaporoso, y el pelo recogido de cualquier manera.

—¿Tú otra vez? —susurré, entre sorprendido y agradecido.

—¿Otra vez? Como si no supieras que aparezco cuando estás así hecho un lío —respondió—. Mira que eres cabezón, David. Te crees que puedes con todo solo y luego… zasca.

Sonreí débilmente.

—Me voy, Sofí. Y me duele más de lo que pensaba.

Ella se levantó y se acercó despacio. Me dio un golpecito suave en la rodilla.

—Claro que duele. ¿O qué esperabas? ¿Irte silbando como si esto hubiera sido un cursillo de verano? Aquí has vivido cosas de las que te cambian la piel.

—Y a él —dije sin pensar.

Sofí suspiró.

—A él también. Pero eso no te quita lo vivido. Ni lo aprendido. —Me miró fijamente—. No confundas que algo termine con que no haya valido la pena.

Me mordí el labio. Noté los ojos húmedos.

—No quiero volver a huir.

—Y no lo estás haciendo —respondió—. Te estás moviendo. Que no es lo mismo.

Me dio un abrazo rápido, cálido, de esos que reconfortan.

—Anda, termina la mochila —añadió—. Que hoy toca despedirse bonito.

Cuando quise darme cuenta, ya no estaba. Pero el aire parecía más ligero.

Al caer la tarde, me vestí con calma. La ropa india me resultaba ya natural: un kurta gris claro, sencillo pero elegante, y unos pantalones amplios que dejaban respirar el cuerpo. Me miré al espejo. No era el mismo que había llegado.

La cena era en el mismo restaurante donde Chandra y yo habíamos hablado por primera vez largo y tendido. El lugar estaba iluminado con farolillos y velas por Diwali. Melodias típicas sonaban suave por el ambiente.

Llegué el último. Amaranta fue la primera en verme.

—¡Mira nada más a este hombre! —exclamó—. Güey, estás guapísimo, pareces protagonista de telenovela india.

—No empieces —respondí—. Tú tampoco te quedas atrás. Pareces salida de una boda real.

Ella llevaba un sari verde intenso que resaltaba su piel morena. Friedrich estaba a su lado, vestido con una *kurta* oscuro que marcaba sin pudor su cuerpo. Alto. Ancho. Guapo sin esfuerzo. Se notaba que todos nos habíamos arreglado para la ocasión.

—*Hallo, David* —dijo él con una sonrisa amplia—. *Tonight is special, yes?*

—Sí —respondí—. Muy especial.

Johan levantó la mano desde el fondo, impecable con un conjunto granate bordado en plateado, el pelo recogido, los ojos delineados con descaro.

—*Well well*… bueno, bueno —dijo—. Si lo sé me traigo abanico, que aquí hay mucho guapo junto.

—*Shut up*… cállate —gruñó Friedrich—. Tú siempre llamando la atención.

—*Of course, brother*…claro, hermanito, alguien tiene que traer glamour a esta mesa de yoguis —respondió Johan guiñándole un ojo.

Chandra llegó detrás, con su elegancia natural, envuelta en un sari color naranja, el pelo recogido y esa presencia suya que llenaba el espacio sin pedirlo.

—Miarma… —dijo—. Esto parece una despedia de película.

Nos sentamos. El ambiente era cálido, íntimo. Pedimos platos para compartir. El aroma de las especias se mezclaba con las risas y las voces lejanas de la calle.

—*So…* bueno —dijo Friedrich alzando su copa—. *I have an announcement.*

Amaranta lo miró de reojo.

—A ver, suelta.

—Yo no voy a Goa —dijo—. *I want to go north. Himalaya. Mountains.*

Johan abrió los ojos.

—*You're crazy* estás loco —dijo Johan.

—*Maybe…* puede—rió—. *But I need it.* Montañismo. Altura. Silencio. *No people like you…* no gente como tú.

—*I'm gonna miss you…* te voy a extrañar, cabrón —dijo Johan con una sonrisa torcida.

Amaranta lo observó con calma unos segundos. Luego sonrió, suave.

—Pues vete, alemán loco —dijo—. Pero vuelve entero. Qué estás guapísimo y lo sabes.

Él le tomó la mano.

—*Promise*.

Se miraron un instante más de la cuenta. El romance flotaba en el aire, evidente, sin necesidad de palabras.

Chandra se levantó de golpe.

—Venga, venga —dijo—. Aquí no nos ponemos intensos que se nos enfría la comia.

Rodeó la mesa y nos abrazó uno a uno. Cuando llegó a mí, me apretó fuerte.

—No me mires así, zagal —susurró—. Que no me voy a ninguna guerra.

Se me humedecieron los ojos.

—Gracias —le dije—. Por todo.

Ella se separó un poco y me dio un golpecito en la mejilla.

—Anda ya. Si nos vamos a ver más veces que el sol. El mundo es chico y nosotros mu' pesaos.

Reímos.

Johan se sentó a mi lado. Durante la cena estuvo especialmente atento. Me servía agua, me preguntaba si estaba bien, me tocaba el antebrazo con discreción.

—*You don't have to be* no tienes por que ser fuerte todo el rato —me dijo en voz baja—. También vale estar triste.

Asentí.

—*Thank you* gracias por estar Johan—respondí.

—*Always* siempre—me guiñó un ojo.

Friedrich se levantó al final y abrazó a su hermano.

—*I love you, you annoying peacock* te quiero, pesao —le dijo.

—Y yo a ti, oso bruto —respondió Johan.

Reímos.

La noche avanzó entre brindis, historias, planes futuros. Nos intercambiamos los contactos, las direcciones y hablamos de Goa, del norte, de volver, de no saber. Y estaba bien no saber. Al final, cuando nos levantamos, salimos a la orilla del lago. Nos quedamos un momento juntos en silencio, mirando al agua.

—Eh —dijo Johan—. Esto hay que inmortalizarlo, aunque luego digamos que no nos gustan las fotos.

Nos juntamos torpemente frente al lago, aún iluminado por las pequeñas luces de Diwali. Amaranta se colocó en medio, abrazando a Friedrich por la cintura; él fingió protestar, pero no se movió. Johan se inclinó un poco hacia mí, exagerando la pose, con esa

sonrisa suya medio teatral, medio sincera. Chandra se colocó a mi otro lado y apoyó la cabeza apenas sobre mi hombro.

—Venga, sonreíd… aunque sea de mentira —bromeó Johan.

La foto quedó hecha en un segundo. No la revisamos. No hacía falta. Sabíamos que esa imagen no iba de estética, sino de memoria. Una estampa sencilla de algo que había sido real.

Después, Chandra nos propuso acercarnos más al agua. En los *ghats*, varias personas encendían pequeñas velas y las dejaban flotar sobre el agua, como ofrendas silenciosas. Compramos unas pocas. Las llamas temblaban entre nuestros dedos.

—Es una *pooja* sencilla —explicó Chandra—. No hay que pedí na' grande. Solo agradecé… o perdoná.

Me agaché junto al borde del agua. Encendí mi vela con cuidado. Durante un tiempo incierto dudé. Luego lo supe.

—Esta es para Sofí —murmuré.

La dejé flotar despacio. La vela se alejó, pequeña pero firme, reflejándose en el lago oscuro. Sentí un nudo suave en el pecho, no de dolor, sino de presencia. Y entonces ella apareció, a mi lado, con el pelo suelto y una vela entre sus manos.

—Y esta para perdonar a Rahul —me susurró—. Para que pueda encontrar su felicidad.

Descendió hasta el agua y la empujó suavemente con las otras. Ya incorporada, me sonrió y juntando sus manos en postura de oración inclinó la cabeza antes de marcharse.

Nos quedamos unos segundos en silencio, viendo cómo las luces se alejaban, mezclándose unas con otras.

Cada cual tomó su camino. Abrazos tranquilos, promesas sin dramatismo, sonrisas cansadas. Chandra y yo regresamos juntos a nuestro hotel. El paseo fue silencioso, cómodo, saboreando nuestros últimos momentos juntos.

Antes de subir a la habitación, ella señaló las escaleras.

—¿Subimos un ratito a la azotea, miarma? Que el cielo hoy está pa’ mirarlo sin prisa.

Arriba, la noche era limpia. Pushkar dormía abajo y las estrellas parecían más cerca. Nos sentamos uno al lado del otro, apoyados en

el murete, hablando de cosas pequeñas, sin importancia… hasta que el silencio volvió a hacerse grande.

—Ecúxame una cosa, David —dijo entonces—. Pa’ lo que te queda de viaje… y pa’ la formación.

Asentí.

—Habrá momentos en los que quizá te sientas solo. A mí eso me pasó. Y no poco, ¿eh? —sonrió apenas—. Y no es que estés haciendo na' mal. Es que cuanto más consciente te vuelves, menos te anestesias con lo que antes te hacía sentir acompañao… vamos, que te pillas antes en tus propias mentiras.

Me quedé quieto, dejándola entrar.

—No intentes llenar esa soledá corriendo —continuó—. No la tapes, no la distraigas. Escúchala. Porque ahí… justo ahí… es donde empieza a hablá tu verdá.

El aire se volvió denso y amable a la vez.

—Y otra cosa —añadió, ahora con ese brillo suyo—. El amor, miarma, es mu’ listo. No tiene una sola forma. Se cambia de traje, se esconde, reaparece donde menos lo esperas. Si sabes mirá bien, verás amor por to's laos.

Bajé la mirada.

—Sigo enfadado con Rahul —confesé—. Y tengo miedo… de contarle a mi tía que soy gay. Con él hubiera sido más fácil.

Chandra no se sorprendió.

—Lo fácil no siempre es lo verdadero —dijo—. Y el enfao también enseña, aunque escueza. No te pelees con eso ahora.

Apoyó su mano sobre la mía un segundo.

—Acuérdate de esto, David.

Me miró con calma, sin solemnidad.

—Abraza la soledad.

Nos quedamos un segundo más mirándonos. Luego nos dimos un último abrazo. De esos que no aprietan fuerte, pero llenan el alma.

Chandra fue la primera en separarse. Me sostuvo por los hombros, me miró de arriba abajo y sonrió.

—Bueno… suficiente ya, zagal —dijo—. Que las despedidas largas se quedan pegás.

Se acomodó el sari con un gesto sencillo.

—Y además, si el mundo es chico… España lo es más. Graná y Madrid están cerquita.

—No lo dudes — sonreí—. Nos vemos.

Me quede solo y me sentí agradecido, incluso con pudor, por algo muy concreto: por haber decidido continuar. Por haber atravesado ese punto oscuro y seguir aquí. Pensarlo me estremeció. No como una victoria épica, sino como una constatación silenciosa. Seguía vivo.

Namaste, Pushkar, pensé. Gracias por no haber sido lo que esperaba. Gracias por haber sido lo que has sido. Respiré hondo. Estaba listo para lo que viniera.

OLORES HUMANOS



Estaba sentado en un pequeño restaurante de Paharganj, a escasos metros de la estación de trenes de New Delhi. Las mesas eran de metal, los manteles de plástico pegajoso y el ventilador del techo giraba con un ruido cansino, removiendo un aire espeso que olía a fritanga, sudor antiguo y polvo. A mi alrededor, mochileros con la mirada perdida esperaban su próximo tren mientras los camareros esquivaban cuerpos con platos humeantes en las manos.

Miré el reloj por enésima vez. Aún faltaban unas horas para salir hacia Bombay. Johan y Amaranta miraban sus teléfonos móviles conectados al wifi del lugar. Aproveché el momento como ellos, me puse los cascos y llamé a Merce.

—¿David? —contestó casi al primer tono—. Justo estaba pensando en ti.

Sonreí sin darme cuenta.

—Eso dices siempre —respondí—. ¿Cómo estás?

—Bien, hijo, bien… ¿y tú? ¿Dónde andas ahora?

—En Delhi otra vez. En Paharganj. Estoy esperando un tren para bajar hacia el sur.

—¿Ya te mueves de ahí arriba? Pensaba que finalmente no harías la formación de yoga…

—No, no —la corregí enseguida—. He estado este tiempo en calma en ese pueblo del que tanto te he hablado, pero ya toca hacer lo que vine a hacer.

—Ah, lo que viniste a hacer… —repitió despacio—. ¿Y tan mal fue lo que estuviste haciendo?

Dudé un segundo.

—Ha sido intenso —dije al fin—. Bonito, pero intenso. Además, en el norte empieza a refrescar bastante por las noches y… bueno, Goa es más cálido. Me apetece sol, mar, algo menos de ruido interno también.

Hubo un silencio breve, cargado de lectura entre líneas.

—Te noto distinto —dijo finalmente—. No sé… más bajo de energía, más serio, más maduro.

—Será el cambio de clima —intenté bromear—. Ya sabes que soy friolero y aquí ya no es como cuando llegué.

—David… —su tono se suavizó—. ¿Seguro que estás bien?

Aparté la vista hacia la calle, donde una vaca cruzaba tranquilamente entre motos y rickshaws.

—Estoy aprendiendo mucho —respondí, eligiendo bien las palabras—. India es así. Te desmonta y te vuelve a montar a su manera.

—Ajá… —ese "ajá" suyo que siempre venía cargado de intuición —. Bueno, tú cuídate. Abrígate por las noches si refresca y no hagas locuras con la comida, que luego pasa lo que pasa.

Sonreí de nuevo.

—Lo intento, Merce. De verdad.

—Vale, mi niño. Llámame cuando llegues y dame señales de vida. Y acuérdate de respirar, ¿eh? —añadió con ese tono suyo mitad tía, mitad madre—. Te mando un abrazo grande, grande.

—Otro para ti. Cuida a las chicas de la clase —dije.

—Siempre. Besitos, Davicín—. Colgué. Me quedé unos segundos mirando la pantalla apagada del móvil antes de guardarlo en el bolsillo.

La celebración de las luces había sido un buen momento para despedirme del pueblo que tanto había significado para mí. Pushkar, con su lago sagrado, sus rituales diarios y ese silencio que a veces gritaba más que Delhi, había sido un refugio y también un espejo. Frustrado por no poder tener a Rahul en mi vida y aún dolido por esa forma de desaparecer, mis amigos Johan y Amaranta se habían convertido en mi nuevo anclaje.

La India no tenía ninguna intención de tratarme con delicadeza, y quizás eso era exactamente lo que necesitaba.

Estar al lado de Rahul era estar bajo la influencia de un hechizo, pensé de pronto, y sacudí la cabeza como si así pudiera apartar el recuerdo. Tal vez por eso me venía bien que este país fuera tan brutal, tan excesivo, tan poco complaciente. No me dejaba recrearme en la nostalgia. No me dejaba idealizar. Me obligaba a seguir adelante.

El viaje fue una sucesión de estímulos difíciles de digerir. Las letrinas de los lugares donde paró nuestro taxi durante el trayecto a Delhi fueron una prueba de fe. Como tantas otras en India, olían a un ácido putrefacto de efluvios humanos y suciedad estancada. Una pasta espesa, de color indefinido, cubría el suelo como una advertencia silenciosa. No había escapatoria. Para poder hacer mis necesidades tuve que respirar aquello, aceptar que el asco también formaba parte del trayecto.

Salí con náuseas, los ojos llorosos y una carcajada nerviosa escapándoseme sin permiso.

—Bienvenido a la India profunda, David —me dije a mí mismo.

Horas después, en el tren, el vagón iba lleno. Familias enteras, mochilas, bolsas, niños dormidos sobre piernas ajenas. En un momento dado, un hombre de aspecto respetable, que viajaba con su mujer y dos hijos, cogió una bolsa de basura que habían ido acumulando durante el trayecto —botellas vacías, envoltorios de snacks, restos de comida— y, sin pensarlo dos veces, la lanzó por la ventana.

La bolsa voló unos segundos antes de desaparecer. Nadie dijo nada. Me quedé mirando el paisaje pasar con un nudo en el

estómago. Pensé en la falta de conciencia ambiental, en cómo la espiritualidad y el descuido podían convivir sin conflicto alguno.

Quizá lo que parecía desinterés era sólo otra manera de relacionarse con el entorno: una relación ignorante con la naturaleza, que pasaba desapercibida para muchas personas en India. No había recursos para gestionarla, ni forma de enfrentar su complejidad, ni nadie que se ocupara de ello. Aun así, me impactó.

Ya de noche, seguíamos sentados los tres juntos en nuestro vagón, Johan se tapó la nariz exageradamente y soltó:

— *Hey... this isn't body odor* …olle… esto no es olor corporal, esto es arma química.

Amaranta se rió con ganas.

—No manches, güey —dijo abanándose con la mano—. Esto no lo quita ni un sahumerio de los caros.

—*Not ten*… ni diez —añadió Johan—. Aquí se ha muerto algo… por dentro y por fuera.

—*Calm down*… relajaros —respondí entre risas—. Es parte de la experiencia sensorial completa.

—*Well, I don't want to repeat that experience.* Pues yo esa experiencia no la quiero repetir —insistió Johan—. En Europa esto sería delito ambiental —. Amaranta negó con la cabeza, divertida.

—*Listen*…escuchad, yo ya me resigné, ¿eh? —dijo Amaranta, encogiéndose de hombros—. Respiras poquito, así, leve…piensas en el mar, en una playita bonita, y ya. Además, luego lo cuentas y queda como aventura mística, bien intensa, ¿a poco no? — Los tres reímos.

Entre bromas, caras de asco y comentarios exagerados, el viaje se volvió más llevadero. Colocamos nuestras literas extendidas para descansar y pasar la noche. Se puso a llover y me puse los cascos. Sonó Within Temptation "Stand My Ground". El humor se había convertido en un salvavidas. Entre el hedor, el ruido y el cansancio, saber que no estaba solo lo cambiaba todo.

Quizá los olores humanos eran también eso: la prueba de que seguíamos vivos, de que aún podíamos reírnos incluso en medio de lo insoportable.

Y eso, pensé mientras el tren avanzaba hacia el sur, ya era una forma de sentir que me iba recuperando.

PALOLEM



Después de varios días de buses interminables y trenes que parecían no llegar nunca a su destino, atravesando ciudades gigantes como Bombay y paisajes que se deslizaban entre selva, pueblos y vías oxidadas, llegar a Goa fue como soltar una mochila invisible que llevábamos demasiado tiempo cargando. Los tres estábamos agotados, pero el aire… el aire allí era distinto.

Cuando el ricksaw nos dejó frente a la playa de Palolem nos quedamos quietos unos segundos. Arena clara, palmeras inclinadas hacia el mar, barcas de pescadores balanceándose suavemente y un océano tranquilo que parecía respirar despacio. El sonido de las olas era constante, hipnótico. Los tres nos quedamos observando la escena por varios minutos, como si fuera la primera vez que viéramos el mar.

— *I don't know about you…* no sé vosotros —dijo Johan rompiendo el silencio—, pero yo ya sané todos mis traumas con solo ver esto.

—¡Ay no, qué cosa tan bonita! —exclamó Amaranta llevándose la mano al pecho—. Esto parece de postal.

Sonreí. Yo pensaba exactamente lo mismo.

El Dreams of Palolem Beach Resort estaba justo en la línea de playa. Un conjunto de cabañas sencillas, separadas entre sí por vegetación tropical, lo bastante distantes como para tener intimidad cada quien en nuestra cabaña. Hamacas colgadas entre palmeras, caminos de arena iluminados por pequeñas luces, y un restaurante abierto al mar donde sonaba música suave al atardecer.

Desde mi terraza veía directamente la arena y, un poco más allá, otros pequeños hoteles, bares tranquilos con cojines en el suelo, puestos de ropa de lino, collares y tatuajes de henna. Aquel lugar invitaba a bajar el ritmo. Nadie parecía tener prisa. Todo olía a sal, a coco y a especias calientes que venían de las cocinas.

—*Look*… mirad—dije dejando la mochila en mi cabaña—, ¿os dais cuenta de que cada quien tiene su propia caseta?

—*Thank goodness*… gracias a Dios—respondió Johan—. Yo necesito roncar en libertad.

—*Thak you*… gracias por avisar —soltó Amaranta—. Así ya sé en qué extremo del hotel NO dormir.

Nos reímos.

—*And we are on the sand*… Y estamos en la arena ¿Os dais cuenta de que si damos tres pasos estamos en el mar? — añadí alucinando de felicidad.

—*I don't plan on wearing shoes*…yo no pienso volver a usar zapatos en dos días —sentenció Johan—. Que quede claro.

—*Two days*… dos días dice el güey —respondió Amaranta—. Yo ya me veo viviendo aquí, vendiendo pulseritas y haciendo masajes, la neta.

Las risas eran constantes, estábamos eufóricos.

No tardamos nada en cambiarnos y salir directos al agua. El mar estaba templado, acogedor. Entramos riendo, salpicándonos como niños. Johan nadaba más lejos, fuerte y seguro. Amaranta flotaba boca arriba con los ojos cerrados.

—¡David! —me gritó Johan—. ¡Haz una foto, que esta luz es brutal!

—*Later…* Luego —le contesté —. Ahora estoy ocupado no pensando en nada.

Y era verdad. Tras los días de viaje y lo vivido con Rahul, mi cabeza a ratos estaba en modo disfrute.

La tarde pasó entre baños, paseos por la orilla y cocos recién abiertos que le compramos a un hombre mayor que los cortaba con un machete. Pequeños cangrejos corrían de lado a lado dejando dibujos en la arena y varias vacas paseaban tranquilamente entre turistas, tumbándose a la sombra como si aquello fuera su resort privado.

—*Look at that cow…* miren esa vaca —dijo Amaranta—. Más relajada que nosotros.

—*That cow*…esa vaca ya entendió la vida —añadió Johan—. Come, duerme y no se cuestiona nada.

Me hice una foto bajo una palmera con una de ellas detrás, complétamente estirada. Sonreía de verdad. Se la mandé a mi tía Merce.

Aquí sobreviviendo al calor con una vaca tomando el sol. Creo que le falta echarse protector solar. Goa es otro mundo.

Guardé el móvil y un nudo suave se me apretó en el pecho. Recordé a Rahul. En cómo habría disfrutado este lugar con él. En lo fácil que había sido sentir con él y lo complicado que ahora se me hacía no pensar en él de vez en cuando.

Por la noche cenamos *masala dosa* con los pies hundidos en la arena. Mientras cenábamos con los pies hundidos en la arena, el mar sonaba de fondo. Una chica se sentó cerca de la barra del restaurante con una guitarra. No anunció nada. Empezó a tocar suave, casi como si cantara para sí misma.

Tardé unos segundos en reconocer la melodía. Era *This Is the Life*, de Amy Macdonald, pero en una versión más lenta, más desnuda. La voz era cálida, sin artificio, y la letra flotaba entre el sonido del mar y las conversaciones bajas.

Nadie dejó de hablar del todo, pero algo se aflojó. Johan movía la cabeza al son del ritmo. Amaranta sonreía sin darse cuenta. Yo sentí

el cuerpo cansado, salado, presente. Durante la cena no pensé en lo que venía después.

La canción me ayudó. Aquello era la vida. Sin más.

—¡Wow! —dije tras los aplausos que se dieron al final de la canción—. Que buena estaba la cena, Creo que el *Masala Dosa* es mi nuevo plato favorito..

—*Completely* —respondió Johan—. Yo pensé que a estas alturas estaría soñando con hamburguesas, pero la comida aquí es siempre sabrosa.

—*Well not* —dijo Amaranta—. Con lo rico que está todo aquí… ni quién se acuerde. Estas especias están de locos.

—*And think* … y pensar que en la formación la comida va a ser estrictamente vegetariana —añadí.

—*If it's that tasty… s*i es así de sabrosa, que me encierren un mes —dijo Johan riéndose.

—*On Saturday*… el sábado, digo, pasado mañana, empieza lo serio —añadió Amaranta—. Yoga, disciplina, madrugones… cero desmadres.

—*That's why we must* … por eso deberíamos aprovechar estos días —dije—. Luego no habrá tiempo para nada.

Al día siguiente repetimos la fórmula: risas, fotos, largos baños, caminar hasta el extremo de la playa donde estaban las barcas de pescadores, sentarnos a tomar un coco viendo el atardecer. Johan estaba especialmente pendiente de mí. Me miraba mucho, se sentaba a mi lado, me tocaba el hombro al hablar. Yo lo notaba… y me inquietaba.

Nunca antes me había pasado que un chico se interesara por mí de esa manera. No así.

—Oye —me dijo Amaranta cuando Johan se fue a pedir que nos abrieran los cocos para comerlos—, ¿tú te das cuenta de cómo te mira?

Suspiré.

—Sí… y me pone nervioso—.

—¿Nervioso?¿Por qué? —.

—Porque para mí es como un hermano. Y porque… —me quedé callado un segundo— nunca me había pasado esto antes.

—Normal entonces güerito —dijo ella con suavidad—. Pero tranquilo, no pasa nada. Nomás no lo confundas.

Asentí. Me gustaba gustarle, pero no de esa forma. Y, aun así, mi cabeza seguía yéndose a Rahul. A su silencio. A lo que había despertado en mí sin yo haberlo buscado.

Esa tarde, reposando a solas en mi cabaña, escuchaba la melodía del hang drum de Johan desde mi cama, sentí calma y una inquietud nueva que no sabía bien cómo nombrar. Palolem era un paréntesis perfecto.

El inicio del curso estaba cerca, y algo dentro de mí sabía que, después de estos días, ya no sería exactamente el mismo.

Tras la cena me fui a caminar solo por la playa. Necesitaba intimidad. La arena estaba todavía tibia y el agua me mojaba los pies con cada pequeña ola. A lo largo de la orilla, los restaurantes se iluminaban con farolillos de colores y velas sobre las mesas bajas. Había música suave, conversaciones y risas lejanas. Todo tenía ese aire indio playero que no sabía explicar bien, como si el tiempo se hubiera detenido.

Caminaba despacio, mirando mis huellas desaparecer con el agua, cuando sentí algo familiar. No miedo. No sorpresa. Más bien una calma extraña.

—¿Otra vez dándole vueltas a todo, no? —escuché.

Me detuve.

Sofí estaba sentada en la arena, con un vestido claro que se movía con la brisa. Descalza. Sonriendo como siempre. Como si nunca se hubiera ido.

—Hola —dije en voz baja—. Pensé que hoy no vendrías.

—¿Y perderme Goa? ni loca —respondió—. Además, estás hecho un lío otra vez.

Me senté a su lado. Las olas nos mojaban los pies a los dos.

—Johan… —empecé—. Me mira, se me acerca… y yo no sé qué hacer. Para mí es como un hermano. Y a la vez me descoloca que un chico se interese por mí así. Nunca me había pasado.

—Normal —dijo encogiéndose de hombros—. Eres guapo, sensible y estás medio iluminado por el yoga. Combo peligroso.

Sonreí sin ganas.

—No quiero hacerle daño. Pero tampoco quiero liarme con nada ahora. Rahul aún es una cicatriz sin cerrarse del todo y mañana empieza la formación… es importante para mí. Te la prometí.

Su expresión se volvió más seria.

—Y la vas a hacer. Ya estás aquí, David.

Luego volvió a sonreír, con ese brillo pícaro tan suyo.

—Aunque oye… también podrías decirle la verdad. Algo como: "Oye, gracias por acercarte, me halaga un montón, pero ahora mismo no es mi momento".

—Eso suena muy maduro —dije.

—Lo sé. Me sorprende hasta a mí.

Nos reímos un poco.

—¿Y si … sí es mi momento y no lo sé? —pregunté en voz baja.

Sofí levantó una ceja.

—Ajá… ahí está la pregunta interesante.

—No, en serio —añadí —. Quiero centrarme en mí. En el yoga. En entenderme.

—¿Y quién dijo que eso sea incompatible con sentir cosas? —me respondió—. A ver, no te estoy diciendo que te cases ni que montes un drama. Pero a veces aprender también pasa por relacionarse.

Me quedé mirando el mar.

—Con Rahul fue distinto —dije—. No lo busqué. Pasó. Y me removió todo.

—Claro que sí —dijo más suave—. Porque te viste. Y eso asusta.

Guardamos silencio unos segundos.

—No te tomes todo tan en serio —añadió dándome un pequeño empujón con el hombro—. No tienes que resolver tu vida en Goa. Ni con Johan, ni con nadie. Solo estar. Escuchar. Sentir.

—Siempre dices lo mismo.

—Y siempre me haces caso a medias —sonrió—. Que también está bien.

Miré las luces de los farolillos reflejadas en el agua.

—Mañana empiezo la formación —dije—. De verdad.

—Lo sé —respondió—. Y estoy orgullosa de ti. Mucho.

Se levantó, sacudiéndose la arena de las manos.

—Anda, vuelve al hotel. Mañana madrugas, yogui.

—Gracias por venir —le dije.

—Para eso estoy —respondió guiñándome un ojo—. Y oye… pase lo que pase con Johan, contigo o con quien sea, no te olvides de disfrutar un poco, ¿sí? Que la vida no es solo trabajo interior.

Y, como siempre, desapareció sin ruido.

Me quedé un rato más caminando y una nueva ola me salpicó de nuevo los pies. Sentí el corazón un poco más ligero. Más tarde, ya en la cabaña, con la piel todavía salada, miré el móvil casi por inercia. Lo había dejado allí durante el día para andar más ligero entre el agua y la arena. Ttenía un mensaje de Merce.

He visto la foto de la playa.

Tienes cara de cansado feliz.

Aquí todo sigue igual: yoga, las chicas y yo que todavía no me aclaro con la esterilla nueva.

Tú respira. Lo demás ya se irá colocando.

Un beso grande, Davicín.

Sonreí sin darme cuenta. No porque todo estuviera bien, sino porque alguien lo intuía sin que yo tuviera que explicarlo. Respondí con pocas palabras.

Estoy bien. De verdad. Te mando el mar.

Apagué el móvil y lo dejé boca abajo. El sonido de las olas ocupó el espacio que antes llenaban los pensamientos. Me tumbé sin prisa. El cuerpo sabía que, por esa noche, se había ganado el descanso.

SAPOORNA YOGA



Palolem nos tenía complétamente atrapados. Habíamos entrado sin darnos cuenta en ese modo playero y disfrutón en el que los días se parecen unos a otros, pero no importaba. Despertarse sin prisas, desayunar tarde, bañarse una y otra vez en el mar, dejar que el sol se secara en la piel mientras las conversaciones iban y venían sin demasiado peso. Estábamos bien. Muy bien.

Así que finalmente ir a Agonda no se sintió como un gran cambio, sino como seguir estirando ese mismo plan unos kilómetros más allá. Otra playa, otro lugar donde seguir dejándose llevar.

A mí, en el fondo, me venía perfecto. Mientras el cuerpo estuviese ocupado —mar, calor, sal, risas— la cabeza se mantenía bastante a raya. No necesitaba resolver nada aún, lo pendiente con Johan ya encontraría su momento. Tan solo tenía que estar haciendo lo que tocaba. Seguir ahí, distraído, presente.

Aquella mañana recogimos las mochilas sin ninguna ceremonia especial. Amaranta estaba de buen humor, canturreando algo que no reconocí mientras se recogía el pelo, como si todo le pareciera una excusa válida para celebrar. Johan estaba relajado, incluso más

hablador que otros días. Seguía buscándome con la mirada, con el roce, o eso me pareció. Yo me movía ligero, sin querer seguirle el juego. No era incomodidad; era costumbre. La de callar.

Decidimos ir a Agonda en rickshaw. El trayecto era corto y nos parecía parte de la aventura. El *rickshaw* apareció envuelto en polvo rojo, con ese traqueteo inconfundible que siempre da la sensación de que el motor va a desmontarse en cualquier momento, pero nunca lo hace. Olía a gasolina y a humo caliente.

Subimos los tres atrás, apretados entre mochilas, con el aire templado dándonos de frente mientras el motor rugía. Palolem fue quedándose atrás entre palmeras, puestos de fruta y vacas tumbadas a la sombra. La carretera serpenteaba entre verde intenso y tierra roja. Miraba el paisaje sin pensar demasiado, dejando que el movimiento hiciera su trabajo.

Agonda apareció más abierta, más silenciosa. Una playa larga, amplia, con menos gente. El mar parecía tener más espacio para respirar. Sapoorna Yoga estaba algo alejado de la zona de arena, un poco más hacia dentro, rodeada de vegetación y conectada por caminos de tierra.La entrada era sencilla: madera, una campana colgando, el nombre tallado sin adornos. Nada espectacular. Nada que intentara impresionar. Y eso me gustó.

Nos asignaron las habitaciones y dejamos las mochilas casi sin mirarlas. El cuerpo pedía agua, así que bajamos directos a la playa. Caminamos un rato por la orilla antes de meternos al mar.

Nadamos, flotamos, nos dejamos llevar. El agua estaba templada, envolvente. Me quedé un rato boca arriba, mirando el cielo, sintiendo cómo el cuerpo se acomodaba solo, sin instrucciones.

Al salir, ya con el sol alto, comimos en el comedor de Sapoorna. Todo era sencillo: comida vegetariana, bien hecha, sin adornos. El servicio de cocina se movía con una calma casi contagiosa. Nadie parecía tener prisa por acabar ni por levantarse, aunque cada vez el grupo de personas se iba notando más grande y empezamos a conocernos.

Después me tumbé un rato en una hamaca, con el cuerpo todavía pesado por el mar. Saqué el móvil, me saqué una foto y se la mandé a mí tía Merce:

Ya estoy instalado en el sitio de la formación. Esto es precioso, parece el jardín del Edén. Todo muy tranquilo. Sofí aquí estaría encantada. Ya te contaré más. Un beso.

No tardó demasiado en contestarme:

¡Pero bueno, Davicín!
¿Eso es un retiro de yoga o un anuncio de colonia cara?
Estás tan tranquilo que hasta me relaja verte.
Si Sofí estuviera ahí ya te habría robado la hamaca y estaría diciendo que no se mueve "porque se ha puesto a hacer nada y es un no parar".
Me quedo más tranquila sabiéndote ya allí.
Disfruta, come bien, descansa y no hagas el cabra más de la cuenta.
Te quiero mucho, Davicín. ¡Mua, mua, mua!

Por la tarde nos reunieron para la presentación. La sala era amplia, abierta a la naturaleza, y estaba preparada con esterillas colocadas en círculo. Éramos unas veinte personas. Conté casi sin darme cuenta, sin importancia aparente: Johan y yo éramos los únicos hombres. El resto, mujeres de distintas edades y procedencias. El ambiente olía a ganas, a ilusión, a curiosidad.

Entró el equipo formador. Dos profesores indios, de cuerpos fuertes y presencia firme. Rasgos hindúes marcados, barbas cuidadas, una forma de estar sólida, tranquila, varonil sin dureza. Algo en ellos me llamó la atención, aunque no me detuve demasiado en identificarlo.

Las profesoras entraron después. Una francesa, rubia, de ojos verdes muy claros, voz suave pero segura. Y Beatriz, morena, ojos grandes y expresivos, cuerpo fino. Se movía con naturalidad, como si aquel espacio le perteneciera sin necesidad de demostrarlo.

Durante la presentación hablaron del yoga como una tradición de más de cinco mil años. De cómo se cree que hoy lo practican más de dos mil millones de personas en todo el mundo.

Uno de los profesores habló sobre la promesa que encierra el yoga: la libertad de uno mismo y de la carga de la vida.

Beatriz continuó:

—*We are divinity in human form…* somos divinidad en forma humana. Tenemos dentro la plenitud, la integridad, la abundancia. No es algo que tengamos que buscar fuera. El yoga comienza ahí —dijo— con la paciencia y el entendimiento. En aceptar la vida como un todo, con su bien y con su mal.

Con esa frase me removí en la esterilla. No fue incómodo, pero sí claro. Como si alguien hubiera tocado un punto sensible sin apretar.

Respiré despacio y seguí escuchando.

—*Because, ultimately…* porque, en última instancia —añadió—, el yoga es el camino del autodescubrimiento.

Concluyeron la presentación recordando que lo más importante en la práctica espiritual es la comunidad. Personas trabajando individualmente juntas, ayudándose a mantenerse centradas y en la dirección correcta.

Cuando terminó, Beatriz se acercó a mí.

—¿Eres español, verdad?

—Sí.

—Yo también. Me llamo Bea, bueno ya lo sabes. — se rió de sí misma— Me saqué el título el pasado otoño en Bali… y parece que sigo en modo viajera desde entonces.

—¡Bali dices! Wow tiene que ser increíble!

—¡Totalmente recomendable, que te voy a contar!. ¿Y de qué zona de España eres?

—De Madrid Madrid, soy de la capital — añadí con seguridad.

—*Oh my God!* ¡Yo también! Parece que tenemos cosas en común — exclamó risueña.

Hablamos unos minutos. Era simpática, cercana, divertida. Sin dobleces. Durante la pequeña práctica de bienvenida confirmó lo evidente: era muy buena en asanas. Clara, precisa, presente.

Por la noche, después de cenar, Sofí se me presentó, en una de las zonas comunes donde estábamos un poco apartados.

—Bueno —dijo—, ahora sí. ¿Qué te ha parecido la presentación?

—Bien —respondí—. Tranquilo.

—¿Tranquilo bien o tranquilo raro?

Sonreí.

—Tranquilo bien… aunque ha habido una frase que me ha tocado un poco.

—¿Cuál?

—Eso de aceptar la vida entera. Con su bien y con su mal.

Sofí asintió despacio.

—Ahí está la trampa —dijo—. Y también el regalo. Pero no te fustigues.

—Intento no hacerlo —respondí—. Bueno… a veces.

—Pues acuérdate —añadió con media sonrisa—: somos seres espirituales que se tiran pedos que apestan. No quieras hacerlo todo perfecto, ni en la vida ni en la formación—. Reí, aliviado.

Sapoorna acababa de abrir la puerta. Yo, de momento, solo había entrado, eso sí, descalzo.

LA DISCIPLINA DEL SILENCIO



Los primeros días de la formación siguieron un ritmo preciso, casi inamovible, que pronto empezó a marcarlo todo. Nos despertábamos antes de que saliera el sol. Meditación en silencio, con el cuerpo todavía tibio del sueño y la mente intentando no adelantarse. Después, práctica de yoga, surya namaskar, asanas.... Desayuno sencillo. Estudio del yoga, filosofía, historia, algo de ayurveda... La comida llegaba tarde, cuando el hambre ya no era una idea sino algo que se sentía en el estómago. Por la tarde, otra práctica de asanas. Y al final del día, filosofía y cantos antes de la cena. Luego descansar. Y silencio.

Desde primera hora de la mañana hasta las comidas se pedía silencio absoluto, salvo urgencia real o dudas sobre los estudios. No hablar, ni comentar, ni compartir impresiones. Cada uno consigo mismo. Además, durante la formación no se permitían los móviles. Solo podían usarse en los tiempos libres y en la intimidad, para no

distraerse ni irrumpir en el proceso de los demás. No era algo rígido, pero sí claro. La idea era sencilla: cuanto menos fuera, más dentro.

Al principio no me resultó difícil. Incluso me sentí cómodo con esa estructura. El cuerpo tenía tareas claras, la mente seguía instrucciones. Había algo casi tranquilizador en no tener que decidir nada. Simplemente levantarse, moverse, respirar, comer, volver a moverse.

El silencio, durante los primeros días, parecía descanso. Pero poco a poco dejó de serlo.

En las meditaciones de la mañana la mente no se aquietaba. No era un desorden de pensamientos, sino una repetición insistente de sensaciones. El pecho algo apretaba, el estómago se revolvía sin motivo y las respiraciones a veces se bloqueaban. No aparecían recuerdos definidos ni escenas completas, solo una presencia incómoda que no sabía nombrar.

Sin hablar, sin móvil, sin música, no había nada que amortiguara lo que empezaba a asomar.

En las prácticas de yoga el cuerpo reaccionaba con más intensidad. Bea guiaba con una calma firme, muy precisa. Me sentía bien con ella. No me exigía más de lo necesario, pero tampoco me dejaba desaparecer. Su forma de corregir era clara, respetuosa, sin invadir. Con ella todo parecía estar en su sitio, pero no ocurrió lo mismo con uno de los profesores indios.

Fue durante una práctica de asanas por la tarde. La *shala* estaba en silencio, solo el sonido de la respiración colectiva y algún pájaro colándose desde fuera. Estaba sosteniendo una postura cuando lo percibí acercarse por detrás, incluso antes de que me tocara.

El olor llegó primero. Incienso, mezclado con sudor, con calor. Denso. Familiar.

El cuerpo reaccionó antes de que pudiera pensar nada. Un escalofrió fugaz por todo mi cuerpo. Rahul apareció sin aparecer. No como imagen ni como recuerdo concreto, sino como una sensación conocida, íntima, demasiado cercana.

El profesor apoyó las manos en mi espalda para ajustar la postura. Eran manos firmes, seguras, profesionales. No había nada

fuera de lugar en el gesto, pero el cuerpo no distinguía matices. La respiración se me desordenó.

El olor era el mismo. Ese fondo de incienso dulce mezclado con piel caliente, con algo que no supe separar. El contacto, la cercanía, el peso justo de las manos… todo encajaba demasiado bien con una memoria que no estaba preparada para despertarse.

Sentí tensión y una excitación breve, involuntaria, que me recorrió el vientre como una descarga eléctrica. El corazón se aceleró, la garganta se cerró. Me quedé rígido, intentando que nada se notara. Como si el verdadero error no fuera sentir, sino dejar que alguien pudiera darse cuenta. Como tantas veces lo había hecho inconscientemente a lo largo de mi vida.

No era él. Lo sabía. Pero el cuerpo no.

El profesor corrigió la postura con naturalidad y se alejó. Para él no había pasado nada. Para mí, el mundo se había desplazado un poco, lo justo para no volver a colocarse del todo.

Terminé la práctica como pude. Salí de la *shala* con el pulso aún alto, el cuerpo confuso. No podía hablar con nadie. No debía. Tampoco quería. No había palabras que encajaran con lo que acababa de sentir.

Me senté solo un rato, respirando despacio, dejando que el cuerpo se calmara poco a poco. Estaba solo, sosteniéndome como podía. Ahí entendí que la disciplina no estaba pensada para tranquilizarme, estaba allí para quitarme apoyos.

En la comida, Johan se sentó frente a mí. Me miraba con atención, como si notara lo que me había pasado. Hablamos de cosas triviales, pero su presencia era más insistente que otros días, más pendiente de mí.

—*Then, if you like…* luego, si quieres, damos un paseo —me dijo —. Te vendrá bien despejarte.

Asentí sin comprometerme. Agradecía el gesto, de verdad, pero algo en mí se replegaba cada vez que intentaba acercarse. No era rechazo. Era falta de experiencia. La torpeza de quien no ha tenido demasiados espacios seguros para ensayar el acercamiento sin miedo.

Durante los días siguientes, Johan siguió ahí. Atento, disponible, intentando cuidarme a su manera. Me ofrecía distracción, contacto, conversación. Yo aceptaba a medias, sin aclarar nada pues, todavía no era el momento. Sentía que, si abría esa conversación ahora, en medio de la disciplina y el silencio, el ambiente se enrarecería aún más.

La tarde terminaba siempre con filosofía y cantos. Me sentaba, escuchaba, respiraba. Las iluminaciones al parecer, les llegarían a otros. Yo me sentía cansado, removido y, a ratos, más presente de lo que me habría gustado.

Al final de una de esas sesiones, Bea pasó cerca, me miró un instante y sonrió. No dijo nada. No hizo falta. Su presencia seguía siendo un apoyo silencioso, sin promesas ni expectativas.

La disciplina no me estaba enseñando nada nuevo, me estaba obligando a quedarme conmigo mismo, sin distracciones, sin atajos. Me obligaba a posicionarme para ser mi propio soporte.

Me fui a dormir agotado, con la sensación clara de que el fin de semana, cuando el ritmo aflojara, tendría que hablar con Johan para evitar malos entendidos. Y, aunque no sabía cómo, intuía que lo mejor sería ser honesto.

FLOTAR



El fin de semana llegó sin hacer ruido, como llegan las cosas importantes cuando uno está demasiado ocupado. El ritmo de la formación aflojaba lo justo para recordar que seguíamos en Goa, que el mar estaba ahí, y que sin horarios estrictos la vida parecía apretar un poco menos, aunque lo que ya se había removido no desapareciera por arte de magia.

Aquella mañana no hubo meditación al amanecer ni práctica estructurada. Me desperté más tarde, con el cuerpo todavía cansado, pero sin la urgencia del reloj interno marcando cada movimiento. El silencio ya no era obligatorio, aunque tampoco sentí ganas de llenarlo enseguida. Me quedé un rato tumbado, escuchando los sonidos del lugar: pasos lejanos, alguna risa aislada, el viento moviendo las palmeras.

Agonda parecía otra sin la disciplina encima. Más abierta. Más suave. Y, al mismo tiempo, más directa. Sin estructura, no había nada que contuviera del todo lo que se había ido acumulando durante la semana.

Después del desayuno bajé a la playa. La arena aún estaba fresca y el mar tranquilo, con ese vaivén constante que no promete nada, pero tampoco engaña. Me quité la camiseta y caminé hasta la orilla sin pensar. El agua estaba templada. Me metí despacio, dejando que el cuerpo encontrara su ritmo.

Nadé un rato y luego me dejé flotar boca arriba, mirando el cielo. Sin la disciplina, sin instrucciones, el cuerpo parecía soltarse solo, como si agradeciera esa pequeña tregua.

Fue entonces cuando vi a Johan acercarse desde lejos. Venía caminando despacio, como quien no quiere irrumpir, pero tampoco quedarse fuera. Se detuvo a unos metros, se quitó la camiseta y entró al agua a mí lado. Era guapo sin esfuerzo. Nadamos paralelos, sin decir nada. Notaba su cercanía, su cuerpo fuerte moviéndose con facilidad, la seguridad natural con la que ocupaba el espacio.

— *The sea suits you well*…te sienta bien el mar —dijo al cabo de un rato.

Le devolví una sonrisa breve, casi una mueca amable, sin ganas de abrir conversación. Él la aceptó sin insistir, aunque se acercó un poco más, lo justo para que su cuerpo rozara el mío al flotar. Eso me gustaba y a la vez me molestaba. Me recordaba que tenía algo que aclarar y no era plato de gusto.

Salimos del agua casi al mismo tiempo y nos sentamos en la arena, todavía mojados. Johan se estiró boca arriba, dejando que el sol le diera de lleno. Tenía un cuerpo atractivo, sin duda: fuerte, proporcionado, con esa mezcla de calma y presencia que resultaba fácil de confundir con refugio. Yo me senté con las piernas recogidas, notando cómo, cada vez que se movía, buscaba inconscientemente un gesto de contacto: un hombro, un brazo...

Y yo, disimulando, me escabullía. Me recolocaba. Cambiaba de postura. Dejaba siempre un pequeño espacio entre los dos un tanto molesto por su insistencia.

— *I've noticed you're different*…he notado que estás distinto — dijo finalmente—. Pero yo también.

No sonó a reproche. Sonó a cuidado.

Respiré hondo. El mar delante ayudaba. No había paredes, ni *shala*, ni silencio impuesto. Solo espacio.

—*Yes, me too*… sí yo también—admití.

Se incorporó un poco para mirarme. Sus ojos del color del cielo se encontraron con los mios.

—*There is something wrong with me?* ¿Te pasa algo conmigo?

Durante un segundo pensé en esquivarlo. Era más fácil decir que estaba cansado, que la formación removía cosas, que no era nada concreto. Pero el cuerpo, igual que en la práctica, ya no quería sostener posturas que no eran reales.

—*Is not with you*… no es contigo —dije despacio—. Pero tiene que ver contigo.

Esperó. No me interrumpió.

—*I'm not available right now…* ahora mismo no estoy disponible para empezar nada. Ni para probar, ni para ver qué pasa. Eres atractivo, interesante y divertido —me atreví a decir—. Pero lo que siento por ti es como si fueras un hermano para mí. Y no quiero confundirme ni confundirte.

Johan bajó la mirada, removiendo la arena con los dedos.

—*I thought maybe*… pensé que quizá, si estaba ahí… —empezó, y se detuvo—. Que podrías fijarte en mí.

—*I know*… lo sé —dije con suavidad—. Lo he notado. Pero ahora mismo necesito espacio.

Levantó la vista y me sostuvo la mirada. Había algo de tristeza, pero también mucha madurez. La formación también estaba haciendo cambios en él.

—*Thank you for telling me that*… gracias por decírmelo así —respondió—. Prefiero esto a quedarme interpretando señales.

Asentí. Sentí alivio. Y también una pequeña culpa, inevitable.

—*I don't want to lose you*… no quiero perderte —añadí—. Solo necesito que esto esté claro.

Sonrió, despacio.

—*I'm here*… estoy aquí —dijo—. Pero sin forzar.

Nos quedamos un rato más en silencio, mirando el mar. No fue incómodo, fue verdadero.

Volvimos a Sapoorna con el cuerpo algo más ligero y la mente menos enredada. Las cosas seguían algo removidas, pero al menos habíamos dejado de tensar aquello que ya pedía soltarse.

Por la tarde me crucé con Beatriz cerca de la *shala*. Estaba limpiando unas esterillas, arrodillada, con el pelo recogido en un moño desordenado.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó sin dejar de frotar.

—Intenso, pero sin sudar tanto —respondí.

Se rió.

—Eso no cuenta como descanso en yoga, ¿eh?

—Me lo imaginaba —dije—. Seguro que hay un *sutra* que lo desmiente.

—Varios —contestó—. Pero hoy no los voy a citar.

Me guiñó un ojo y siguió a lo suyo. Esa ligereza, ese no hacer de todo algo trascendental, me sentó bien.

Esa noche, al acostarme, sentí el cansancio en el cuerpo, pero también una especie de espacio nuevo. No había arreglado nada. No había llegado a ninguna conclusión brillante. Pero algo se había recolocado lo suficiente como para notarme más ligero. El mar había hecho lo suyo y la disciplina, aunque ahora descansara, seguía trabajando por dentro.

FLORES BLANCAS



La meditación de aquella mañana fue distinta desde antes de empezar. No hubo pautas ni guia, solo una pequeña explicación.

—*Today…*hoy vais a meditar sobre un momento difícil que hayáis vivido —indicó uno de los profesores —. Puede ser reciente o de hace tiempo, no importa. Pero solo uno —aclaró—. Y durante la meditación vais a estar conscientes del cuerpo y en sus sensaciones. Traer cada sonido, cada olor y cada sensación de vuestro recuerdo a la viveza del cuerpo presente. Sin moverlo, solo respirando

Mientras tanto, lentamente, Beatriz y la profesora francesa, fueron colocando flores blancas en el centro de la sala y unas velas. No eran muchas, pero ocupaban todo. Dispuestas en círculo, abiertas, con ese blanco que no es frío, sino lleno. El tipo de blanco que no deslumbra, sino que envuelve. El aire se impregnó de un aroma delicado, ligeramente dulce, casi imperceptible… y, sin embargo, imposible de ignorar.

Nos sentamos en las esterillas alrededor de las flores, nos acomodamos y cerramos los ojos. Una ligera campana marcó el inicio y el cuerpo reaccionó antes que la mente. Un leve

encogimiento en el pecho. La respiración se volvió más corta, menos profunda. Los hombros descendieron, como si algo invisible tirara de ellos hacia abajo. Las manos, apoyadas sobre los muslos, comenzaron a sudar. No era el calor. Era memoria.

Sentí cómo la espalda se acomodaba sola, sin correcciones. El peso del cuerpo cayó hacia la tierra con una rendición suave, no forzada. A mi alrededor, otros cuerpos hacían lo mismo: pequeños movimientos, cambios mínimos de postura, respiraciones que buscaban sitio. Nadie hablaba, pero la *shala* estaba llena de una actividad silenciosa, como si algo hubiera empezado a latir al unísono.

El silencio se cerró como una cúpula. Lo luminoso se transformó en piedra. El olor, en tierra húmeda. Y el presente se abrió sin resistencia.

El cementerio estaba lleno. Demasiado lleno para una despedida que no debía haber llegado tan pronto.

Había gente por todas partes: vecinos del barrio, amistades de distintas etapas, compañeros del instituto, de la universidad, conocidos que yo no sabía de dónde salían pero que habían sentido la necesidad de estar allí. Todos estaban. Excepto él. El padre de Sofí no vino. No supe entonces —ni supe después— qué había pasado entre Merce y él, pero su ausencia se sentía con la misma fuerza que todas las presencias juntas. Algunos de pie, otros apoyados contra los muros, otros simplemente en silencio, mirando al suelo, como si el suelo pudiera sostener lo que los cuerpos no sabían cómo cargar.

El aire estaba frío, pero quieto en el cementerio de Carabanchel. No corría viento.

El murmullo era constante, bajo, irregular. No había llantos exagerados, solo ese sonido contenido de muchas personas respirando juntas, intentando no romperse del todo. Un sonido hecho de carraspeos, de pasos lentos sobre la grava, de pañuelos doblándose en las manos. Sofí habría hecho un comentario sarcástico sobre aquello. Seguro.

Yo permanecía inmóvil, con el cuerpo rígido, las manos entrelazadas con demasiada fuerza. Las uñas presionaban la piel. No dolía. Era una forma de anclarme. Los pies parecían clavados al suelo, como si moverme fuera a desatar algo irreversible.

Ella no estaba. Y, sin embargo, lo ocupaba todo. Las flores blancas rodeaban el féretro. Muchas. Demasiadas. Rosas blancas. Sus preferidas.

Vi coronas con nombres de médicos, del hospital, de compañeros de trabajo, de asociaciones. *Vivir*. Le habían dedicado una especialmente grande. Aquella palabra me golpeó sin violencia, pero con peso. *Vivir*.

Cuando la gente comenzó a marcharse, el espacio se fue vaciando poco a poco. El ruido disminuyó. El aire se volvió más frío, más hueco. El tiempo pareció alargarse de forma extraña, como si nadie tuviera prisa por abandonar del todo ese lugar.

Al final, solo quedamos Merce y yo. El silencio entonces fue otro. No incómodo, sino definitivo.

Nos acercamos despacio. A un lado, los nichos de mis padres. Entre ellos, el de mi hermano. Una línea invisible que unía todas esas ausencias. El mármol devolvía el frío a través de la ropa. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

Merce respiró hondo. Yo no pude.

—Tu madre y yo compartimos el embarazo —dijo de pronto, sin mirarme—. Nos acompañamos juntas a todo. Ella decía que no tenía miedo porque yo estaba allí.

Su voz era firme, pero el cuerpo no mentía: los hombros ligeramente caídos, las manos juntas, como buscando calor.

La escuché con el cuerpo entero. El cuello tenso. La mandíbula apretada. Como si mi estructura necesitara proteger algo frágil.

—Cuando nació Sofí… —continuó—. Fue la primera vez que sentí algo así. Tenía miedo, sí, pero también… era la primera vez que sentía tanto amor y tanta felicidad. Como si el mundo, por una vez, estuviera bien hecho.

Guardó un silencio que pesó, pero no aplastó.

—Y a los meses naciste tú.

Me miró entonces. Los ojos húmedos, pero firmes.

—Y volví a sentir lo mismo.

Tragué saliva. El gesto fue automático, corporal. Sentí el pecho abrirse apenas un centímetro, lo justo para que entrara aire.

—Ahora… —añadió— ahora tan solo me quedas tú.

La frase no cayó como una carga. Cayó como un hecho.

Me apoyé en ella. O ella en mí. No sabría decirlo. Los cuerpos se buscaron sin ceremonia, sin palabras. El calor compartido fue suficiente.

La lápida brillaba limpia. Tallada con cuidado. Rodeada de rosas blancas. Leí las palabras grabadas que yo mismo elegí, como si fueran más grandes que el lenguaje:

Quiero vivir
Quiero vivir despierta
Ser una mecha encendida
de las que se apagan tarde.

Libre
Quiero vivir libre
Lejos de los reinos del tiempo
En la eternidad del instante.

Sueños
Deseo sueños muy vivos
Soñar despierta
Vivir en los sueños.

Amar
recoger la rosa llena de rocío
en la madrugada
día tras día

Morir
No todavía

Ahora
Viviré en el amor de mis sueños

El mármol estaba frío bajo mis dedos. Pero algo ardía dentro.

La campana sonó de nuevo. Regresé de golpe. La *shala* seguía allí. Las flores. Las velas. El silencio, espeso, también. Mi cuerpo había estado presente todo el rato en cada sensación que mi recuerdo me trajo.

Abrí los ojos y la vi. Sofí estaba sentada frente a mí. No como recuerdo. No como imagen rota. Estaba allí, sin grandes sonrisas. Me observaba. Como esperando a que yo dijera algo primero.

—Vaya —dijo al fin—. Veo que hoy no es un día cualquiera.

No me sobresalté. El cuerpo la reconoció sin miedo. Sentí una calma densa asentarse en el vientre.

—No —respondí—. Eso parece.

—Las flores blancas siempre te desmontan —añadió—. A mi me fascinaban las rosas blancas, lo sabes.

Asentí despacio.

—Pensé que no vendrías hoy.

—¿Y perderme una *pooja* con mi primo? —replicó—. Ni loca.

Se quedó callada un instante. Su mirada era limpia, sin ironía.

—Estás aprendiendo a quedarte —dijo—. Aunque a veces duela.

No respondí. No hacía falta.

La campana volvió a sonar. Más larga. Más profunda.

Sofí se levantó.

—Anda —dijo—. Vuelve. No te quedes a medio camino.

Y desapareció sin dramatismo, como hacen las cosas que ya no necesitan probar que existen.

La meditación terminó. Nadie se levantó de inmediato. Algunos alumnos tenían los ojos enrojecidos. Otros permanecían con la cabeza baja, respirando despacio, como si el cuerpo aún estuviera recalibrándose. Nos levantamos cada quien a su ritmo, en silencio, para respetar la intimidad. Ya en el camino hacia las habitaciones, el sol nos recibió sin solemnidad. Caliente. Presente. Amaranta fue la primera en hablar.

—Ay, virgencita de Guadalupe… —soltó, llevándose la mano al pecho—. Esto me removió pero bien.

Johan se pasó una mano por la cara. Dos chicas del grupo, que eran hermanas, se abrazaron saliendo de la *shala*. Sin decir nada, sin explicaciones.

—Neta, yo sí necesito aire… esto estuvo bien fuerte— continuó Amaranta.

Nos miró uno a uno.

—Oigan, ¿qué tal si este finde nos salimos tantito de aquí? Playa, caminar, lo que sea… pero sin experiencia profunda.

Nadie se opuso. Yo asentí sin pensarlo.

Las flores blancas seguían allí dentro, cumpliendo su función. Y yo entendí que las experiencias que nos marcan no se superan, se recuerdan. Se vuelven a pasar por el corazón una y otra vez, como una destilación lenta y necesaria, hasta que recordar no deja de doler… pero sí deja respirar y continuar.

AGUA Y SAL



El día empezó antes de que el sol terminara de decidirse. Aún había ese azul tibio en el cielo que no es noche ni mañana del todo, y el cuerpo se movía con una ligereza distinta, como si se tratara de un regalo en lugar de un esfuerzo.

Nos levantamos temprano, como nos lo había recomendado Bea. Una furgoneta vieja, con los asientos gastados y las ventanas abiertas, nos llevó por una carretera estrecha bordeada de palmeras. El aire entraba con olor a sal y vegetación húmeda. Amaranta iba sentada delante, hablando sin parar, como si el entusiasmo le saliera del pecho sin pasar por filtros.

—Ay, chamaquitos —decía—. Yo ya siento que hoy va a ser de esos días que se quedan tatuados, ¿eh? De los que luego una cuenta exagerando… pero porque sí pasó así de bonito.

Johan se reía desde atrás, con esa risa suya amplia, física. Yo miraba por la ventana, dejando que el traqueteo terminara de acomodarme por dentro.

Con nosotros iban dos chicas australianas que se habían sumado al plan la noche anterior, casi sin pensarlo. Eran hermanas: Lila y Maeve.

Lila, la mayor, tenía el pelo rubio oscuro, casi ceniza, siempre recogido en una coleta. Alta, de espalda ancha y brazos fuertes, se movía con una calma sólida, como alguien acostumbrado al mar y al viento. Hablaba poco, pero cuando lo hacía era directa, sin adornos. Sus ojos claros miraban de frente, sin rodeos.

Maeve, en cambio, era pura expresión. Más baja, la piel dorada por el sol y pecas en la nariz, llevaba el pelo rojizo suelto, indisciplinado. Reía con todo el cuerpo, exagerando gestos, invadiendo espacios sin pedir permiso. Tenía esa energía luminosa de quien todavía se sorprende por todo.

—First time doing this? —preguntó Maeve girándose hacia nosotros, con los ojos brillantes.

—Para mí sí —respondí—. Y creo que se me nota.

—*Relax* —dijo Lila—. Ellos lo saben antes que tú.

No entendí del todo la frase, pero me quedó flotando. Llegamos a la playa cuando el sol empezaba a subir. No era una playa turística: arena abierta, algunas barcas pequeñas, pescadores preparando redes. El mar estaba tranquilo, con ese verde azulado que no promete espectáculo, pero sí espacio.

Nos pusimos los chalecos y subimos a la lancha. El motor arrancó y el ruido cortó el silencio de la mañana. A medida que nos alejábamos de la costa, el cuerpo se iba ajustando al balanceo. Amaranta cerró los ojos, con una sonrisa tonta en la cara.

—Esto ya es terapia acuática premium —dijo—. Que me cobren luego, pero yo ya sané algo.

Nos reímos.

El guía levantó el brazo de repente y señaló hacia el horizonte. Al principio no vi nada, solo agua. Luego un movimiento, un destello gris, y después otro.

—*Look there…* mirar allí —dijo alguien.

Los vimos saltar: dos, tres, cuatro delfines cortando la superficie del mar con una precisión alegre, casi juguetona, como si el agua les perteneciera. El corazón me dio un vuelco seco. No fue una emoción desbordada, sino algo más limpio, una conexión con el momento.

—God… —susurró Maeve, llevándose la mano a la boca.

Nos lanzamos al agua uno a uno. El mar me envolvió de inmediato, templado, acogedor, y al sumergir la cabeza el sonido cambió por completo, volviéndose más denso, más lento, como si el tiempo también se hubiera hundido con nosotros.

Entonces los vi pasar cerca, muy cerca. Cuerpos fuertes, elegantes, rápidos. No huían ni se exhibían; nadaban con nosotros, no para nosotros. Sentí una risa subir desde el vientre, una risa muda, acuática. No había que demostrar nada, solo estar. Uno pasó a menos de un metro y giró apenas la cabeza, como si mirara. El corazón se me aceleró, pero el cuerpo no se tensó. Flotaba, literal y simbólicamente.

Johan apareció a mi lado, con los ojos abiertos como un niño. Señaló sin hablar. Nos miramos bajo el agua y reímos, torpes, descoordinados, antes de salir a la superficie al mismo tiempo.

—*This is insane…* —dijo, jadeando—. Esto no es real.

—Sí lo es —respondí—. Y justo por eso.

Nadamos un rato más y luego subimos de nuevo a la lancha, empapados, con el pelo pegado a la cara y el cuerpo vibrando. Nadie hablaba demasiado. No hacía falta. La electricidad recorría nuestros cuerpos sin pedir explicación.

De vuelta en la playa comimos algo sencillo pero sabroso: thali, samosas, fruta. Sentados en la arena, descalzos, con la ropa aún húmeda. El sol nos acariciaba como un masaje.

Amaranta estaba rebuscando algo en su mochila cuando el móvil vibró. Lo sacó, leyó la pantalla y se le iluminó la cara.

—Ay, no… —dijo—. Escuchen esto.

Se aclaró la garganta, exagerando el gesto, y empezó a leer en voz alta:

—"Xiquillos… ¿qué tal estáis, mis amores?"

Johan levantó la cabeza al instante. Yo también.

—"Yo ya he llegao a España. La feria de Pushkar fue preciosa… qué barbaridá. Muxo movimiento de gente, baile por to's laos, juegos, camellos, ruido, polvo… una locura bonita de las que se quean dentro."

Amaranta sonrió mientras seguía leyendo.

—"Y ahora ya estoy en casa, con mi madre, recolocándome despacito. En enero empiezo a trabajá: clases de yoga en un centro cultural y tambié dando inglé en una academia."

Johan soltó un suspiro.

—*She's amazing*… es increíble —murmuró.

Amaranta asintió y continuó:

—"Os mando un montón de besos. Y acordaos de una cosa, ¿eh? Si se os están moviendo cosas por dentro… no salgáis corriendo. Abrazadlas. Que ahí tambié hay verdá."

Hizo una pequeña pausa antes de la última línea.

—"El amor no se pierde, xiquillos. Está en toas partes… si sabéis mirá."

Bajó el móvil despacio.

—Ay… —dijo—. Esta mujer es un regalo.

Johan me miró de reojo, con una media sonrisa suave.

—*She knows*… ella sabe —dijo en voz baja.

Yo no contesté. Pero sentí cómo algo en el pecho se acomodaba mejor, como cuando una frase llega justo a tiempo y no hace ruido.

Maeve se levantó de golpe.

—*Yoga photos!* —anunció—. *At sunset. Mandatory.*

—Ay no… —protestó Amaranta—. Yo ya no tengo postura digna.

—You always have posture —respondió Lila, sonriendo apenas.

Por la tarde, mientras ellas se alejaban buscando el ángulo perfecto, Johan y yo nos quedamos sentados mirando el mar. El cansancio era agradable. El cuerpo, abierto.

—*Thanks for this* —dijo al cabo de un rato—. *I needed it.*

—Yo también.

Guardamos silencio unos segundos.

—Can I tell you something? puedo contarte algo—preguntó.

Asentí.

—When I realised I was gay… cuando me di cuenta de que era gay —empezó—, estaba aterrorizado. Pensé que algo en mí estaba mal, que había decepcionado a alguien, aunque no supiera a quién.

Se rió sin humor.

—The first person I told was… la primera persona a la que le conté que me había enrollado con un chico fue a mi hermano. Pensé que iba a reaccionar fatal.

—¿Y?

—Lo hizo. Durante como… diez minutos —sonrió—. Luego me abrazó y me dijo: "Okay. So what?" Y ahí se me cayó el mundo encima… pero para bien.

Lo escuché con el cuerpo inclinado hacia él, atento.

—Después fue más fácil con mis padres. No perfecto, pero simple.

Asentí despacio. Aquello me recordó a la propuesta que le sugerí a Rahul.

—¿Y no tuviste miedo?

—Mucho, pero por suerte no estaba solo. Tenía a Friedrich.

Inmediatamente pensé que Rahul me hubiera tenido a mí.

—Yo no era consciente hasta ahora —dije—. No me di cuenta. O no quise. Me negué sin saberlo, hasta que Rahul apareció y fue como si alguien encendiera todas las luces de golpe.

Johan me miró de verdad, atento.

—Eso debió de ser intenso.

—Lo fue. Difícil, pero necesario.

El viento movió la superficie del mar. Johan se pasó una mano por el pelo. Me llegó su olor, a sal, a limpio y a algo terroso.

—*I see you now…* ahora te veo —dijo —. De otra forma.

Sentí algo removerse en el pecho. Miré su cuerpo: la espalda ancha, los abdominales marcados, la piel tostada por el sol. Me resultó atractivo de una manera nueva, no urgente ni demandante, simplemente deseable.

—Hey —dijo sonriendo—. Look at that guy… mira a ese tío. El profe de yoga. Como vuelva a sonreírme así, me desmayo.

Solté una carcajada.

—Tiene unos brazos… —añadí—. Es atractivo.

—Friends can talk —dijo—. Los amigos también pueden hablar de tíos buenos.

Nos reímos juntos, ligeros, sin tensión. Y luego se hizo el silencio mientras mirábamos al mar, sin prisa. El sol empezaba a bajar y el cuerpo, todavía cansado del agua, agradecía no tener que hacer nada.

Johan se levantó de golpe y salió corriendo hacia las olas. Se lanzó al agua sin pensarlo y volvió riendo, con el pelo empapado, sacudiéndose como un perro feliz. Se dejó caer a mi lado, exagerando el gesto, y dejó que el agua resbalara por su pelo y cayera sobre mi vientre.

—Eh —protesté—. Estás frío.

—*Lie…* mentira —sonrió—. Está perfecta.

Volvió a moverse un poco más, a propósito, mojándome otra vez. Le empujé el hombro, riéndome, pero no me aparté. Al final se quedó quieto, con la cabeza apoyada en mi vientre, el cuerpo todavía húmedo, el calor del sol secándolo despacio.

Johan cerró los ojos. El mundo se redujo al sol, al rumor del mar, al peso tranquilo de su presencia. Y sin ser del todo consciente había empezado tararear una melodía, Agua y Sal, de Rosario. Estaba tocando con mi dedo las gotitas saladas de su rostro. Observando la silueta de su cara relajada. Sonriente. Hasta que cerré también mis ojos y volví a recordar a los delfines.

—¡Oigan! —gritó Amaranta desde más allá—. ¡No se hagan los pendejos, fotos ya o luego se arrepienten!

Abrí los ojos. Johan también. Nos miramos y sonreímos, sin decir nada.

Nos levantamos despacio. Johan pasó el brazo por mis hombros de forma natural. No lo retiré. Lo deje estar con comodidad.

Posamos torpemente en grupo y en individual. Risas. Viento. Equilibrios. Caídas.

Más tarde, ya de vuelta, envié una foto a mi tía Merce: todos haciendo una postura imposible, descoordinados, felices.

Hoy día libre, yoga con delfines incluidos. Creo que aprobarías este método.

La contestación fue instantánea:

Te veo radiante, de verdad.

Me estoy preparando para ir con las chicas a comer y luego al bingo, y esa foto seguro que me trae buena suerte.

Te quiero, Davicín. Mua, mua, mua.

Mientras caminábamos de regreso, sentí el cuerpo lleno. No eufórico, sino entero. Me di cuenta, en esa conversación con Johan, de lo bien que me hacía estar así, sin nudos ni anticipaciones. Era la primera vez que podía hablar de verdad con otro hombre que me entendía, y el cuerpo lo sabía. Sin defensas, ni cálculo ni sobre explicación. Con él empecé a aprender una forma que, durante mucho tiempo, no supe que también era posible para mí. Una forma de relación más limpia, más libre, menos atravesada por el miedo.

SOLEDAD ABRAZADA



El mar estaba en calma. No una calma inmóvil, sino esa respiración amplia que solo tiene el océano cuando decide ser amable. El cuerpo flotaba sin esfuerzo, sostenido por una temperatura exacta, ni fría ni cálida, como si el agua hubiera aprendido la medida justa para no incomodar. A mi alrededor, el azul se abría en todas direcciones, limpio, vibrante, casi transparente.

Sonreía, de esa forma libre cuando el cuerpo se adelanta a la mente. Los delfines nadaban cerca, describiendo círculos amplios, precisos, con una inteligencia juguetona que parecía saber más de mí de lo que yo sabía de mí mismo. Pasaban rozando, dejaban estelas de luz bajo el agua, y luego regresaban, curiosos, atentos, presentes.

Me sumergí con ellos. El sonido se volvió más grave, más profundo. El mundo exterior quedó suspendido. Solo existía el movimiento del agua, el vaivén del cuerpo, la certeza sencilla de estar allí, siendo parte de algo vivo.

Uno de ellos pasó tan cerca que sentí el desplazamiento del agua contra el pecho. Otro giró sobre sí mismo, como celebrando algo que

yo no alcanzaba a comprender, pero que me hacía reír. Había una alegría limpia en ese intercambio, una comunicación sin palabras, sin exigencias.

Floté boca arriba mientras el sol dibujaba reflejos móviles sobre la superficie. Respiré hondo.

Entonces algo cambió sin ser brusco. No hubo un quiebre claro. Fue más bien una retirada, una distancia que empezó a crecer sin aviso. Los delfines se alejaron unos metros y luego otros más. Seguían visibles, pero ya no regresaban. Nadé hacia ellos, confiado al principio, como quien sabe que será esperado.

El agua comenzó a pesar y el cuerpo dejó de avanzar. Cada brazada parecía encontrar resistencia, como si el mar se hubiera espesado de pronto. Miré alrededor y el cielo, antes abierto, se había cubierto de un gris denso, uniforme. El horizonte se desdibujó.

Volví a nadar, ahora con más intención y el ritmo se desordenó. El agua entró por la boca, salada, áspera. Me hizo toser y tragué aire con dificultad. Los delfines ya no estaban. Estaba solo.

El mar se volvió oscuro y las olas comenzaron a levantarse sin cadencia. No había un patrón que anticipar. El cuerpo subía y bajaba sin control, empujado, zarandeado. Sentí el ardor en la garganta, el pecho apretándose, los músculos tensándose en una lucha torpe.

Miré alrededor desesperadamente. Nadie.

La sensación no era solo de peligro físico. Era algo más hondo, como si, incluso antes de ahogarme, ya hubiera desaparecido. Como si no hubiera ojos capaces de verme, manos dispuestas a alcanzarme. Nadaba, gritaba por dentro, pero el mundo no respondía.

—¡Ayuda! —intenté decir, pero la palabra se disolvió en el agua.

Otra ola me cubrió la cara. El cuerpo reaccionó con violencia. El corazón golpeaba desbocado. El aire no llegaba.

—¡Ayuda! —grité, esta vez con voz rota—. ¡Ayuda!

El agua entró de golpe. El cielo se cerró por completo. El cuerpo empezó a hundirse.

—¡AYUDA! ¡AYUDA!

El grito salió entero, desesperado, desgarrando el silencio de la noche. Como si en ese grito estuviera todo lo que tantas veces había

callado.

La puerta se abrió de golpe.

—¡David!

El aire entró como un latigazo. El cuerpo se incorporó bruscamente. La garganta ardía. El pecho subía y bajaba sin control. Estaba empapado en sudor, las sábanas pegadas a la piel, el corazón golpeando con una violencia que parecía querer romper algo desde dentro.

La habitación estaba a oscuras. El sonido lejano del mar seguía allí, constante, ajeno.

Johan estaba en la puerta, despeinado, con el pelo rubio revuelto y los ojos abiertos de par en par.

—*Hey… hey*… —dijo acercándose—. *You're here. You're safe.* Estás aquí, a salvo.

No podía hablar. El cuerpo aún no había salido del todo del agua.

Desde el pasillo se oyeron voces. Pasos.

—*Everything it's OK*… está todo bien —dijo Johan sin girarse—. Solo fue una pesadilla. Ya está.

Esperó a que se marcharan. Cerró la puerta con cuidado. La habitación volvió a recogerse en un silencio espeso.

Se acercó despacio, sin invadir, como quien sabe que cualquier gesto brusco podría desatar de nuevo el temblor.

—¿Quieres que me quede? —preguntó.

Asentí. Apenas. Se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué viste?

Tragué saliva. El cuerpo seguía vibrando.

—El mar —dije—. Al principio era… precioso. Estaba con los delfines. Todo era fácil. Y luego… —me llevé una mano al pecho— luego desaparecieron. Nadaba, pero nadie me veía. Nadie venía. Era… —la voz se me quebró— una soledad aterradora.

Johan escuchó sin interrumpir. Asintió despacio, con el cuerpo entero, no solo con la cabeza.

—¿Me puedo tumbar? —preguntó señalando la cama—. ¿Puedo quedarme contigo?

—Sí.

Me hice a un lado. Johan se metió bajo la sábana con cuidado. Su cuerpo estaba caliente, firme. Se colocó detrás de mí y me rodeó con un brazo, atrayéndome sin prisa, sin palabras innecesarias.

El contacto fue inmediato y el temblor empezó a ceder poco a poco. Su pecho contra mi espalda. Su respiración profunda, regular, marcando un ritmo al que el mío comenzó a adaptarse. El peso de su cuerpo era real, tranquilizador.

Sentí su piel. El olor. Ese olor suyo, intenso y limpio, mezcla de sal, sudor y algo terroso. Un olor que anclaba. Mis músculos se fueron soltando y el terror se redujo a miedo. Luego el miedo empezó a retirarse como una marea que baja despacio.

Noté entonces todo lo demás. El calor compartido. El contacto inevitable de su cuerpo entero contra el mío. La humedad entre nosotros. La presión suave de su pelvis en mi cadera. El bulto de sus genitales, presente, sin intención. No podía dejar de notarlo una y otra vez y mi mente empezó a imaginar.

Una excitación leve atravesó el vientre. No era urgencia ni demanda. Era una respuesta corporal a sentirse a gusto, protegido, acompañado, sostenido. A existir para alguien sin que espere nada de ti. No me moví. Él tampoco.

—*You're not alone*… no estás solo—susurró—. No ahora.

Cerré los ojos. Dejé que esa frase descendiera hasta el pecho. El cuerpo se relajó aún más. La respiración se volvió lenta. La angustia se disolvió.

Permanecimos así un tiempo indefinido. El mundo reducido a ese contacto sencillo, esencial. Sin juicio ni intención, natural.

Entre sus brazos empecé a recordar su forma de estar desde el principio. A veces tranquila, a veces exagerada, casi teatral. Masculino en su presencia, suave en sus gestos. En el collar que me regaló sin motivo. En lo absurdo y maravilloso que fue bailar Bollywood junto a él, riéndonos sin vergüenza. En lo atento que siempre había sido, sin exigir nada.

Y entendí algo con claridad: no quería cruzar esa línea. No quería perder esto. Esta forma nueva, limpia, de estar con él, sin buscar nada más.

Me gustaba. Sí. Lo sentía en el cuerpo. Pero no quería convertirlo en algo que pudiera romperse.

Johan aflojó un poco el abrazo, sin soltarme del todo.

—Si necesitas espacio… —empezó a decir.

—No —respondí—. Así está bien.

Sonrió. Lo supe por la forma en que su cuerpo se relajó. El mio también lo hizo y el tiempo volvió a desvanecerse.

La campana sonó a lo lejos. Grave. Profunda. El aviso para la meditación de la mañana. La luz tenue entraba dando los buenos días por la ventana

Johan suspiró.

—*Discipline goes on*… la disciplina sigue —dijo en voz baja.

Me dio un beso en la cabeza y se separó despacio. Me miró un instante muy de cerca. Su mirada se me quedó grabada en las retinas.

—Gracias por venir—. Le dije.

Me sonrió y luego se separó. Se levantó y antes de salir, se giró.

—*We've got this*… podemos con esto.

—*Yes* —respondí—. Lo tenemos.

Cuando la puerta se cerró, me quedé sentado en la cama unos segundos. El cuerpo aún guardaba el calor del abrazo. El beso en la cabeza. La certeza de no haber estado solo. Me levanté y respiré hondo. La campana sonó, segunda llamada.

La formación continuaba. Quedaba poco para terminar. Y mientras me dirigía hacia la *shala*, comprendí algo sin necesidad de explicarlo: mi caminar era mío, solitario, nadie podía caminar por mi. Pero como me aconsejó Chandra, estaba abrazando la soledad. Y descubrí que, en ese caminar, no estaba solo. Me acompañaban personas bonitas, a las que yo también acompañaba al avanzar. Aprender a dejarme acompañar era parte del camino.

FUEGO



Aquella mañana la práctica no fluyó. Desde el principio sentí el cuerpo pesado, como si no hubiera terminado de despertar del todo. Me perdía en secuencias sencillas, llegaba tarde a los movimientos, olvidaba respiraciones que ya conocía de memoria.

Beatriz corrigió a varias personas, pasó cerca de mí, pero no se detuvo. No era rechazo, lo sabía, pero lo sentí así. Me frustré sin motivo claro. Me molestaba el sudor, el calor, el sonido de las esterillas moviéndose. Todo me sacaba de sitio.

Pensé en Rahul sin querer. Pensé en Johan y luego me reproché haber pensado en él. Pensé en Sofí y me sentí ridículo. Al terminar la práctica, nadie dijo nada especial. Cada cual recogió su esterilla y salió. Caminé solo hasta la habitación. No estaba triste. Tampoco en calma. Solo… apagado. Durante varias noches no dormí bien.

Pero aquella noche fue diferente. El mar ya no se veía pero respiraba al fondo, constante, paciente, con ese vaivén que no exige atención pero la sostiene. El fuego ya estaba encendido. No era grande, pero estaba vivo. Las llamas se movían con una alegría contenida, lanzando destellos anaranjados que iluminaban los

cuerpos a ratos, como si jugaran a revelar y ocultar. El aire olía a sal, a humo suave, a piel caliente. A fin de semana.

Desde lejos se empezó a escuchar el *hang drum*. El sonido no entraba por los oídos; entraba por el pecho. Grave, redondo, vibrante. Cada golpe parecía expandirse en el aire antes de desaparecer, como una respiración lenta que te hechiza a acompasarse. El ritmo era contundente pero sedante.

Éramos el grupo de la formación. No todos, pero sí los suficientes como para que la playa se sintiera habitada sin perder su misterio. Había nerviosismo, sí. La semana de los exámenes finales se acercaba y todos lo sabíamos. Aún quedaban días para estudiar, para repasar… pero esta era la última noche libre del fin de semana, y el cuerpo pedía otra cosa. Comunidad. Naturaleza. Fuego. Movimiento sin objetivo.

A cierta distancia me senté en la arena, cerca del fuego, dejando que el calor me alcanzara las piernas. Miré alrededor. Algunas chicas ya se habían metido en el agua, riendo bajo la luna, chapoteando sin cuidado. Otras bailaban cerca del fuego, cada una a su manera, sin coreografía ni pudor. Entonces lo vi.

Johan estaba de espaldas, sin camiseta, sentado frente al hang drum. El fuego le dibujaba la espalda con una luz dorada, viva, casi líquida. La piel brillaba como si absorbiera el resplandor y lo devolviera amplificado. Sus músculos se movían bajo esa luz con una naturalidad hipnótica: hombros que se abrían y cerraban, brazos que caían y subían siguiendo el ritmo, la espalda respondiendo al pulso de la música.

El pelo, suelto, ondeaba ligeramente cada vez que inclinaba la cabeza. Estaba completamente dentro del sonido. No tocaba para nadie. Tocaba con el instrumento, con la noche, con algo más grande que él. Y eso lo hacía terriblemente atractivo.

Sentí el cuerpo reaccionar antes que el pensamiento. Un calor suave en el vientre. Una atención afilada, casi devocional. Lo que sentía por él estaba creciendo, expandiéndose sin permiso, sin pedir claridad.

Maeve apareció bailando cerca del fuego, descalza, el pelo rojizo suelto, moviéndose como si el ritmo naciera en sus caderas.

Amaranta reía a carcajadas, girando sobre sí misma, exagerando gestos, libre. Lila observaba primero, apoyada en una pierna, hasta que poco a poco empezó a moverse también, con esa elegancia sólida suya, sin aspavientos.

El grupo vibraba. No había poses ni expectativas. Solo cuerpos celebrando estar vivos, juntos, sin tener que demostrar nada.

En un momento, Johan levantó la vista. No dejó de tocar. Sus ojos buscaron entre las sombras y me encontraron. Me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario. Luego me guiñó un ojo y sonrió. El estómago se me contrajo.

De golpe, el recuerdo de su cuerpo en contacto con el mío volvió con una claridad incómoda: la noche de la pesadilla, su calor detrás de mí, el peso tranquilizador de su brazo, su respiración marcando un ritmo al que yo me había rendido. Y también la excitación leve, inevitable, que había aparecido sin intención ni culpa. Me sentí hecho un lío.

Aparté la mirada y respiré hondo. El fuego crepitó. El hang drum siguió latiendo. Entonces la vi.

Sofí estaba bailando entre las chicas. Estaba allí como una más, descalza, moviéndose con esa mezcla suya de ironía y entrega, de ligereza y verdad. Me miró y sonrió, divertida. Se acercó y me tendió la mano.

—Venga —dijo—. No pongas esa cara de estatua griega en crisis existencial. Baila.

Negué con la cabeza, sonriendo apenas.

—No estoy para eso ahora.

—Ya —respondió—. Pues precisamente es lo que necesitas.

La seguí unos pasos, dejándome llevar, pero algo en mí se quedó atrás. El cuerpo no entraba del todo. Me detuve y ella lo notó enseguida.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, ladeando la cabeza—. Te veo con cara de "Houston, tenemos un problema emocional".

Suspiré.

—Johan —dije sin rodeos—. Me está pasando algo con él.

Sofí alzó las cejas, interesada.

—Ajá. Continúa.

—Se ha vuelto alguien muy importante para mí —seguí—. Mucho. Y lo deseo. El cuerpo lo desea. Pero tengo miedo de sobrepasar la amistad. De cruzar una línea y perderlo. No quiero que deje de ser lo que es para mí ahora.

Ella me miró con una mezcla de ternura y picardía.

—O sea —resumió—: te gusta, te excita, te cuida, te acompaña… y tú estás aterrorizado porque no quieres cargártelo todo con una mala maniobra emocional.

—Más o menos —admití.

—Ay, primo —dijo suspirando exageradamente—. Qué agotador es quererse bien, ¿eh?

Sonreí.

—No quiero confundirme —añadí—. Ni confundirlo. Ya le dije que era como un hermano.

Sofí se acercó un poco más. Su voz bajó, sin perder ligereza.

—Mira —dijo—. El deseo no es el enemigo. El miedo tampoco. El problema es cuando uno se queda paralizado intentando no sentir nada para no perderlo todo. Y así, sorpresa, lo pierde igual.

La miré.

—¿Y qué hago?

Se encogió de hombros.

—Respirar. Estar. No decidirlo todo esta noche. No hacer promesas ni dramatizar. Y, sobre todo, no desaparecer de la vida por pensar demasiado.

Hizo una pausa y sonrió.

—Además —añadió—, bailar no obliga a nada. Solo te recuerda que tienes cuerpo.

Me empujó suavemente hacia el fuego.

—Anda. Ve. Luego ya veremos qué hacemos con el lío.

Me quedé un momento quieto, sintiendo el latido del *hang drum* en el pecho, el fuego calentándome la piel, el murmullo del mar sosteniéndolo todo. Johan seguía tocando. Me miró de nuevo. Esta vez sin guiño. Solo contacto. Respiré y me acerqué al grupo.

Al principio me moví con timidez, como si el cuerpo hubiera olvidado cómo entregarse sin cálculo. Pasos pequeños. Hombros rígidos. Pero poco a poco algo se fue soltando. Las miradas

cómplices con Amaranta, las sonrisas abiertas con Maeve y Lila, la música envolviendo sin exigir precisión.

Johan dejó de tocar en un momento y se levantó. Se acercó al fuego. Nuestros ojos se cruzaron. Sonrió. Yo le devolví la sonrisa. Algo provocador pasó entre los dos, leve, sin palabras. Un reconocimiento silencioso.

Johan sostuvo la mirada un instante más pero ya no era firme, era retadora. Sin decir nada, regresó al *hang drum*. Se sentó de nuevo frente al fuego y dejó caer las manos sobre el metal con una suavidad distinta. La melodía cambió. No era más intensa, sino más abierta, más ondulante, como si invitara a continuar. Como si tocara para que el cuerpo no se detuviera.

Seguí bailando, notando su atención sin necesidad de mirarlo todo el tiempo. A ratos levantaba la vista y ahí estaba, observándome mientras tocaba, con esa media sonrisa suya que no pedía nada y, aun así, lo decía todo. El sonido parecía nacer de ese intercambio silencioso: él tocando, yo moviéndome; yo moviéndome, él sosteniendo el ritmo.

Poco a poco el grupo se fue acercando al agua. Primero fueron risas aisladas, algún chapuzón impulsivo. Luego gritos. Sin plan, sin consenso, como ocurre con las decisiones buenas. Maeve salió corriendo hacia el mar, levantando arena, y se lanzó de cabeza. Amaranta la siguió chillando de alegría. Lila entró después, más despacio, pero sin dudar.

Alguien gritó algo ininteligible y, de pronto, casi todos estábamos dentro. El agua estaba tibia, y mi cuerpo se sobresaltó, temblando apenas, como si recordara que estaba vivo. Gritos, salpicaduras, carcajadas que se perdían en la noche. La adrenalina de estar vivos, de estar juntos, de no necesitar nada más que ese instante. Nadábamos sin rumbo, chocábamos, nos abrazábamos, volvíamos a gritarle al cielo como si pudiera oírnos.

Salí del agua con el pecho agitado, la piel erizada, riendo sin saber bien por qué. Miré alrededor buscando a Johan, todavía con esa energía vibrando por dentro. Lo busqué entre las sombras, entre los cuerpos mojados, entre las toallas tiradas en la arena.

No lo vi. Había desaparecido sin aviso, como hacen las cosas que no necesitan despedirse para ser verdaderas. Me quedé un momento quieto, dejando que la respiración volviera a su sitio. No sentí urgencia ni decepción. Solo una calma amplia, limpia.

Caminé de regreso despacio. El cuerpo cansado, suelto. La piel aún con sal. Me fui a descansar sin darle vueltas a nada, sosteniendo solo la sensación clara y suficiente de haber vivido algo nuevo, algo bonito.

FINALES: NUEVOS COMIENZOS



Las cuatro semanas habían pasado casi sin darme cuenta. Días tristes pensando en las pérdidas, días alegres entre personas dándose compañía. Todo se había ido integrando de esa forma orgánica mientras uno sigue viviendo. A veces me sorprendía atándome las sandalias sin pensar, respirando más hondo, reaccionando con menos prisa. Algo seguía cambiando, sí, pero con calma.

El yoga seguía enseñándome deprisa, y yo absorbía todo con una mezcla de curiosidad y gratitud. Como una esponja seca que no distingue entre gota grande o pequeña, o como un cuaderno nuevo donde cualquier trazo deja huella. Había días intensos y otros más livianos, risas tontas entre esterillas, cuerpos cansados y silencios compartidos.

No todo era revelación. También había rutina, agujetas, bostezos matinales y momentos en los que la cabeza se iba a cualquier otro

sitio. Y aun así, algo se ordenaba por dentro como un suelo más estable.

Los exámenes finales llegaron anunciándose sin dramatismo, pero con su peso. Anatomía, filosofía, secuencias, ajustes… y, además, dirigir parte de una clase real. No era solo saber, era exponerse. A algunas compañeras se les notaba la emoción; a otras, el nerviosismo en los hombros. Yo me movía entre ambos estados, sin instalarme del todo en ninguno.

Fue Bea quien se sentó a mi lado una tarde, en una de las salas abiertas de la escuela, mientras repasábamos apuntes desordenados y alguien practicaba invertidas al fondo.

—Estoy bastante nervioso —dije sin rodeos—. Más por la clase que por el examen escrito.

—*Oh my God!* ¡Normal! —respondió encogiéndose de hombros—. Yo también lo estuve. A mí me temblaban las piernas solo de pensarlo.

Eso me descolocó.

—¿Tú también?

—Claro —río—. No sé por qué pensamos que a los demás no les pasa. Profesores y estudiantes somos lo mismo, solo que los profesores aprendimos antes, pero en el yoga, como en la vida, nunca se deja de aprender.

No hablaba desde ningún lugar elevado. Estaba igual de cansada, igual de expuesta, con sus inquietudes razonables.

—A veces me pillo intentando hacerlo todo perfecto —añadí—. Como si me fuera la vida en ello.

—Ya… —dijo pensativa—. Yo he decidido hacerlo natural. Si me equivoco, me equivoco pero respirando.

Aquella frase se me quedó pegada. Me hizo pensar también en Johan y en si me estaba equivocado con él. No me enseñó nada nuevo, pero me quitó peso. Preparamos las secuencias juntos, probando, fallando, riéndonos cuando algo no nos salía.

El día de los exámenes llegó, más tranquilo de lo esperado, pero llegó. Me desperté antes de que sonara nada y me senté en la esterilla. No pedí calma ni claridad. Solo respiré, como tantas otras mañanas.

Primero se hicieron los exámenes y tras el descanso, la parte práctica. Cuando me tocó dirigir la clase, sentí el pulso acelerarse. Después, el cuerpo tomó el mando. La voz salió natural, sin impostarla. Miré a las compañeras y no vi evaluadores, sino personas respirando conmigo.

—*Let's listen to ourselves…* vamos a escucharnos, a respirar —dije—. No a forzarnos.

Y eso hicimos.

Cuando terminé, supe que había pasado algo esencial. Había estado presente de principio a fin, y eso era lo que realmente importaba, más que hacerlo todo perfecto.

Al salir de la sala, me dirigí solo a la playa. Me senté a mirar el horizonte. Y entonces apareció Sofí.

—Bueno… —dijo cruzándose de brazos—. ¿Sobreviviste o tengo que empezar a hacer bromas para distraerte?

Sonreí antes de responder.

—Creo que lo he hecho bastante bien.

—Lo sabía —dijo—. Si es que al final respirar tampoco era tan complicado.

Nos reímos. Sin tensión. Como tantas veces.

—¿Sabes qué? —añadí—. Creo que con esta formación se cierra algo.

Ella me miró con una seriedad dulce, sin perder la chispa.

—Ya no me necesitas aquí todo el rato —dijo—. Ahora te sostienes solo.

—No me gusta cómo suena eso —respondí—. No quiero que te vayas.

—Nunca me he ido ni volveré a hacerlo —añadió con gracia.

Se acercó despacio y apoyó la mano en mi pecho.

—Siempre estaré aquí—. Susurró.

El nudo me subió a la garganta.

—Gracias prima—logré decir.

Ella sonrió y nos abrazamos. Al abrir los ojos, Sofí había desaparecido, como lo hacen las sombras cuando todo se inunda de luz.

Tras un merecido descanso, la ceremonia de despedida llegó por la tarde sin necesidad de explicación.

La sala estaba transformada. En el suelo, un gran mandala de flores frescas dibujaba formas imposibles. El aroma era dulce, profundo y solemne.

Todos habíamos aprobado y vestíamos de blanco. No como uniformidad, sino como gesto de pureza y transformación. Irradiábamos algo que solo nace cuando la dicha interna brota del alma.

Uno a uno, fuimos llamados para la entrega de títulos. Nos colocaron el punto rojo en el entrecejo y el collar de flores anaranjadas cayó sobre mi pecho ligeramente. Al final, formando un gran círculo alrededor del mandala y agarrándonos de la cintura, nos miramos en silencio varios minutos. Miradas limpias, nobles, sostenidas. Personas humanas reconociéndose con sus fortalezas y sus debilidades. Las pupilas brillaban de felicidad en ese momento repleto de verdad.

—*Thank you very much…* Muchísimas gracias por vuestro esfuerzo, vuestro tiempo y sobre todo por vuestra presencia— culminó uno de los profesores.

Las lágrimas llegaron sin pedir permiso. Miré alrededor: abrazos, sonrisas, emoción contenida.

Amaranta estaba especialmente conmovida cuando se acercó a Johan y a mí. Cuando me abrazó, sentí cómo temblaba.

— *We did it* … lo hicimos compinches—dijo—. De veras ¡Somos profesores de yoga!

Una música de percusión india comenzó a sonar y, sin pensarlo, empezamos a movernos. Primero tímidos, luego libres. Saltamos, reímos, bailamos. Johan se desmelenó y lo dio todo. Amaranta transmitía libertad en cada paso, salto o movimiento. Y yo, yo hice lo que pude. Me movía loco de felicidad como aquellas veces con Sofí, hasta que caí rendido al suelo y seguí riéndome sin parar.

El mandala se fue deshaciendo bajo nuestros pies, como se diluye lo sagrado cuando uno lo experimenta.

Mientras bailaba, entendí que la formación me había transformado. No prometiéndome nada, sino enseñándome a

quedarme. Comprendí que la madurez no era llegar. Era sostenerse cada vez mejor.

ESTRELLAS DE LA TIERRA

Dicen que las flores
son estrellas de la tierra,
y es bonito mirarlas
como quien mira el cielo.

Estrellas mirando estrellas,
aprendiendo a brillar
Somos luces que sienten,
con piel y palpitar.

Flores que vuelven cada año,
aunque el frío doliera,
y es bonito el milagro
ver cómo el tiempo espera.

Con aroma fresco,
profundo y exquisito,
que viaja despacio,
llegando infinito.

Es bonito llorar

cuando el alma se abre,
cuando la emoción surge,
nace y es libre.

Es bonito el detalle,
lo pequeño, lo humano,
esa risa sin freno
que se escapa de las manos.

Es bonito perder
el control al reír,
sentir que la vida
no nos deja de vivir.

Qué bonito es ser
este cielo encarnado,
viajar en emociones
sin miedo al pasado.

Y llorar con un nudo
atragantando la voz,
cuando algo tan grande
se siente tan atroz.

Porque flores y estrellas
se tocan, despacito,
cuando el alma recuerda
que sentir es bonito.

AGRA



Ahora que la formación había terminado, decidimos regalarnos un último encuentro, un cierre consciente más que una prolongación de lo vivido, un paso final antes de nuestro regreso.

Friedrich no había estado con nosotros durante la formación. Se había ido a Nepal, a hacer la travesía del Annapurna en los Himalaya, y la idea de reencontrarnos empezó a tomar forma casi sola.

Agra fue el punto de encuentro. Visitaría el Taj Mahal, como lo tenía previsto en mi viaje original. Pareciera que mi viaje se volvía a reencontrar entre lo que había vivido y el viaje programado. Como si aquí no hubiera pasado nada, cuando realmente había pasado de todo.

El frío nos recibió nada más bajar del tren. Veníamos de Goa, de humedad tibia, de piel siempre un poco sudada, y aquel aire frío, cortante, nos descolocó el cuerpo. Nos abrigamos torpemente, sacando ropas que llevaban semanas olvidadas en el fondo de las mochilas. El contraste era inmediato: la luz más pálida, el aire áspero en la cara, una sensación de estar entrando en otro ritmo.

Ese cambio de clima nos recordó que ya estábamos yendo hacia otro lugar, no solo en el mapa, también por dentro.

Los tres que veníamos de la formación —Amaranta, Johan y yo— llegamos tras una combinación de trenes indios y buses interminables, de esos que parecen no avanzar nunca pero que, de algún modo, siempre llegan. Viajar así se había normalizado. Dormitar, mirar por la ventana, compartir comida envuelta en papel… todo formaba parte de un ritmo que habíamos aprendido a aceptar.

Cuando Friedrich apareció en el hotel, con la piel más curtida y una calma nueva en la mirada, no hizo falta decir nada. Nos abrazamos fuerte, largo. Amaranta fue directa a él y se besaron sin pudor, como si el tiempo y la distancia no hubieran existido. Había algo muy vivo en ese gesto, algo que no necesitaba explicarse.

Nos sentamos más tarde en un espacio tranquilo, sin esterillas esta vez, con el cansancio del viaje todavía en el cuerpo. No era una reunión seria, era un encuentro lleno de claridad. Como si todos supiéramos que había cosas que era mejor decir ahora.

Friedrich fue el primero en hablar.

—*I'm going back to Germany…*yo vuelvo a Alemania, las navidades estaban previstas en casa—dijo—. Necesito hogar, idioma, pan negro… esas cosas.

Sonrió, y noté que ya no lo hacía desde la cabeza.

—*Although…* aunque —añadió mirando a Amaranta— ahora no sé si volver significa quedarme.

Amaranta soltó una carcajada abierta.

—Ay, Friedrich, no manches —dijo sin pensar ella—. *Just look at how*…mira nomás cómo te dejó el Annapurna y el yoga, ya todo sensible.

Luego se puso seria, sin perder la chispa.

—*Yes, I am going back to my homeland*… yo sí voy a volver a mi tierra —continuó—. Pero no como antes. La formación de yoga tuvo su efecto en mí y tengo que arreglar asuntos allí. Ya estuvo suave de cumplir expectativas que no son mías. Esta vez voy a imponer mi valor sin huir. Aunque tiemble.

Hizo un gesto con la mano, como quitándose un peso de encima.

—*I want to*… quiero hacer mi vida como yo la sienta, no como se supone que debería ser. Y creo que Alemania y México se van a acercar un poquito— se sonrojó mirando a Friedrich y él le agarró de la mano.

Johan escuchaba atento y cuando habló, lo hizo despacio.

—*I've also thought about*… yo también he pensado lo que realmente quiero hacer —dijo buscando apoyo en Friedrich.

Respiró hondo.

—*I'm going to tell my parents that*…voy a decirles a mis padres que no quiero trabajar en la empresa familiar. Quiero dedicarme a la música. Y al baile. Puede que también a enseñar yoga.

Hubo un breve silencio, de esos que no incomodan. Friedrich asintió y puso una mano en su hombro

—*Now that's a serious change…* eso sí que es un cambio serio —dije—, pero te entiendo perfectamente amigo.

Johan negó con la cabeza.

—*Isn't a change…* no es un cambio. Es dejar de retrasar algo —respondió clavando su mirada en mí.

Aquel gesto me removió. Sentí que lo decía con doble sentido. Como si me hubiera estado esperando todo aquel tiempo, desde el respeto, pero conteniendo su deseo.

—*Thats it…* eso —Asintió Amaranta—. Cuando ya no te haces güey contigo mismo, todo se ordena.

Yo los escuchaba con una sensación extraña y buena. Todo parecía en su sitio. No perfecto, no resuelto, pero verdadero. Cada uno hablaba desde un lugar más limpio.

—*And you*…y tú, David? —preguntó Friedrich.

—*Home Madrid*… —respondí—. Navidades en casa y a ver qué pasa.

No necesitaba decir más.

—Eso requiere más huevos de lo que parece —dijo Amaranta, guiñándome un ojo y reímos.

Al día siguiente fuimos a ver el Taj Mahal. Blanco, inmenso, casi irreal. Tan hermoso que dolía mirarlo mucho rato. Caminamos en silencio un buen trecho, cada uno a su manera, hasta que el encanto se rompió de golpe.

El olor a pies descalzos era sencillamente inaguantable.

—*It just can't be…* no puede ser —murmuró Friedrich—. Uno de los lugares más bellos del mundo… y este tufo.

—*Where is the…* ¿dónde está el incienso cuando se necesita? —preguntó Johan tapándose la nariz.

—*Well, that's life*… pues así es la vida, ¿no? —dijo Amaranta riéndose—. Pura belleza… y puro olor a pata.

La risa nos devolvió al cuerpo. A lo humano.

Mientras caminaba descalzo por el mármol frío, entendí que esa mezcla era exactamente lo que me llevaba de la India: lo sagrado y lo cotidiano, lo elevado y lo incómodo, conviviendo sin pelearse.

La despedida aquella tarde pesó un poco, sobre todo con Johan. Al abrazarle sentí un cosquilleo en el vientre y un deseo con el que tendría que aprender a vivir. Cuando nos separarnos nuestra pupilas se conectaron como un hitman y sus labios sonrientes me provocaron silenciosamente. Me contuve, era demasiado tarde.

Un rato después, ya a solas, caminaba despacio por las calles. Entre el ruido y la prisa, dejé que todo lo vivido encontrase su lugar.

Había llegado a la India con expectativas confusas, con la idea —no del todo consciente— de que algo o alguien me rescatara. Y, sin embargo, lo que había ocurrido era otra cosa.

No hubo un único rostro ni una sola voz que pudiera señalar como responsable de todo lo vivido. Más bien fue una suma de encuentros, unos más largos y otros breves. Personas que aparecieron sin prometer nada y se quedaron el tiempo justo: alguien que ofreció descanso cuando el cuerpo ya no podía más, una familia desconocida que compartió su comida en un tren nocturno, un guía que mostraba su tierra con orgullo sencillo, compañeros de camino que escucharon sin juzgar.

Gente corriente, sin discursos elevados ni respuestas definitivas. No para salvarme, sino para recordarme —a veces sin saberlo— que no todo era hostil, que incluso en los momentos más frágiles había gestos pequeños capaces de sostener. Quizá de eso iba todo: de abrazar la soledad, como decía Chandra; de no estar tan solo como había creído.

Rahul había abierto algo que llevaba demasiado tiempo cerrado. Chandra, los amigos, las risas, las prácticas, el cansancio… todo había ido encontrando su lugar sin forzarlo. Y Sofí. Mi prima hermana. La recordaba desde la gratitud, desde un lugar sereno donde podía reconocer el origen más allá de este viaje.

La única espina que se me había quedado clavada llevaba el nombre de Johan. No dolía todo el tiempo, pero estaba ahí, como esas astillas finas que solo se notan cuando uno roza justo el lugar exacto. Quizás había frenado algo antes de tiempo y luego no me arriesgué, arrastrado por una inercia que confundía con sensatez. A lo mejor por eso lo nuestro encontró esa otra forma. Nada roto, pero sin poso.

Con Rahul no había camino posible, o eso creía yo. Al contrastarlos, pensé que mi cultura también podía haberme influido en mi contención. En cualquier caso, Johan siempre seguiría siendo un misterio. Puede que fuera como esas flores tardías que se abren cuando ya nadie las espera y, sin embargo, suelen ser las más bellas.

No me llevaba respuestas cerradas ni certezas brillantes. Me llevaba experiencia sentida en el cuerpo sin escapar. Ahora llegaba el momento de la verdad. Aterrizar. Decir en voz alta quién soy y ocupar mi lugar.

BAJO EL SOL DE LA INDIA

Sentí el cuerpo excitado,
abierto, vulnerable,
y el miedo atravesado
sin hacerse culpable.

Bajo el sol de la India aprendí
que no todo viaje lleva a un lugar,
lo hice cuando me permití
aminorar y dejar de buscar.

Sentí perderme sin huir,
caer sin dejar de estar,
escuchar no solo a oír
sin forzar ni correr a tapar.

Bajo el sol de la India entendí
que el dolor no se borra al pensar,
se atraviesa sin rendir,
dejándolo en el corazón reposar..

Viví el amor sin promesa,
breve, intenso, real,
las amistades por sorpresa
como un hogar leal.

Bajo el sol de la India comprendí

que no hay verdades para exhibir,
tan solo cuerpo, presencia,
y una gran fuerza para vivir.

BIENVENIDO A MADRID



Aeropuertos, colas, pantallas luminosas, maletas. El cuerpo todavía llevaba el ritmo de la India, pero el entorno empezaba a imponer otro compás, más rápido, más electrónico y más impersonal. Me dejé llevar. Ya no tenía prisa por llegar ni miedo por regresar. Bueno, tal vez un poco.

Madrid apareció desde el aire como una mancha ordenada y compacta. Calles rectas, edificios alineados, todo en su sitio. Al cruzar la puerta de llegadas la vi enseguida. Mi tía estaba allí, de pie, buscándome entre la gente. Tranquila. Atenta.

Cuando nuestros ojos se encontraron, no esperó a que yo llegara. Caminó rápido, me rodeó con los brazos y me apretó fuerte, como si quisiera asegurarse de que estaba entero. Aquel contacto torpe y sincero, rompió por largos segundos la distancia del viaje.

—¡Davicín! ¡Por fin en casa!— dijo al separar los cuerpos —. Bienvenido a Madrid, donde a veces da vergüenza escuchar las noticias, pero todavía sabemos dar abrazos.

Pensé en la India, en los cuerpos cercanos, en el roce constante, y entendí que Madrid también sabía abrazar, aunque lo hacía a su

manera.

El trayecto de vuelta a casa en metro fue tranquilo y lleno de palabras pequeñas. De esas que salen cuando te reencuentras con alguien a quien quieres y hace tiempo que no ves. Ella quería saberlo todo, aunque no supiera aún qué preguntar exactamente. Yo le contaba fragmentos: el viaje, la gente, mis amigos, los lugares. Cosas sueltas, sin entrar todavía en lo importante. Nos interrumpíamos, reíamos, volvíamos atrás.

Las primeras caminatas por las calles de Carabanchel fueron desconcertantes. Ese movimiento extraño de ciudad grande: nadie pita, no hay vacas, nadie invade, nadie se toca. Las luces navideñas, los semáforos, todo funcionando pero a distancia. Las aceras estaban limpias, demasiado, sin tierra. Los pasos marcaban un ritmo regular, casi automático. La gente avanzaba con la mirada fija en algún punto invisible, como si cada cual caminara dentro de su propia burbuja. Ese orden silencioso me resultaba familiar. Lo había habitado durante años sin preguntarme cuánto me había enseñado también a contenerme. Nada que ver con la India, en su caos vivo, en sus cuerpos mezclados.

Llegamos a casa un par de horas después. El portal olía igual que siempre, una mezcla de detergente y edificio antiguo. Todo estaba en su sitio. Dejé la mochila en el suelo y me quité los zapatos despacio, como si el cuerpo aún necesitara tiempo para cambiar de registro.

—Te he comprado jamón —dijo ella desde la cocina, levantando una bolsa como si fuera un trofeo—. Del bueno— matizó.

Sonreí.

—Gracias… pero ya no como carne.

Se giró despacio.

—¿Cómo que no comes carne?

—¡Ahora soy vegetariano!— aclaré—. Es que en India, en la formación, he entendido muchas cosas sobre alimentación, nutrición y energía.

Me miró de arriba abajo, con una mezcla de sorpresa y ternura.

—¡NO ME TOQUES EL CHOTIS! —dijo—. ¡Había preparado albóndigas! ¿ahora cuál es tu plato favorito?

—Bueno —respondí— el *masala dosa* de Goa era espectacular, pero tengo mucho que aprender aún.

Soltó una risa corta.

—Anda, ¿ahora voy a tener que especializarme en comida India? —. Añadió confusa — Bueno, algo prepararemos, no te vas a quedar sin comer.

Mientras colocaba cosas en la encimera, me observaba de reojo.

—Y dime —añadió—, aparte de lo de la comida… ¿qué más ha cambiado en ti?

Hice como que no escuchaba del todo.

—Muchas cosas —dije—. Pero luego hablamos, ¿vale? Ahora necesito descansar, estoy agotado.

Asintió sin insistir. Agradecí ese espacio. Tenía miedo, no había pensado en cómo hacerlo y quería tener la mente despejada para poder contarle todo lo que tenía que contarle. Más tarde, ya sentados para cenar, ella retomó el tema con suavidad.

—Antes me has dicho que habían cambiado muchas cosas.

Respiré hondo.

—Me gustan los hombres.

No fue una confesión dramática. Salió bruta, directa, evitando justificaciones. Mi tía se quedó paralizada unos segundos, luego se entristeció.

—Si lo hubiera sabido antes —dijo por fin—, habría hecho todo lo posible para que estuvieras bien.

Mi cuerpo se me desapretó al escucharla. Había cierta expresión mustia en su voz.

—Siento no haberme dado cuenta antes —añadió—. Siento que lidiar con esto haya podido ser un peso más para ti.

Negué con la cabeza.

—Gracias por tomártelo así, tenía miedo de que te enfadaras.

—¡Enfadarme por esto! ¡Antes nevará en el infierno! — aseguró.

Acto seguido nos abrazamos. No fue un abrazo celebratorio, ni tampoco enternecedor, sino uno de esos que parecen un bálsamo para el alma. Ella calmó su culpa y yo mi miedo. Al separarnos le agarré las manos y le miré a los ojos.

—Y… conocí a alguien —continué—. Un chico indio llamado Rahul.

Me sorprendió darme cuenta de que el miedo seguía ahí, y aun así hablé.

—¿Pero cómo no me habías contado nada? …¿Un chico indio dices? — sus ojos se perdieron tratando de atar cabos en su memoria, pero su gesto no terminaba de asentarse.

Me levanté de la mesa y fui a por mí mochila. Saqué una hoja doblada y arrugada. La carta. La primera. La que me dejó en el hotel de Delhi aquel primer día. Se la tendí.

La leyó despacio, con cuidado, como si no quisiera estropear nada.

—A tu bruja de cabecera le tienes que contar más detalle Davicin — añadió poniendo esa mueca de preocupación y curiosidad.

Sorprendentemente fue muy fácil compartir aquello con mi tía, como si hubiera sido ella y no Sofí mi Celestina. Lo difícil era no entristecerme al hablar de cómo se había acabado aquella historia. Lo sentido con Rahul había sido demasiado especial, demasiado íntimo. No podía recordarlo sin ese anhelo triste y también con cierto enfado por todo lo que me había hecho pasar. Le expliqué los detalles necesarios para que me entendiera y lo difícil que fue quedarme solo en el desierto, abandonado y con el corazón roto. Ella escuchaba atenta, tensando el rostro, sin interrumpir.

—Hay amores —dijo al terminar— que, aunque duren poco, dejan marca para siempre. No todo lo importante tiene que ser duradero.

Me miró con una sonrisa tranquila y emocionada.

—Y eso también es amor— la voz se le rompió.

Sabía de lo que me hablaba. Nunca lo había hablado con ella directamente, pero Sofí me contó que su padre se marchó con otra mujer cuando aún éramos niños. Dentro de mí algo se aflojó y nuestros ojos contuvieron la emoción. Nos volvimos a abrazar, esta vez más tiempo y más profundo.

—Ahora tengo ya un mono al que morder en India y a Rahul para ponerle en su sitio si le conozco— declaró en el instante en el que nos separamos.

Reímos. Las tensiones se diluyeron. Luego todo continuó, como cuando algo se atasca por dentro y el cuerpo, sin hacer ruido, aprende a dejarlo pasar sin necesitar más palabras.

A la mañana siguiente, fui a saludar a todas las mujeres del grupo con el que empecé mi recorrido en el yoga. Era la última clase, antes del parón oficial de las navidades y mi tía me había insistido mucho. Tenía ganas de alardear de sobrino.

Antes de la clase, el ambiente era el de siempre: esterillas desordenadas, risas, comentarios sueltos sobre el frío, el tráfico, cualquier cosa. Me recibieron con mucho calor y algunas hasta se sorprendieron de lo cambiado que me veían.

Una de las compañeras llegó tarde y, mientras se colocaba, explicó su impuntualidad:

—Hoy me ha dicho el horóscopo que me va a tocar la lotería. Así que me he comprado un cupón.

Hubo un murmullo divertido. Merce, sentada a mi lado, levantó la ceja y soltó directa:

—Oye, pues dinos qué número has comprado y así nos toca a todas ¿no?.

La sala estalló en risas. Era ese tipo de humor sencillo que no pretende nada más que compartir el momento. Después, ya más tranquilas, alguien preguntó por mí.

—¿Y tú, David? —dijo una amiga de mi tía—. Ahora que ya has vuelto… ¿Qué vas a hacer?

No tuve que pensarlo demasiado.

—Quiero enseñar yoga —respondí—. A mí me ha ayudado mucho y siento la necesidad de compartirlo. Quiero que esto ayude a otros también.

Merce asintió orgullosa y sentí como todas me miraban con cariño.

—Pues suenas bastante seguro David—dijo la profesora—. Ya te voy a pasar luego yo algunos contactos, que ahora vamos a empezar la clase.

EPÍLOGO



La llamada llegó antes de amanecer. Aún hoy recuerdo el tono exacto del teléfono rompiendo el silencio, como si algo en mí hubiera sabido antes de contestar. Un ictus fulminante. De madrugada. Sin margen. Merce había muerto mientras dormía.

Durante unos segundos me quedé sentado en la cama, inmóvil, con el teléfono aún en la mano. No lloré. No pensé. Solo sentí un vacío seco, inmediato, como si alguien hubiera retirado una pieza que llevaba demasiado tiempo sosteniéndolo todo.

Mi tía había vivido hasta el final, dejándome uno de los más valiosos ejemplos de cómo vivir. Y eso, precisamente eso, era lo que más dolía.

Había aprovechado cada año, cada etapa, con una lucidez que a veces me desarmaba. Seguía recibiendo clases de yoga, cuidando su cuerpo y su mente con constancia, con respeto, con una atención amorosa hacia sí misma que había aprendido tarde, pero que ya no estaba dispuesta a soltar. No se instaló nunca en el papel de la mujer que sacrifica su vida por los demás, aunque lo hubiera hecho.

Con el tiempo, nuestra relación se volvió más horizontal, más limpia. Ya no era solo mi tía: era una compañera de camino.

Los últimos años no habían sido fáciles. Había atravesado la pandemia con la misma practicidad rebelde con la que afrontaba todo: aceptando normas pero quejándose de la mala gestión política, cuidándose sin dramatismos, conviviendo con la incertidumbre desde el humor. Durante los meses más duros yo le llevaba la compra y se la dejaba en la puerta, hablábamos a cierta distancia, riéndonos de lo absurdo de la situación para no darle más peso del necesario. Nunca se victimizó. Sabía que era una persona de riesgo y se cuidó, pero sin dejar que el miedo le robara la dignidad ni su gracia.

Merce era el último hilo vivo que me unía a mi familia. Con su muerte, algo se cerró definitivamente.

Los días siguientes fueron una sucesión de trámites, llamadas, papeles. El entierro. Las despedidas. Los silencios torpes de quienes no saben qué decir cuando alguien se queda solo de verdad. Me movía por inercia, como si el cuerpo supiera qué hacer mientras la cabeza avanzaba con retraso, incapaz todavía de asimilar la ausencia.

Al ordenar su casa, me encontré revisando documentos para la herencia. Carpetas antiguas, sobres guardados sin un orden claro. Fue entonces cuando apareció el papel.

Estaba doblada, amarillenta, claramente fuera de lugar. La reconocí antes de abrirla. La primera nota de Rahul.

La sostuve un rato entre los dedos. Sentí una resistencia leve, casi automática. Porque Rahul no solo había sido amor y revelación; también había sido herida, silencio, una caída sin red. Durante años había aprendido a no quedarme ahí, a no tocar ese recuerdo más de lo necesario.

Pero en ese momento no pude apartarlo. La leí despacio. Y lo que emergió no fue el dolor ni el enfado. Fue la intensidad. El recuerdo de lo vivo. De lo verdadero. Durante esos años, sin darme cuenta, había permitido que el tiempo hiciera su trabajo: aquellos sentimientos se habían ido decantando, perdiendo volumen,

mientras lo bello permanecía intacto, como un sedimento luminoso en el fondo.

La muerte de Merce no empujó, pero sí dejó al descubierto todo lo que ya no podía seguir aplazando.

Me di cuenta de hasta qué punto llevaba tiempo funcionando en automático. Los doce años habían pasado sin estruendo. Volví a Madrid porque era lo conocido, lo práctico. Construí una estabilidad suficiente como para no hundirme, pero no tanta como para sentirme plenamente vivo. La rutina se instaló sin pedir permiso: días previsibles, gestos repetidos, una vida correcta y ordenada que cumplía hacia fuera, pero que por dentro se sentía amortiguada.

Como profesor de yoga, al principio tenía muchas ganas de transmitir lo vivido en India. Enseñar me entusiasmaba; sentía que podía acompañar procesos reales. Con el tiempo no perdí la ilusión por la práctica, pero entendí que no era como lo había imaginado. En la ciudad, la gente vivía tan estresada que el yoga servía sobre todo para paliar el desgaste, aliviar tensiones y seguir funcionando. Y estaba bien. Pero no solía producir las transformaciones profundas que yo había experimentado allí. Esa distancia, silenciosa y constante, fue apagando parte de mi entusiasmo.

Durante ese tiempo hubo relaciones amorosas. Me fui acercando poco a poco, con cuidado, aprendiendo a compartir y a sostener. Hubo cariño, complicidad y vínculos honestos, algunos duraderos. Sin embargo, en algún punto siempre aparecía la misma sensación: algo esencial no terminaba de encenderse. No era falta de amor, sino de profundidad. Como si nos quedáramos en un lugar seguro desde el que ninguno de los dos se atrevía —o sabía— bajar más. Las despedidas fueron limpias, sin aspavientos, pero cada cierre dejaba una huella pequeña que se sumaba a las anteriores.

El contacto con las amistades del viaje se fue diluyendo en el tiempo. Cada uno retomó su vida con la misma intensidad con la que la había abandonado. Cambios de ciudad, trabajos, horarios que no coincidían. Tampoco insistí demasiado. Volver a verlos implicaba volver a mirarme, y durante mucho tiempo no supe —o no quise— hacerlo.

Con Chandra fue distinto. Con mi bruja madrina mantuve llamadas de vez en cuando, conversaciones sin urgencia ni expectativas, en las que bastaba escuchar su voz para que algo se recolocara. En más de una ocasión me animó a volver a India. Decía que me vendría muy bien, que ella era una enamorada de la India, que iba y venía cuando podía y que, si me animaba, podíamos ir juntos.

Yo no quise. No porque no me atrajera la idea, sino porque volver significaba remover demasiado. Nunca llegué a perdonar del todo a Rahul. Chandra lo entendió. Dejó de insistir sin convertirlo en un problema. Ese respeto silencioso fue, quizá, otra forma de cuidado.

En una ocasión viajé a Granada a visitarla. Caminamos por la ciudad sin prisa, hablamos de lo vivido y de lo que seguía moviéndose por dentro. No necesitábamos ponernos al día: el vínculo estaba intacto, habitando otro ritmo.

De Amaranta y Friedrich supe sobre todo por las redes. Aparecían juntos, a veces en México, otras en Alemania, como si el viaje no hubiera terminado del todo para ellos. Intuía que se habían hecho pareja, que habían construido algo compartido. Pero hacía años que no sabía realmente de sus vidas.

Con Johan el contacto fue aún más esporádico. Supe que había abierto su propia escuela de baile en Alemania. Algún mensaje suelto, algún intercambio breve. Cariñoso, pero frío.

Nada se había roto. Simplemente, no había continuidad. Lo que había sido intenso y verdadero en aquel tiempo pertenecía a ese tiempo. Y yo lo acepté así.

No estaba mal, solo algo removido. La carta de Rahul, sumada a la muerte de Merce, me sacó de ese letargo. No de forma violenta, sino inevitable. Todo lo que había mantenido en suspensión reclamó espacio y no sabía qué hacer con mi vida.

Pensé en llamar a algunos de aquellos amigos del viaje. Preguntarles cómo estaban. Proponer un reencuentro lejos de España, en algún lugar neutral donde el pasado no pesara tanto. Pensé también en Rahul. En si habría vuelto a Madrid para hacerse cargo de la joyería familiar o si su vida habría tomado otro rumbo. No sabía si finalmente se había casado, si había seguido

obedeciendo lo que se esperaba de él o si, de algún modo, había encontrado su propia forma de estar en el mundo. No sabía ni siquiera por dónde empezar a buscarlo. Demasiadas incógnitas abiertas a la vez.

Esa noche me senté a meditar, decidido a escucharme a mí, a ese yo profundo que llevaba demasiado tiempo en segundo plano. Cerré los ojos y me entregué al ritmo de la respiración, mientras el tiempo se diluía en una oscuridad amplia, sin bordes.

Entonces apareció la neblina blanca. Se desplegó despacio, envolviéndolo todo, hasta llenar aquel lugar de una paz densa, completa. Ya había estado allí antes, en Goa, durante varias de aquellas mañanas tempranas de la formación, cuando el mar aún no había despertado del todo y el cuerpo estaba abierto.

No fue una visión. Fue una presencia. Sentí a mis padres. A mi hermano. A Sofí. Y a Merce.

No estaba simplemente allí. Se acercó. Me miró con esa mezcla suya de firmeza y ternura. No dijo nada. Solo apoyó su mano en mi pecho, un gesto íntimo, mínimo, que me llenó de paz. Algo en mí entendió que la muerte era reciente, que el shock aún estaba ahí, pero que no había nada pendiente entre nosotros.

Ninguno hablaba. No hacía falta. Todo era reconocimiento. Anhelo. Amor en pura esencia.

Me recordaban que yo también era eso. Que no estaba roto. Que amar con esa intensidad no había sido un error. Que el dolor no anulaba la verdad de lo vivido.

Las lágrimas brotaron sin resistencia, cálidas, lentas. El cuerpo sabía exactamente qué hacer con ellas. Cada célula parecía vibrar ante una certeza sencilla y profunda.

No era tristeza. Era agradecimiento.

Cuando la sensación se transformó en calma, no hubo despedida explícita. Solo una plenitud serena que quedó instalada en el pecho. Abrí los ojos despacio. No había recibido instrucciones. Pero algo se había alineado.

Comprendí que no se trataba de castigar al pasado, sino de honrar lo que había sido verdadero y permitirle seguir vivo de otra

forma. Porque, en una vida a veces gris, las personas que nos han hecho sentir amor son las que le devuelven el color.

Me levanté con una calma firme. Con preguntas abiertas, sí, pero sin urgencia. El cuerpo sabía hacia dónde inclinarse. No tenía un plan, pero tenía dirección.

Tu viaje no ha terminado
¿Cómo va acabar?
Que nadie te lo cuente.
Vívelo hasta el final.

Recuerda, el viaje eres tú.

TU OPINIÓN IMPORTA



Si esta historia te ha tocado de alguna manera, te agradecería muchísimo que dejaras una **valoración o breve reseña en Amazon.** Para un autor independiente, ese pequeño gesto puede marcar una gran diferencia y ayudar a que esta obra llegue a más personas. También puedes encontrarme en:

Instagram **@u.artola**

Facebook **Urtzi Artola**

YouTube **@namaste_yoga_zentroa**

¡Me encantará saber qué te ha parecido el viaje!

AGRADECIMIENTOS



Quiero dar las gracias a mis lectores cero por su aportación y acompañamiento en esta aventura como escritor. Sin vuestras sugerencias, opiniones y visiones, esta historia no sería lo que es.

Gracias de corazón a Imanol Coira por ser la primera persona con la que podía hablar de David, de Rahul, de Chandra, de Sofí, de Johan, de Amaranta, de Merce… Hubo un tiempo en que esta historia era solo de los dos y, aunque breve, fue muy especial.

Gracias a Belén Cubero por todos los cuestionamientos y aclaraciones que me ayudaron a transmitir mejor lo que quería contar, y por dedicar su tiempo a un amigo con sus locuras novelescas.

Y no puedo dejar de agradecer a Óscar Hernández Campano. Primero como gran fuente de inspiración a través de sus obras y experiencia literaria. Y segundo como consejero y apoyo en momentos difíciles.

También quiero agradecer a mi familia: a mis padres Mari Carmen y Rafael y a mi hermano Josu. Sois y seréis mis pilares. Vuestra

compañía ha sido y sigue siendo el mejor ejemplo de constancia, honestidad, alegría, amor, cariño, amabilidad, nobleza, inspiración y resiliencia ante la propia existencia. Gracias por haberme impulsado desde la infancia a ser quien soy; hay mucho de vosotros en mí y también en esta novela.

Por último, pero no menos importante, deseo darte las gracias a ti, mi estimada lectora, estimado lector. Gracias por hacer que esta historia cobre vida a través de tu mente, tu imaginación, tu tiempo leyendo y viajando conmigo a lugares, físicos y emocionales, que sin ti no serían posibles.

Ojalá hayas encontrado, como lo hace David, un poco de distancia, una bajada de ritmo y fuerzas para seguir caminando hacia tu propia verdad.

- NAMASTÉ -